



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Las alternativas y las circunstancias de las mujeres son muy limitadas y muy precisas. La que quiere ser algo más o algo menos que hija, esposa y madre, puede escoger entre convertirse en una oveja negra o en un chivo expiatorio; en una piedra de escándalo o de tropiezo; en un objeto de envidia o de irrisión.

(Rosario Castellanos, Álbum de familia)

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN.....	5
2. ROBERTO BOLAÑO EN LA NARRATIVA CONTEMPORÁNEA.....	9
2.1. Huérfanos de vocación: Roberto Bolaño y la <i>Generación de la orfandad</i> en Chile.....	9
2.2. Del Infrarrealismo al Real Visceralismo: Bolaño y su huella en la literatura mexicana.....	19
3. MARCO TEÓRICO.....	35
3.1. Ni esclava ni princesa, simplemente mujer. Apuntes para una historia del género.....	36
3.2. Erotismo y violencia.....	45
3.2.1 Erotismo como búsqueda de continuidad en George Bataille en contraste al erotismo perverso del Marqués de Sade.....	46
3.2.2. Sexualidad y violencia. La <i>crisis sacrificial</i> propuesta por René Girard.....	54
3.3. Reflexiones en torno al femicidio.....	60
4. CAPÍTULO 1: <i>Estrella Distante</i>	70
4.1. Tiempo de crisis: de la Unidad Popular a la Dictadura Militar.....	71
4.2. Hermanas Garmendia, primeras víctimas sacrificiales.....	73
4.2.1. Poetas asesinas.....	74
4.2.2. Huérfanas.....	76
4.2.3. Gemelas.....	79
4.3. Alberto Ruiz Tagle v/s Carlos Wieder.....	81
4.4. Femicidio.....	85
4.4.1. Mujeres como objetos sexuales.....	89
4.5. Wieder chivo expiatorio.....	96
5. CAPÍTULO 2: <i>2666</i>	102
5.1. Santa Teresa/Ciudad Juárez. La frontera limitada.....	104
5.2. Crisis indiferenciadora.....	106
5.3. En la búsqueda de un chivo expiatorio.....	109
5.4. Femicidio.....	116
5.4.1. Femicidio íntimo.....	117

5.4.2. Femicidio sexual.....	120
5.4.3. Femicidio como suicidio inducido.....	122
5.5. De sujetos activos a objetos pasivos.....	124
5.6. Homosociabilidad.....	129
5.7. Ginefobia	132
6. CONCLUSIONES	135
7.BIBLIOGRAFÍA.....	142

1. INTRODUCCIÓN

Con el fin de sistematizar el presente trabajo de tesis, nos centraremos en la representación que el escritor Roberto Bolaño ha realizado del asesinato de mujeres, analizando dos novelas suyas que plasman desde diferentes perspectivas estos crímenes. En *Estrella distante* (1996) estaremos en presencia de femicidios íntimos, es decir, asesinatos cometidos por hombres con quien la víctima tenía o tuvo una relación íntima, familiar, de convivencia u otras afines¹; mientras en *2666* (2004), el autor plasmará femicidios no íntimos, perpetrados por hombres con quienes la víctima nunca tuvo relaciones íntimas, familiares, de convivencia u otras afines. Estos casos de femicidio involucran frecuentemente el ataque sexual de la víctima. Aquí se comprenden crímenes que incluyen la violación como los así llamados asesinatos sexuales, asesinatos seriales y otros².

A pesar de plasmar en sus novelas dos tipos diferentes de femicidio (íntimo, no íntimo), el autor chileno-mexicano, propondría una hipótesis similar en cuanto a las causas de este fenómeno: en vista de la pérdida creciente de la potestad masculina, una manera que han encontrado los hombres de validarse y conservar el dominio del que, tradicionalmente, han gozado, sería el ejercer una violencia extrema contra las mujeres que han puesto en jaque su poderío, violencia que concluiría necesariamente en asesinato con el fin de generar miedo e impotencia en una población que se pretende siga siendo excluida de los ámbitos públicos.

El femicidio estaría representado en las novelas desde dos frentes: el primer relacionado con el erotismo y la violencia, puesto que, en vista de la imposibilidad de ejercer un poder real sobre mujeres inteligentes y activas laboral y políticamente, la solución para recobrar aquella potestad

¹ Cfr. Soledad ROJAS (coord.), *Femicidio en Chile*, OIT, Santiago de Chile, 2004, p. 23.

² *Loc. cit.*

sería la transformación de los cuerpos femeninos, mutilados e inertes, en objetos sexuales para exhibición masculina. Por otra parte, ante el creciente predominio femenino y disminución del poder masculino, asistiríamos a una “crisis de la diferencia” (en términos del antropólogo René Girard), en el cual los roles tradicionales de género se verían quebrantados. Frente a esta situación las mujeres encarnarían chivos expiatorios que debieran ser sacrificados para restituir el orden patriarcal que ellas mismas han transgredido.

Esta reflexión pretende realizar un estudio inter y multidisciplinario desde un enfoque general de literatura y sociedad, por cuanto los femicidios, en las novelas, suceden amparadas por el Estado. En *Estrella distante* el femicidio de las hermanas Garmendia, perpetrado por Carlos Wieder (amigo cercano de las gemelas), busca restaurar el orden en el taller del poesía, por cuanto las mujeres, deben seguir recluidas en el ámbito doméstico sin utilizar sus capacidades intelectuales, a la vez que debe restaurar el orden homosocial y el compadrazgo (ya que las Garmendia se constituyen en un desestabilizador de la amistad producto de su belleza). Así, las mujeres poetas en esta novela serán representadas como chivos expiatorios, susceptibles de ser sacrificadas para instaurar un nuevo régimen patriarcal, a la vez que, una vez asesinadas, serán convertidas en objetos sexuales exhibidos en su descomposición mediante las fotografías capturadas por el mismo Wieder.

En 2666 sucede algo similar. En Santa Teresa (ciudad fronteriza, símil literario de Ciudad Juárez en México) se ha invertido el orden masculino establecido: ya no son los hombres quienes ingresan al mundo laboral de lo público, sino son las mujeres, producto de la implantación de empresas norteamericanas de maquilas. Estamos en presencia de una *crisis indiferenciadora*, situación que exige el derramamiento de sangre para restaurarse: los roles se han intercambiado, las mujeres se desenvuelven en el ámbito público al igual que los hombres, así, la única forma de

recuperar la supremacía masculina es asesinando a aquellas en edad laboral; transformándolas en víctimas sacrificiales que sirvan, a la vez, como ejemplo de lo que sucederá a quien quebrante las leyes establecidas. De esta forma, existiría un problema político, por cuanto estos crímenes son amparados y propiciados por los policías y el gobierno: los asesinos se desenvuelven por la novela con total impunidad, sembrando una atmósfera de terror a lo largo de todo el relato. Por una parte se muestra el desamparo y la desprotección que viven las mujeres de Santa Teresa, por otra, se hace patente su papel de “chivos expiatorios”, puesto que sólo con su muerte los hombres recobrarán la supremacía y el poder. Santa Teresa se nos presenta como símbolo del machismo y la corrupción reinante en Latinoamérica.

Ambas novelas están ubicadas en momentos histórico-políticos diferentes, así como también difiere el país en el que el escritor sitúa la acción. Ello resulta fundamental ya que, aunque, en las dos se trabaje el femicidio desde el erotismo, violencia y búsqueda de chivos expiatorios, el circuito que estas novelas recorren poseerá ciertas variaciones producto de la contingencia de cada lugar. El contexto presente en *Estrella distante* es el de Chile bajo la dictadura militar de los años setenta, en el cual la sociedad ha dejado de ser una sociedad tal como se conocía; los jóvenes han perdido las ilusiones de utopía y mientras algunos han sido asesinados, otros han desaparecido. La inestabilidad permite, de esta manera, que los personajes sean principalmente huérfanos, abandonados también en un nivel simbólico: sin un estado protector que resguarde, sin familiares o amigos que protejan, víctimas de la impunidad política que gozan los asesinos.

En el México de los noventa en la novela *2666*, si bien, no existe un contexto de dictadura real sí existiría una “dictadura” solapada, encubierta tras un orden institucional y mediático sin participación social, con un Estado de derecho sumamente cuestionado, sin un gobierno al cual recurrir con el fin de que detengan los crímenes que se cometen en Santa Teresa. Las ciudades

han perdido su encanto, sólo queda el desierto sembrado de cuerpos femeninos mutilados. Frente a ello, la orfandad de los jóvenes chilenos se corresponde con la marginalidad en los jóvenes mexicanos, una opción ética y poética plasmada en los real visceralistas de *Los detectives salvajes* y la búsqueda de un sentido de justicia, a la par que una separación respecto a la corrupción y la impunidad en *2666*. Así, ambas novelas presentan el tema de la impunidad como centro, impunidad que permite la efectividad de los crímenes contra mujeres y consiente la necesidad de encontrar chivos expiatorios que devuelvan la calma.

Al final de esta breve descripción del argumento central de cada una de las novelas que se analizarán y la representación que en ellas hace el escritor Roberto Bolaño en lo referente al femicidio, podemos concluir que el asesinato de mujeres puede ser planteado en la literatura del autor como un intento por parte del sujeto masculino de restaurar el orden que se ha perdido. En sus libros nos traslada a un mundo que se encuentra ante una *crisis de la diferencia*, el orden del universo patriarcal se ha infringido, las mujeres, circunscritas tradicionalmente al ámbito doméstico se han desplazado hacia lo público, arrebatándole a los hombres la supremacía (las hermanas Garmendia y las poetas chilenas en lo intelectual, las maquiladoras de Santa Teresa en lo laboral). Frente a ello, se exige el derramamiento de sangre de chivos expiatorios que con su sacrificio devuelvan la estabilidad, a la vez que sirvan de ejemplo ante quienes pretendan repetir esta insubordinación. Así, retornamos al planteamiento original en el cual señalábamos que el femicidio sería un intento desesperado por no perder un control que se pretendía eterno y que hoy se sostiene de precarias estructuras en quiebre.

2. ROBERTO BOLAÑO EN LA NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

2.1. Huérfanos de vocación: Roberto Bolaño y la *Generación de la orfandad* en Chile

En Chile, el estudio generacional literario ha sido más bien escaso, producto de la dificultad que implica insertar a ciertos escritores dentro de corrientes de pensamiento rígidas, y a la vez, equipararlos en temáticas e inquietudes a otros intelectuales. Sin embargo, quien mayor importancia le ha otorgado a este tipo de estudio es el académico y teórico Cedomil Goic. Este estudioso se basa en ciertos planteamientos formulados por el filósofo José Ortega y Gasset, quien en dos de sus textos, *El tema de nuestro tiempo* (1923) y *En torno a Galileo* (1933), propone la existencia de un espíritu común a todos los hombres que habitan un momento específico, dividiendo entre contemporáneos y coetáneos con el fin de precisar su descripción. Para el filósofo, todos quienes habitan un mismo espacio y época histórica pueden considerarse contemporáneos, no obstante, al mismo tiempo coexisten niños, adultos y ancianos que contribuyen de forma diferente al mundo al que pertenecen; de esta manera, sólo se coincidiría con los coetáneos, puesto que es con ellos con quienes se comparte una comunidad de fechas y con quienes se tiene algún contacto vital. Pertenecerán a una generación, entonces, no sólo aquellos que nacen en un mismo año, sino, principalmente, aquellos que coinciden en una determinada *zona de fechas* y con quienes se comparte la misma edad vital e histórica.

Sobre la base de dichos argumentos Cedomil Goic fue el primer chileno en intentar estructurar su propio concepto de “generación”, abriendo así, un nuevo campo de estudio en la literatura de dicho país:

Las generaciones son concebidas como estructuras de preferencias de un grupo de edad. El grupo diferenciado corresponde a los nacidos en una zona de fechas de quince años. Su

participación histórica lleva a distinguir en ellos quince años de *gestación*, de los treinta a los cuarenta y cinco y quince años de *vigencia*, de los cuarenta y cinco a los sesenta³.

Algunos académicos chilenos han retomado esta definición en sus investigaciones. Es el caso del profesor e investigador de la Pontificia Universidad Católica de Chile Rodrigo Cánovas, quien en su estudio sobre las nuevas generaciones literarias chilenas señala: —Siguiendo el método generacional de Goic, se puede enunciar una generación literaria compuesta por escritores nacidos entre 1950 y 1964, gestada entre 1980 y 1995 y cuya vigencia recién se inicia”⁴

Cánovas, en *Novela chilena, nuevas generaciones: El abordaje de los huérfanos*, dividirá en tres imágenes las nuevas corrientes literarias⁵, sin ubicar en un grupo determinado al escritor Roberto Bolaño (1953-2003). Consideramos, sin embargo, que bien podría posicionarse dentro de la primera, producto de la semejanza temática y etaria con los miembros de dicha corriente. No debemos olvidar que Bolaño vivió sólo hasta los quince años en Chile, momento en que se trasladó con su familia a México. Su retorno no se realizó sino hasta los años setenta, hacia fines del gobierno de la Unidad Popular, derrocado abruptamente por un golpe militar al mando del general Augusto Pinochet. Bolaño, entonces, volverá a México marcado por una fuerte desilusión

³ Cedomil Goic en Rodrigo CÁNOVAS. *Novelas chilena, nuevas generaciones: El abordaje de los huérfanos*, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1997, p. 16. La definición propuesta por el académico Goic coincide bastante con la formulada por Ortega y Gasset, tal como podemos corroborar en la siguiente cita: —Vemos que la más plena realidad histórica es llevada por hombres que están en dos etapas distintas de la vida, cada una de quince años: de treinta a cuarenta y cinco, etapa de gestación o creación y polémica; de cuarenta y cinco a sesenta etapa de predominio y mando. Estos últimos viven instalados en el mundo que se han hecho; aquéllos están haciendo su mundo” José ORTEGA Y GASSET, *En torno a Galileo (Esquema de la crisis)*, Calpe, Madrid, 1996, p.66

⁴ *Op. Cit.* R. CÁNOVAS, p. 33

⁵ La primera imagen generacional reúne cultura y política, por cuanto, sus escritores se caracterizan por una disidencia a la dictadura militar, manteniéndose al margen de los circuitos literarios y editoriales. La segunda imagen generacional, al contrario de la primera, propone un nuevo papel social del escritor ligado a un mercado editorial que le resulta propicio. Por último, la tercera imagen generacional pretende insertar a la literatura chilena en un marco mundial: los escritores son sujetos capaces de sobrevivir e, incluso, competir desde la escritura en una sociedad de consumo, desarrollando sus capacidades comunicacionales. *Ibid.*, p. 26.

derivada de la batalla perdida, y con pocas posibilidades de escapar de la influencia que le dejaría en su literatura. Comenzaremos, así, por explicar brevemente en qué consiste esta primera imagen literaria en Chile, que mucho comparte con el escritor chileno-mexicano.

Para Cánovas, la nueva generación literaria chilena hace su aparición en el año 1986, gracias a la publicación de una antología preparada por los escritores Ramón Díaz Eterovic y Diego Muñoz Valenzuela, titulada *Contando el cuento: Antología joven narrativa chilena*. Será la primera muestra de una nueva generación en desarrollo, destacando entre sus filas a escritores y escritoras como: Pía Barros, Ana María del Río, Carlos Franz y Gregory Cohen, entre otros. De inmediato un término surgirá entre los intelectuales generacionales para denominarlos: *generación de los ochenta*, *generación marginal* o *generación N.N.* La mayoría de ellos habían comenzado a escribir alrededor del año 1973, marcados irremediabilmente por la dictadura. Sin embargo, muy difícil fue para todos darse a conocer durante esta época, debido a que el espacio público, editorial y cultural permanecía intervenido por el gobierno militar. Bajo tales condiciones, la única alternativa que encontraron fue autoeditarse y prologarse ellos mismos, en tanto no existiera un mercado que los acogiera.

Producto de la contingencia nacional, estos escritores crecen en la participación de talleres literarios clandestinos que los impulsa a generar una fuerte conciencia de grupo, caracterizada por un anhelo común de progreso social. Nace en ellos un espíritu colectivo de disidencia política, a la vez que ven en la actividad literaria un puente ideológico-cultural de denuncia de lo existente. Junto a ello, en sus textos predomina, sin embargo, un carácter nostálgico, la ciudad misma se representa como *ghetto*, la vida diaria como un supremo acto de sobrevivencia, mientras el

escritor se ve a sí mismo como un ser excluido —que ejerce su oficio en pleno descampado simbólico (sin maestros, sin lectores)”⁶.

De esta forma, la primera imagen estaría permeada por una especie de orfandad ontológica; no es sólo que no posean padres o madres literarios, sino que la vida en general se les presenta adversa. Los escritores son seres precarios, abandonados, que deambulan por ciudades fantasma buscando algo que saben nunca encontrarán. Como dice Cánovas: —La categoría de la orfandad es expuesta en un árbol genealógico, donde los componentes - padre, madre, hijos— reproducen, desde su lugar simbólico particular, un sentimiento de absoluta precariedad por el cual se deconstruye el paisaje nacional”⁷. Desde esta perspectiva, tanto los ambientes como los personajes de las novelas de esta etapa serán, de una u otra forma, reflejo de una sociedad destruida, acabada, de una ciudad sin ciudadanos, de una república sin instituciones.

Roberto Bolaño no vivió por completo el período de la dictadura en Chile, ya que logró escapar hacia México, gracias a unos amigos que lo libraron de la tortura. Sin embargo, comparte con estos escritores tópicos fundamentales como la nostalgia, la incomunicación, el sentimiento de exclusión y, desde luego, el desencanto; igual que tantos jóvenes chilenos que creyeron en el sueño de redención social, en el ascenso de la justicia al poder, utopía que quedó truncada con la dictadura, las desapariciones y la represión. Los escritores quedaron solos, intentando sobrevivir en una sociedad en crisis, sitiada desde el poder. No es extraño encontrar en las novelas de Roberto Bolaño tantas similitudes con esta corriente literaria chilena; más si consideramos que de regreso a México se encuentra con un país igualmente sitiado, secuestrado por el poder de un solo partido que, si bien, no practicaba una represión abierta como la del gobierno militar chileno, sí

⁶ *Ibid.*, p. 26.

⁷ *Ibid.*, p.40.

ejercía una dictadura soterrada con desapariciones forzadas y encubiertas, en un contexto político y cultural casi sin esperanzas de cambio a mediados de los setenta. En México, Bolaño prefirió seguir siendo un marginado en una generación de desencantados. Repasemos brevemente estos tópicos en tres de sus novelas: *Estrella distante* (1992) *Los detectives salvajes* (1998) y *2666* (2004).

Estrella distante es la única de las tres que analizaremos cuyos hechos ocurren en Chile. En ella se retrata la experiencia del escritor en un país en el que las utopías se materializaban, y en el que, de pronto, todos los sueños y los proyectos se vinieron abajo. Bolaño plasma aquella época de ilusiones en la que existía la noción de colectividad y, posteriormente, el desencanto que sobrevino con el golpe militar.

La obra presentará así, en un comienzo, el clima político y social de convivencia y solidaridad, en el que los jóvenes poetas nacían al alero de talleres literarios, amparados, a su vez, por la figura de sus líderes. Más adelante se verá la irrupción de la dictadura, los atropellos a los derechos humanos, el fin de las utopías colectivas, el fin de los talleres, la desmembración de los grupos y la desaparición de los amigos. En suma, la orfandad en la que todos los personajes quedan sumergidos en un abrir y cerrar de ojos.

Los personajes de *Estrella distante* se convierten, a raíz de la contingencia nacional, en seres desamparados. Los maestros han desaparecido sin dejar huellas, los amigos han sido asesinados o se han ido al exilio, todo se desintegra alrededor. Las familias tampoco constituyen un resguardo. Los padres del narrador, de quien nunca sabemos el nombre, quieren que el hijo deje pronto la casa; Bibiano O’Ryan, por su parte, vive solo en una pensión de mala muerte; las hermanas Garmendia son huérfanas, debido a la muerte de sus padres en un accidente

automovilístico. Cuando comienza la dictadura, ellas señalan su intención de irse a vivir a la casa paterna al interior del sur de Chile, puesto que la consideran un refugio frente a los peligros y la fealdad de la vida misma. Sin embargo, serán asesinadas en dicho hogar: la casa no les brindará el amparo que han ido a buscar.

Bajo este clima político, las instituciones no ofrecen la protección que los personajes requieren. La universidad, con los militares en los puestos académicos, no representa una garantía para sus alumnos; los talleres literarios desaparecen; el narrador es apresado sin ningún motivo aparente. Será, entonces, la milicia, la única institución que gobierne y se imponga ante las otras: una institución regida por ideales nazistas y permeada obviamente por una hegemonía masculina. Será en este marco donde Wieder cometerá los femicidios, ya que se sabe protegido por una institución mayor que lo resguarda. Es el caso de la exposición de fotos que este personaje realiza, revelando sus crímenes contra las mujeres; lejos de ser denunciado por asesinato, los militares invitados a la fiesta realizan un pacto de silencio con el fin de proteger al culpable. De esta manera, Wieder nunca es condenado, los juicios contra él jamás prosperan, pues, tal como señala el narrador, “Chile olvida”. Así, el Chile de la dictadura es tan perecedero como los personajes que lo habitan.

Los personajes de *Los detectives salvajes* son también seres precarios, huérfanos, abandonados. No hay hogares estables, poco y nada sabemos de los padres o hermanos de los protagonistas: Arturo Belano y Ulises Lima. La única familia presente es la de Joaquín Font, la cual se presenta subyugada por la locura del padre, provocando aún mayor orfandad en las hermanas. Hablamos, más bien, de una anti-familia, puesto que en ella no existen los atributos que se requieren para llamarla como tal: el padre, intenta proteger a Lupe, la prostituta, más que a

sus propias hijas; la madre, por su parte, aparece solamente durante las fiestas y jamás se atreve a contradecir o a imponerse como autoridad ante sus hijos; el hermano, Jorgito, sólo se relaciona con los otros a través del apelativo “naco” y finalmente, las hermanas Angélica y María, están desplazadas del reducto familiar, puesto que viven en una pequeña casita al final del patio.

La orfandad no sólo se presenta en el terreno de los afectos, sino también en cuanto a las instituciones: no existen escuelas, sólo talleres informales y precarios que, si bien, aportan un sentido de colectividad, no logran desembarazarse del desencanto ontológico que ostentan: los real visceralistas están solos y viven en el desconcierto: ni siquiera saben qué significa este movimiento. Por otra parte, la ley no protege a los que debe; en toda la novela, los policías se muestran como seres corruptos. El mejor ejemplo de ello es que el proxeneta Alberto, viaja en busca de Lupita junto a un policía dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias por atraparla. En resumen, las instituciones no amparan a nadie, “los mexicanos se encuentran perdidos en México”, abandonados a su suerte. Incluso, la institución literaria se ve cuestionada: Octavio Paz no es el gran maestro, los poetas no escriben. La única que lo hace es Cesárea Tinajero, desaparecida, y de quien sólo se posee un poema visual.

Los poetas real visceralistas, tal como los escritores de la Generación de la orfandad en Chile, presentan las señas de la exclusión social; son poetas no reconocidos por la academia, marginales, mantenidos, muchas veces sin dinero hasta para andar en camión. Marginales también en el sentido cultural, disidentes de los círculos de poder literario a los que los “poetas campesinos” pertenecen. En todo caso, portando como estandarte el sentido ideológico-cultural de la actividad literaria. Una actitud contestataria hacia los grandes maestros como Octavio Paz, y que se relaciona directamente con la crítica que realiza el escritor chileno Jaime Collyer, en la

tribuna de la *Revista Apsi*: –Se acabaron las contemplaciones: no más tacitas de té en compañía de los viejos maestros, no más talleres literarios a su gusto y medida –ahora los maestros somos nosotros-, no más sonrisas y halagos a los patriarcas del 50 o a la generación novísima. Nosotros somos, ahora, la novedad del año”⁸.

De esta forma, podemos señalar que los personajes que deambulan por las páginas de Bolaño son seres huérfanos en busca de una identidad, de un sentido de pertenencia, incluso, de protección. La sociedad en la que se insertan está en crisis, la familia está en crisis; *Los detectives salvajes* estará poblado de un sentimiento de precariedad, unido y acentuado por el escepticismo de fin de siglo, que no promete nuevas alternativas. Son páginas desgarradas por la nostalgia, el fin de la utopía, donde ya no hay ni deseo ni horizonte de futuro sino la sensación constante del paraíso perdido. Personajes huérfanos de vocación, tal como señala Manuel Maples Arce, huérfanos que terminan por desaparecer.

Finalmente, en *2666* coexisten varios tipos de orfandad simbólica. El motivo de la búsqueda se materializa también en esta novela. Todos los personajes confluyen en Santa Teresa por diversos motivos, unidos por algo que van a buscar y que no encuentran: los críticos literarios, Pelletier y Espinoza, llegan hasta el Desierto de Sonora siguiendo la huella del escritor Archiboldi; Fate, a su vez, llega a la frontera para cubrir una pelea de box que resulta del todo prescindible; Sergio Gómez viaja a este lugar para realizar un reportaje sobre el llamado –Penitente”. Estas búsquedas, por una parte, se transforman en la excusa para realizar un viaje al infierno; pero, por otra, serán también un intento de encontrarse a sí mismos. Ellos no saben bien lo que quieren, no saben bien por qué o qué es exactamente lo que buscan, todo es una excusa

⁸ Jaime Collyer en *Ibid.*, p. 40.

para dar cuenta de su soledad. Así, todos terminarán involucrándose, directa o indirectamente, con los crímenes que en ese lugar se cometen contra las mujeres.

Por supuesto, la atmósfera que crea el escritor será propicia para revelar esta sensación de desamparo. De forma constante se hace alusión al miedo que viven los personajes femeninos que circulan por este lugar, un lugar que muchas veces parece misterioso, otras, sumamente perturbador. Guadalupe Roncal señala el terror que siente al caminar sola, al tomar un bus sola o, incluso, al enfrentarse a las autoridades sin la compañía de un sujeto masculino. Esta atmósfera también la vivirá Amalfitano, quien sufrirá el pavor de pensar que su hija Rosa pueda ser la próxima víctima de femicidio. Será por ello que este personaje desarrollará un tipo de psicosis al escuchar en su cabeza voces que lo interpelan. Esta voz, si bien, demuestra el grado de psicopatía que puede desarrollarse a través del terror, también será una especie de conciencia que lo criticará y lo instará a reflexionar sobre su vida. La atmósfera que Bolaño expone será entonces, la de la soledad, la vulnerabilidad y la angustia: una orfandad simbólica⁹ que genera locura y miedo.

Esta orfandad simbólica, que se demuestra principalmente en la atmósfera y en la realidad de los personajes, será acentuada e incluso propiciada por la orfandad que se vive respecto a las instituciones. La ley, en el relato, no existe; a diario se encuentran los cuerpos de mujeres asesinadas en basureros o en el desierto, sus cuerpos abandonados, violados, algunas veces mutilados, acentuando el completo desamparo; sin embargo, las autoridades encargadas de los casos, no se preocupan de ello, hay absoluta impunidad a los feminicidas. Las muertes se ocultan, se acusa a gente inocente o simplemente los casos se cierran por falta de pruebas. Esta situación provoca en los personajes una sensación de terror: en el caso de las mujeres, por la posibilidad de

⁹ Con el término "orfandad simbólica" nos referimos al desamparo que presentan los personajes de Bolaño tanto a nivel familiar como institucional. No es sólo el hecho de que no presenten padres, madres o familiares directos, sino que también han sido abandonados por los organismos que debían protegerlos, tal como el Estado. De esta forma, se encuentran huérfanos también de un modo simbólico, ontológico.

ser las próximas víctimas, y en el caso de los hombres, por la posibilidad de ser inculcados sin razón. Los femicidios se encubren, dejando a los personajes, tanto femeninos como masculinos, en el desamparo de sentir que nada ni nadie podrá ayudarlos.

A modo de resumen, debemos señalar que los personajes, al insertarse en una llamada ~~novela~~ "novela de la orfandad" (y de la impunidad, podríamos agregar), aporta mucho a la hipótesis original de este estudio, por cuanto, se transforman en seres expuestos y vulnerables. Así, los personajes de las novelas de Bolaño siempre presentan la posibilidad de sufrir perjuicios, transformarse en víctimas sacrificiales o, por el contrario, desarrollar psicopatías que finalmente desemboquen en la creación de asesinos. El autor, se valdría, por tanto, de esta orfandad ontológica, para establecer seres precarios en dos vertientes: aquellos personajes torturados y atormentados, que sufrirán golpes, insultos, e incluso, asesinato; y aquellos, que por ser olvidados y desamparados se transformarán en femicidas como una forma de suplir su propia indefensión.

Por otra parte, esta orfandad también será transmitida al lector, ya que los relatos transcurren en una atmósfera de completa impunidad. El receptor estará en espera de que lo peor le ocurra a los protagonistas, involucrándose con la vulnerabilidad de ellos y el clima de terror que ronda por las ciudades que describe. Si no existen instituciones que resguarden la seguridad de sus habitantes, si no hay organismos estatales que protejan y den cobijo, la impunidad, la ilegalidad y el despotismo pueden presentarse de diversas maneras: en Chile mediante una dictadura que hace desaparecer a los disidentes políticos; en México a través de una represión soterrada en la cual los organismos públicos son marionetas de un partido. Bajo esta perspectiva no hablamos sólo de una novela de la orfandad, sino también de la impunidad, por cuanto el mismo Estado propicia la vulnerabilidad y el peligro latente que corren sus ciudadanos. En un período donde los dioses ya

no existen y sólo rige la mano injusta del hombre, los personajes de Bolaño hacen patente la orfandad institucional, familiar, social y política. Los personajes se encuentran solos frente a un mundo adverso, sin nadie que los proteja: seres precarios en espera de su final.

2.2. Del Infrarrealismo al Real Visceralismo: Bolaño y su huella en la literatura mexicana

Roberto Bolaño llegó a México cuando apenas contaba quince años de edad. Al poco tiempo decidió abandonar la escuela y dedicarse a leer y escribir, las dos cosas que más lo apasionaban; de esta forma, creció alejado de los circuitos oficiales de cultura y educación, convirtiéndose en un autodidacta. Durante muchos años no hizo más que vagar por un Distrito Federal del cual no quiso ser parte a nivel académico pero que le permitió realizar sus actividades favoritas: siempre había una librería en la que el vendedor distraído le permitiría robarse un buen libro, siempre había un parque donde sentarse a leerlo o donde mirar pasar a la gente. Así, Bolaño aprovechó el tiempo libre que tenía estudiando, pero también ideando su proyecto literario: qué tipo de poesía y de literatura era la que él quería hacer, en un mundo que ya no percibía o sentía como el suyo.

Años después encontró en su camino a otros escritores con ideales poéticos similares. Éstos, sin embargo, diferían de él, puesto que pertenecían a la vida estudiantil. Casi todos eran alumnos de alguna carrera en la Universidad Nacional Autónoma de México¹⁰ y varios, además, eran miembros del taller de poesía a cargo de Juan Bañuelos o Julio César Álamo, como consta en *Los detectives salvajes*. Esa amistad que generó con ellos, lo llevaría más tarde a fundar un movimiento poético: los Infrarrealistas (en los años setenta) o real visceralistas (desde su

¹⁰ En lo sucesivo utilizaremos la abreviación UNAM para referirnos a dicha Casa de estudios.

relectura crítica en los años noventa). Será esta novela la encargada de plasmar, re-visitar y auto-criticar a esta corriente literaria generada a sexo, sudor, lágrimas y poesía. Intentaremos en el presente apartado vislumbrar los puntos centrales del infrarrealismo de los setenta y descubrir las estrategias desde las cuales se reviste para terminar transformado en “real visceralismo” en la novela de fines de los noventa.

En cuanto a los infrarrealistas y sus inicios, sabemos que la mayoría de los futuros miembros del movimiento provienen del taller de Bañuelos, quienes de un día para otro deciden abandonarlo para fundar su propia perspectiva literaria. Patricia Espinoza señala al respecto: “El movimiento infrarrealista surge entre fines de 1975 y comienzos de 1976, en México DF, y lo conforman Mario Santiago, Ramón Méndez y Héctor Apolinar, que venían del fracasado taller de poesía de Difusión Cultural de la UNAM, coordinado por el poeta y académico Juan Bañuelos”¹¹.

Esta experiencia ha quedado plasmada en la novela desde la visión de un joven estudiante del primer semestre de Derecho que pronto engrosará las listas del nuevo movimiento: Juan García Madero. En la primera parte de la novela, escrita como diario del poeta advenedizo, comenta que un día aparecieron por el taller dos real visceralistas, quienes “pusieron en entredicho el sistema crítico que manejaba Álamo; éste, a su vez, trató a los real visceralistas de surrealistas de pacotilla y de falsos marxistas, siendo apoyado en el embate por cinco miembros del taller”¹². La batalla se pone ardua, todos se critican entre sí, armando un gran escándalo. Sin embargo, todo culmina en el momento en que Arturo Belano (o Roberto Bolaño en su correlato Infrarrealista) se levanta promulgando la búsqueda de poetas que quieran participar en la revista

¹¹ Patricia ESPINOZA, “Bolaño y el Manifiesto Infrarrealista”. En línea.

¹² Roberto BOLAÑO, *Los detectives salvajes*, Anagrama, Barcelona, 1998, p.15.

que pretenden editar los real visceralistas. García Madero acepta, comenzando así su trayectoria literaria y vivencial.

De esta forma comienza a constituirse el movimiento Infrarrealista, cuyos principales exponentes fueron el chileno Roberto Bolaño y el mexicano Mario Santiago Papasquiaro (Ulises Lima en la novela), quienes en ese momento contaban con 23 años. Ellos se encontraron por primera vez en el año 1975 en el Café La Habana, lugar que posteriormente fungiría como espacio de reunión de los poetas infrarrealistas: –Allí, Mario Santiago le entrega a Bolaño un fajo de poemas que el chileno lee durante toda la noche”¹³. Fue entonces, que pocos meses después, una noche en casa del poeta Bruno Montané se gesta esta nueva corriente literaria, que termina por incluir tanto a escritores como músicos y pintores¹⁴. Los lugares de encuentro del real visceralismo, mencionados en la novela por García Madero son el café Quito, el Bucareli, Encrucijada Veracruzana, la casa de María Font en la colonia Condesa, o en la casa de la pintora Catalina O'Hara, en la colonia Coyoacán.

Los lineamientos generales del movimiento Infrarrealista fueron expuestos en un manifiesto redactado por Roberto Bolaño, titulado –Déjenlo todo, nuevamente”¹⁵. La incitación básica es que los poetas salgan a la calle a buscar una nueva sensibilidad, que buceen en la conciencia del hombre para conmover a partir de ahí su cotidianeidad. La realidad está debajo de

¹³ Andrea COBAS. –La estupidez no es nuestro fuerte: Tres manifiestos del infrarrealismo mexicano”. (En Prensa)

¹⁴ La lista propuesta por Patricia Espinoza, es la siguiente: Juan Esteban Harrington (¿García Madero?), Piel Divina, Cuauthémoc Méndez, Oscar Altamirano, José Peguero, Pedro Damián, Elmer Santana, Ramón Méndez, Guadalupe Ochoa, Edgar Altamirano, Mará Larrosa, Vera Larrosa (¿las hermanas Font?), Kyra Calvin, Víctor Monjarás, Carlos David Marfaron, Geles Lebrija, Rubén Medina, José Rosas Ribeyro, Estela Ramírez, Lorena de la Rocha y Javier Suárez Mejía. P. ESPINOZA, *Op. Cit.*

¹⁵ La lectura del Primer Manifiesto Infrarrealista se llevó a cabo en una Librería Gandhi del D. F. en el año 1976. El título presenta reminiscencias claras al manifiesto *Lanchez tout* publicado por André Breton: –Dejad todo. Abandonad Dadá. Abandonad a vuestra mujer, a vuestra amante. Abandonad vuestras esperanzas y vuestros temores. Abandonad lo conocido por lo desconocido. Partid por los caminos” (Breton en Guillermo DE TORRE, *Historia de las literaturas de vanguardia*, vol. III, Guadarrama, Madrid, 1971, p. 17).

lo que podemos aprehender a simple vista, tal como deja ver la metáfora del nombre “~~Inf~~rarrealista”: los poetas *infra*, son como los infra del espacio, cuerpos sin luz que existen pero no se vislumbran “~~planetas~~ oscuros calentados desde adentro y en cuyo interior generan su vida propia independientemente de un exterior que no puede verlos”¹⁶.

La clave de la metáfora se encuentra en la marginalidad. Los poetas infrarrealistas debían permanecer alejados de los circuitos oficiales de cultura, debían declararse abiertamente enemigos de la burocracia y los espacios de poder. No estaban dispuestos a venderse a las grandes editoriales y creían fielmente que un poeta no sólo debía escribir sino vivir como tal: por ello, en las reuniones nunca faltó el alcohol; “~~pasión~~ descarnada e irrefrenable energía ética”¹⁷ debían ir de la mano. El movimiento no era sólo poesía sino una actitud ante la vida: “~~Nuestra~~ ética es la Revolución, nuestra estética¹⁸ la Vida: una-sola-cosa”¹⁹. El compromiso del escritor frente a su mundo debe reflejarse en la acción, no en las palabras.

El compromiso del escritor con la vida misma implica un proceso continuo de transformación personal, de auto-creación, de vulnerar los límites establecidos por una sociedad represiva, es por ello que la constante embriaguez, en la que varios críticos coinciden, así como el hecho de ver la poesía en su inmediatez y como un sinónimo de vida, puede deberse a la búsqueda de nuevos tipos de realidad. En este sentido, los infrarrealistas se valdrían de ciertos atributos relacionados a la poética del romanticismo y el surrealismo, puesto que ambos

¹⁶ A. COBAS, *Op. Cit.*

¹⁷ Felipe RUIZ. “~~Bolaño~~ y el país de los soles negros”. En línea.

¹⁸ Resulta interesante remitirnos a las definiciones propuestas por Kierkegaard sobre lo estético. Para el teórico Theodor W. Adorno, la estética en la obra del filósofo se relaciona directamente con lo fugaz, con la inmediatez, con la vida tal como se nos presenta: “~~lo~~ estético en el hombre es aquello por lo cual él es inmediatamente lo que él es: lo ético en él es aquello por lo cual se convierte en lo que se convierte. El que vive en y de lo estético, por y para lo estético en él, vive estéticamente” T. ADORNO, *Kierkegaard: construcción de lo estético*, Akal, Madrid, 2006, p.23. De esta forma, podríamos relacionar la idea de estética de Roberto Bolaño con la del filósofo Kierkegaard, en cuanto a la existencia estética como pura inmediatez, la poesía como la vida misma.

¹⁹ Roberto BOLAÑO. “~~Déjenlo~~ todo, nuevamente”. En línea.

movimientos de vanguardia se centran en la imaginación, en el sueño como mecanismo para llegar a las profundidades humanas, en el intento de bucear en la inconsciencia y lograr ver más allá de lo evidente, tal como señala Albert Beguin en su libro *El alma romántica y el sueño*, sobre la figura de Rimbaud: –el poeta es un vidente, un visionario; llega a lo desconocido, encuentra lo nuevo”²⁰. De la misma manera, el escritor surrealista –se abandona por entero a las fuerzas oscuras de lo inconsciente, hace por provocarlas; escarba en su interior con el propósito de aflorar el oro y la escoria”²¹. No conformarse con lo aparente, dejarse caer en el abismo, aliar vida y arte²², atributos entre románticos y vanguardistas que Bolaño retomará en su propio proyecto.

Ese espíritu es el que se plasma en *Los detectives salvajes*: los real visceralistas son marginales por opción propia, alejados de los circuitos de consagración, deambulan por el Distrito Federal sin dinero para tomar el camión, al margen de las instituciones: apenas García Madero se une al movimiento, deja de ir a la universidad: –Hoy no fui a la universidad. He pasado todo el día encerrado en mi habitación escribiendo poemas”²³; la revista Lee Harvey Oswald publicada y financiada por Ulises Lima, deja de funcionar cuando otros la reconocen: –*Lee Harvey Oswald* debió continuar, la cortaron justo en el mejor momento, cuando la gente empezaba a conocernos”²⁴ dice Pancho Rodríguez.

La gente que los rodea también remarca la característica de marginalidad de los poetas; mientras Alfonso Pérez Camarga, asegura que Belano y Lima no eran revolucionarios ni

²⁰ Albert BEGUIN, *El alma romántica y el sueño: ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa*, Fondo de Cultura Económica, México, 1954, p. 483.

²¹ G. DE TORRE, *Op. cit.*, p. 28.

²² Octavio Paz concluye que la semejanza central entre el romanticismo y el surrealismo (nosotros agregamos el infrarrealismo): –es la pretensión de unir vida y arte. Como el romanticismo, la vanguardia no fue únicamente una estética y un lenguaje; fue una erótica, una política, una visión del mundo, una acción: un estilo de vida”. Octavio PAZ, *Los hijos del limo: del romanticismo a la vanguardia*, Seix Barral, Barcelona, 1998, p.148.

²³ R. BOLAÑO, *Los detectives salvajes*, p. 17.

²⁴ *Ibid*, p. 31.

escritores ni poetas, sino simples vendedores de droga, Carlos Monsiváis, señala que tan marginales son que no tuvieron dinero ni siquiera para pagar un café: «En algún momento de debilidad (mental, supongo), me recordaron a José Agustín, a Gustavo Sainz, pero sin el talento de nuestros dos excepcionales novelistas, en realidad sin nada de nada, ni dinero para pagar los cafés que nos tomamos (los tuve que pagar yo), ni argumentos de peso, ni originalidad en sus planteamientos. Dos perdidos, dos extraviados»²⁵.

De esta forma, los real visceralistas viven tal como se lo han propuesto en el manifiesto Infrarrealista: como poetas ligados al acontecer histórico, a la vida cotidiana. Tal es su estética. Sus preocupaciones éticas, en cambio, van mucho más allá de tener dinero para comprar un café o tener que levantarse día a día para ir a una universidad que nada aportará en un futuro, al menos no en el futuro que ellos buscan. Por esta misma razón, no se identifican con ninguno de los grupos poéticos ni políticos que pululan por Latinoamérica en esos momentos:

No estaban en ninguno de los dos bandos (el de Octavio Paz y el de los poetas campesinos), ni con los neopriístas ni con la otredad, ni con los neoestalinistas ni con los exquisitos, ni con los que vivían del erario público ni con los que vivían de la Universidad, ni con los que se vendían ni con los que compraban, ni con los que estaban en la tradición ni con los que convertían la ignorancia en arrogancia²⁶.

La poesía y la vida de los infrarrealistas, tal como lo expresa lúcidamente el más loco de la novela, Joaquín Font, era para los desesperados, por ello la insistencia, tanto en «Déjenlo todo, nuevamente», como en la misma novela *Los detectives salvajes*, en la idea de romper con la cultura dominante, vendida a las industrias, alejada de la realidad, y recuperar la función

²⁵ *Ibid*, p. 160.

²⁶ *Ibid*, p. 352.

primigenia del poeta: observar y cambiar esa visión desde la estética, la ética de la revolución. Dentro de este pensamiento, queda clara la oposición tajante al grupo de Octavio Paz y “los poetas campesinos”.

El mismo Manifiesto Infrarrealista se planteó desde sus orígenes como una reacción en contra de la cultura establecida y en decadencia, que se reflejaba tanto en los medios de prensa y en las fundaciones como en los circuitos literarios. Es por ello que una de las propuestas principales fue “volarle la tapa de los sesos a la cultura oficial”²⁷; una cultura que veía en la imagen de Octavio Paz a su mayor exponente, y quien contaba con una tropa de seguidores apodados “poetas estatales”, puesto que se creía que el Partido Revolucionario Institucional les pagaba por su concordancia política. Así, “los infrarrealistas se volvieron contra el fundador de la revista *Plural* porque representaba todo aquello que odiaban, una intelectualidad a la que le daba lo mismo servir o no de conciencia a la clase dominante”²⁸.

En la novela también existe una crítica severa al poeta Octavio Paz, muchas veces se llega a decir que es “nuestro enemigo”. Es así como no podemos dejar de notar la oposición constante que se realiza en el libro entre aquellos poetas marginales, como son los real visceralistas y los poetas estatales, que escriben para el gobierno o para el mercado editorial. Entran en franco conflicto las dos posturas: los jóvenes poetas, rebeldes y desesperados que no tienen exactamente un grupo literario sino una “bandilla”, que no saben de retórica o figuras poéticas, que no están dispuestos a ingresar al mercado editorial y que hartos ya del imperio de Neruda y Paz²⁹, pretenden revolucionar la poesía latinoamericana; en contraposición a los poetas campesinos, que

²⁷ R. BOLAÑO, “Dejenlo todo nuevamente”.

²⁸ Matías SÁNCHEZ. “El pasado Infrarrealista de Bolaño”. En línea.

²⁹ “Coincidimos plenamente en que hay que cambiar la poesía mexicana. Nuestra situación (según me pareció entender) es insostenible, entre el imperio de Octavio Paz y el imperio de Pablo Neruda. Es decir: entre la espada y la pared”. R. BOLAÑO, *Los detectives salvajes*, p. 30.

publican constantemente, se hacen llamar parte de un movimiento poético, son cultos en retórica y palabrerío inútil y, como si ello fuera poco, no presentan intenciones de cambiar nada.

Y es que, realmente, lo que proponía Bolaño en su Manifiesto es que el poeta debe comprometerse con la vida y con el momento histórico que le corresponde; basta de intelectuales en sus burbujas de poder; el verdadero poeta es quien es capaz de dejarlo todo y lanzarse a los caminos”. Es por esta razón, que junto al tópico recurrente de la marginalidad, se sumará para complementarlo, el de la errancia, el vagabundeo, que ante todo llama a no quedarse en un mismo sitio a ver pasar los acontecimientos, sino unirse a ellos³⁰. Será por este motivo, que los detectives salvajes irán tras la pista de Cesárea Tinajero (Madre del real visceralismo) al Desierto de Sonora; viaje iniciático que pronto los llevará aún más lejos, en busca de su propio destino.

Cesárea Tinajero, proviene de un movimiento literario inspirador del real visceralismo: el estridentismo, cuyos principales representantes fueron: Manuel Maples Arce (ideólogo), Germán List Arzubide y Salvador Gallardo, entre otros. Dicho grupo surge influenciado por dos acontecimientos mundiales: la Revolución mexicana y la Revolución rusa; por ello, no es de extrañar que se auto-promulgaran: “el primer movimiento revolucionario-literario-social”³¹, en su intento por aliar estética con revolución. En *Los detectives salvajes* Amadeo Salvatierra (correlato de Maples Arce), rememora el pasado estridentista en el cual pretendían hacer de la literatura una práctica capaz de dar cuenta de un presente poblado de máquinas, carteles publicitarios y

³⁰ Si bien, el movimiento infrarrealista y su correlato real visceralista presentan ciertas semejanzas con el *movimiento beatnik*, en cuanto a la pasión etílica, el deambular constante y la exaltación de los sentidos, se diferencia de manera sustancial con el grupo de Roberto Bolaño puesto que la *generación beat* se define desde la rebeldía sin causa y sin consecuencias y no presentan un proyecto estético determinado. Cfr. G. DE TORRE. *Historia de la literatura de vanguardia*, vol. III.

³¹ Cfr. Jorge SCHWARTZ, *Las vanguardias latinoamericanas: textos programáticos y críticos*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.

arcos voltaicos”³² apoyada, dicha idea, en las estructuras de poder revolucionario, que en los años veinte se encontraba en proceso de institucionalización.

Vemos así, que al igual que la corriente Infrarrealista y su correlato novelado, este grupo presenta la intención de unir revolución y vida, una revolución que sólo será posible mediante la modernización y las máquinas. Este punto es de especial relevancia, por cuanto, si bien la temática de la novela de Bolaño es inminentemente urbana, la ciudad ya no está idealizada, ellos han llegado a la pérdida de esa ilusión de la máquina como fuente de revolución³³. Los infrarrealistas se han dado cuenta de que el progreso es una fantasía, la ciudad se presenta como el fracaso de los grandes ideales modernos, el desencanto de lo que no fue. Así, reconocen que la revolución no debe hacerse mediante la tecnología, sino con poesía, en la alianza entre arte y vida. El cosmopolitismo que promulgaban los estridentistas da paso al desplazamiento de los infrarrealistas: la ciudad no acoge, no cobija, no presenta una esperanza de cambio y bienestar.

Si bien, la poesía no es ya plenamente estridentista, puesto que ha inventado su propio movimiento del cual los real visceralistas sólo son los herederos, el proyecto siempre es el mismo: “Todos los mexicanos somos más real visceralistas que estridentistas, pero qué importa, el estridentismo y el realismo visceral son sólo dos máscaras para llegar a donde de verdad queremos llegar. ¿Y adonde queremos llegar?, dijo ella. A la modernidad, Cesárea, le dije, a la pinche modernidad”³⁴. Ante este fracaso de la modernidad promulgada tanto por los estridentistas

³² Andrea COBAS y Verónica GARIBOTTO, “Un epitafio en el desierto: poesía y revolución en *Los detectives salvajes*” En: *Bolaño salvaje*, Edmundo Paz Soldán y Gustavo Faverón (eds.), Candaya, Barcelona, 2008, p. 164.

³³ Tal como señala Octavio Paz en su ensayo *Los hijos del Limo*, los jóvenes de los setentas ya no ven a las grandes ciudades desde las utopías de progreso y civilización, sino: “Los hombres empiezan a ver con terror el porvenir y lo que apenas ayer parecían las maravillas del progreso hoy son sus desastres. El futuro ya no es el depositario de la perfección, sino del horror” O. PAZ, *Los hijos del Limo*, p. 213.

³⁴ R. BOLAÑO, *Los detectives salvajes*, p. 460.

como por Tinajero, la única alternativa es “lanzarse a los caminos”, dejando la gran ciudad en busca de los restos del naufragio.

Es así como llegarán al Desierto de Sonora, donde encontrarán a la madre del real visceralismo en condiciones completamente diferentes a las que ellos imaginaron. La derrota de los ideales se hace aún más patente en la figura desgastada de la poeta: una mujer gorda que ha dejado de escribir, ni rastros de la bella mujer que alguna vez fue. De esta forma, la figura de Tinajero: “condensa el fracaso del proceso de modernización emprendido por la vanguardia en los 20. Con su pasaje del sueño de la gran urbe moderna al desierto de Sonora, Cesárea rompe a un tiempo con la vanguardia y con la revolución. Éste es el momento en el que, como recuerda Salvatierra, todo comienza a deslizarse irremediabilmente por el precipicio”³⁵.

Cobas y Garibotto proseguirán, señalando que el encuentro con Cesárea y su posterior deceso, no hace más que constatar la derrota del primer real visceralismo comprobando, al mismo tiempo, la del segundo. Tinajero simbolizará, así, el fracaso del proyecto poético modernizador y el intento de aliar literatura, revolución y vida. Su muerte implicará la desintegración del segundo movimiento, la muerte de la poeta representará el punto culmine de una generación en decadencia: “Oí que Belano decía que la habíamos cagado, que habíamos encontrado a Cesárea sólo para traerle la muerte”³⁶. Luego de este hecho, los integrantes del segundo real visceralismo deben huir, Lima y Belano se separarán en Europa: cada uno intentará encontrar su propio destino, será así, el fin del proyecto moderno de colectividad.

Bolaño y los infrarrealistas, de esta manera, encarnan a un grupo de desencantados, que buscaban la concordancia entre el ser y el hacer del poeta, marginales de vocación, sin confianza

³⁵ A. COBAS y V. GARIBOTTO, *op. cit.*, p. 167.

³⁶ R. BOLAÑO, *Los detectives salvajes*, p. 605.

en nadie, jóvenes que soñaban «con utopía y se despertaron gritando»³⁷, tal como el escritor anuncia en el Manifiesto. Frente a un mundo adverso sólo les quedaba la provocación y el insulto, «perros rabiosos, perros apaleados»³⁸ como señaló en alguna ocasión, su amigo y editor Jorge Herralde. Desesperados, marginales, miembros activos del club de la desesperanza, boicoteadores de los actos oficiales, finalmente, «verdaderos poetas» como escribe Bolaño en su poema *Como una vieja balada anarquista*: «Los verdaderos poetas tiernísimos/ metiéndose siempre en los cataclismos más atroces/ más maravillosos/ sin importarles/ quemar su inspiración/ sino donándola/ sino regalándola/ como quien tira piedras y flores»³⁹.

Juan Villoro, en afirmación a lo anteriormente señalado, agrega: «Bolaño escribe sobre poetas que indagan el reverso de las cosas y transforman la experiencia en obra de arte [...] Los poetas de Bolaño viven la acción como una estética de vanguardia. Algunos de ellos escriben cosas que no leemos, otros buscan la gramática del desmadre, todos resisten»⁴⁰. Finalmente, lo que más les importaba a los infrarrealistas, no era el hecho de escribir poesía, sino vivir como poeta, la vida cotidiana era el poema mismo: «Mi interés básico era ése, vivir como poeta. Para mí, ser poeta era, al mismo tiempo, ser revolucionario y estar totalmente abierto a cualquier manifestación cultural, a cualquier expresión sexual [...]. La tolerancia era... Más que tolerancia, palabra que no nos gustaba mucho, era hermandad universal»⁴¹.

Y es ese proyecto el que muere junto a Cesárea Tinajero. La hermandad se diluye y los real visceralistas desaparecen: «Lupe me ha dicho que somos los últimos real visceralistas que

³⁷ Cfr. R. BOLAÑO, «Déjenlo todo, nuevamente».

³⁸ Jorge HERRALDE, *Para Roberto Bolaño*, Sexto Piso, México, 2005, p. 25.

³⁹ Cfr. *Muchachos desnudos bajo el arcoiris de fuego*. Editorial Extemporáneos, México, 1979.

⁴⁰ Juan Villoro en J. HERRALDE, *op. cit.*, p. 16.

⁴¹ Bolaño en Andrés BRAITHWAITE (selección y edición), *Bolaño por sí mismo. Entrevistas escogidas*, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2006, p. 38.

quedan en México”⁴². O como expresa Rafael Barrios, una vez que Lima y Belano se van a Europa, los demás integrantes del movimiento comienzan a hacer performances, escritura masturbatoria, teatro del absurdo, haikús, epigramas: “Hicimos lo que pudimos... Pero nada salió bien”⁴³. Por otra parte, Xóchitl intenta encontrar trabajo, publicar sus poemas, sin embargo, por haber estado ligada a dicha poética, le responden negativamente. Finalmente, el estudioso de Pachuca nos ofrece algunos datos sobre el paradero de otros: San Epifanio murió, Rafael Barrios desapareció en EEUU, Piel Divina murió, Pancho Rodríguez murió, Emma Méndez se suicidó, Juan García Madero se desvanece como si nunca hubiese existido.

A la luz de lo revisado hasta el momento, queda claro que *Los detectives salvajes*, mientras, por una parte nos otorga luces para desentrañar la figura de Roberto Bolaño dentro de la literatura mexicana del siglo XX; por otra, nos remite a la marginalidad de escritores jóvenes, influenciados por los procesos políticos revolucionarios de los años setenta y que finalmente, terminan en el desencanto, en la frustración, en la batalla perdida. Poetas contestatarios, fuera de todo orden, alejados de los circuitos de poder y cultura oficial. Es por ello que años después es el mismo Roberto Bolaño quien expresa en la novela varios puntos con los que ya no concuerda. La historia y los personajes que en ella se relatan están escritos con la mirada de la experiencia... la autocrítica es el proceso lógico de quien busca también reencontrarse con su pasado.

La primera señal de dicha autocrítica la encontramos en el traslado del nombre del movimiento: el infrarrealismo da paso al real visceralismo. El infrarrealismo, como veíamos anteriormente, refiere a cuerpos sin luz o planetas oscuros que no todos pueden observar. Implica el sentirse distinto, así como el llamado a ver más allá. Esa intención no cambiará de manera

⁴² R. BOLAÑO, *Los detectives salvajes*, p. 606.

⁴³ *Ibid.*, 214.

radical en la novela, sin embargo, con su rebautizo se agregará un cambio fundamental: real visceralismo remitirá ahora a esa visceralidad con que estos jóvenes poetas actuaban, a la irracionalidad y el ímpetu con que atacaban a los poetas oficiales, porque ellos mismos, en su orfandad, no tenían nada que perder. Y el primer término “real”, no hace más que remitirnos al intento de hacer una poesía cercana a la cotidianeidad, ligada a la realidad; la idea de vivir como poetas al límite, diciendo todo, expresando todo, sintiendo todo, bebiendo todo: viviendo.

La autocrítica, por supuesto, irá más allá. La visión de la poesía y la vida Infrarrealista, ya no será tan seria; en su traslado al real visceralismo se tornará juego, complicidad de amigos. El mismo nombre del movimiento no tiene mayores problemas al verse alterado, los mismos integrantes lo cambian constantemente: “Me inscribí en el taller de poesía de Julio César Álamo, en la Facultad de Filosofía y Letras, y de esta manera conocí a los real visceralistas o viscerrealistas en incluso vicerrealistas como a veces gustan llamarse”⁴⁴. El nombre mismo en un juego, una broma, no es un movimiento literario en cuanto tal, más bien, es una “pandilla”. García Madero se vuelve un integrante del grupo sin saber qué es el real visceralismo, la misma confesión que realizará, años después, Rafael Barrios: la duda, la ignorancia respecto al nombre del grupo, a los intereses, a la poesía que deben hacer.

Algunos lineamientos generales se mantienen desde el infrarrealismo, pues tal como señala García Madero, en un momento recordó que “una de las premisas para escribir poesía preconizadas por el realismo visceral, [...] era la desconexión transitoria con cierto tipo de realidad”⁴⁵. Ese tipo de realidad es justamente la idea de sentir las cosas tal como éstas vienen y no transformarlas a nuestro antojo. Tomar y vivir la vida tal como ésta se nos presenta, con sus

⁴⁴ *Ibid.*, p. 13.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 19-20.

incongruencias, extrañezas o complejidades: un verdadero poeta es el hombre capaz de recibir la realidad, la cotidianeidad y “vivirla”. Es por esto también, la referencia a los poetas que caminan hacia atrás, mirando un punto pero alejándose de él en línea recta: un real visceralista debe ser capaz de transitar lo desconocido, porque ahí también hay realidad, no conformarse con lo reconocible, con lo dado, ir siempre en busca de lo que otros no ven o no quieren descubrir.

A pesar de que estos lineamientos o tópicos del infrarrealismo se perpetúan en el real visceralismo, la autocrítica prosigue. Se señala que estos poetas, en su afán de vivir como tal, no son más que una estafa. Muchos traen consigo libros en francés, inglés o alemán, pero reconocen que no saben leer ninguno de esos idiomas; hablan de poesía e invitan a García Madero a pertenecer al movimiento sin siquiera haber leído un poema suyo. O tal como los describe María Font, ninguno realmente lee, sólo se limitan a robar los libros:

—No me hagas reír. Pero si en ese grupo sólo leen Ulises y su amiguito chileno. Los demás son una pandilla de analfabetos funcionales. Me parece que lo único que hacen en las librerías es robar libros.

—Pero después los leerán, ¿no? —concluí un poco amoscado.

—No, te equivocas, después se los regalan a Ulises y a Belano. Éstos los leen, se los cuentan y ellos van por ahí presumiendo que han leído a Queneau, por ejemplo, cuando la verdad es que se han limitado a *robar* un libro de Queneau, no a leerlo⁴⁶.

Por otra parte, la ácida crítica que los infrarrealistas realizaron a Octavio Paz (interrumpiendo en sus actos públicos, planeando su secuestro, insultándolo abiertamente, etc.), en la novela se encuentra ya matizada y criticada por otros poetas. Luis Sebastián Rosado, se

⁴⁶ *Ibid.*, p.56.

declara en desacuerdo con los poetas, por cuanto él sí cree en lo que hace el poeta oficial. Y al decir esto, se burla de los real visceralistas, argumentando que a ellos sólo parecía gustarle lo que hacían ellos mismos. Posteriormente, Carlos Monsiváis (personaje de la novela) también los criticará por esta misma actitud que él califica de infantil: «obstinados en no reconocerle a Paz ningún mérito, con una terquedad infantil, no me gusta porque no me gusta, capaces de negar lo evidente»⁴⁷.

Y más importante aún que la burla que realizan algunos poetas por esa actitud de crítica infantil frente a Octavio Paz, resulta el episodio del encuentro entre el poeta oficial y Ulises Lima en el Parque Hundido. Será en ese momento cuando Roberto Bolaño, poeta Infrarrealista, haga las paces simbólicamente con el Premio Nobel. En un comienzo, Ulises lo observa cada día, hasta que la secretaria de Paz, Clara Cabeza, lo aborda para preguntarle quién es. Éste responde sin problemas su nombre, agregando además, que es el penúltimo poeta real visceralista que queda en México. Octavio Paz, reconoce en el movimiento la participación de Cesárea Tinajero. Desde ya la sola mención de la poeta, el ambiente entre ellos se vuelve tranquilo, de reconciliación.

Ha llegado el momento en que ambos poetas dejen de lado sus diferencias. Ulises Lima ya no es el mismo niño, algo ha cambiado en esos años; Octavio Paz, por su parte, no guarda rencores en contra de él ni su movimiento. La conversación no dura mucho, sin embargo, Clara Cabeza señala que fue «distendida, *serena*, tolerante»⁴⁸. Poco después Lima se levanta y estrecha la mano de Paz. El encuentro es breve, pero deja clara la intención de reconciliar, al menos en la novela, a los jóvenes poetas marginales, con el consagrado escritor. Roberto Bolaño, 20 años

⁴⁷ *Ibid.*, p. 160.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 510.

después, sabe que las viejas rencillas infantiles, de nada servirán. La madurez del autor conlleva, en este caso, la autocrítica a su propia impulsiva juventud.

En una entrevista, el mismo Bolaño se refiere a este episodio central: «En la novela cuando conversa (Octavio Paz) con Ulises Lima, hacen las paces. Se dicen todo lo que tienen que decirse, y eso, sólo lo saben ellos. Así me imaginé a ese Paz viejo, ya con el Nobel, hablando el poeta joven. Paz todavía estaba vivo cuando escribí esto»⁴⁹. Esa reconciliación será fundamental para entender lo que nos ha interesado rescatar a lo largo de este apartado de Bolaño en México: la autocrítica que realiza años después al primer proyecto poético. Ese encuentro será en la novela el modo de asumir el fracaso de las utopías real visceralistas; sin embargo, en la obra del escritor, será la forma de poner fin a la crítica y la lucha que tantos años le realizó. Finalmente, todos los poetas, aunque den vueltas en direcciones opuestas (como Lima y Paz en el Parque Hundido), terminan encontrándose en el mismo círculo, parece haber demostrado el escritor en su paso por México y su inclusión en el movimiento infrarrealista.

⁴⁹ Roberto Bolaño en Claudia POSADAS. «La escritura salvaje de un nómada». En línea.

3. MARCO TEÓRICO

Luego de haber realizado una escueta revisión del contexto socio-cultural en el cual se inserta e inscribe el escritor Roberto Bolaño dentro de la literatura de su época, se otorgará un cuadro con los conceptos fundamentales que sirven al desarrollo de la reflexión en el estudio de las obras. Puesto que en el presente análisis de la narrativa de Bolaño nos centramos en la relación entre erotismo y violencia, con énfasis en el femicidio como resultado de una extrema violencia de género, será necesario dividir el marco teórico en tres grandes ámbitos. En el primero, describiremos algunos términos asociados a los estudios de género, los cuales aportarán reflexiones fundamentales acerca de los estereotipos que se han generado en torno a lo que significa “ser” hombre o mujer en nuestras sociedades. Para ello, necesitaremos comenzar por definir la diferencia que se establece entre sexo y género, y su implicación en una división sexual del trabajo y para una construcción de género hegemónica en la cual se naturaliza y se acepta la degradación hacia el sujeto femenino.

El segundo apartado, en concordancia, nos llevará a reflexionar acerca de la estrecha relación que se ha manifestado tanto en el ámbito literario como en el sociológico y antropológico, entre erotismo y violencia. Para ello, recurriremos a ciertas categorías clásicas derivadas de los escritos de George Bataille y René Girard, quienes, en sus diversas disciplinas han generado importantes debates en torno al cuerpo femenino como objeto sexual. Con el fin de complementar las apreciaciones acerca de este fenómeno, nos apoyaremos también en los escritos literarios (que mucho más que literarios son verdaderas teorías) del Marqués de Sade, puesto que fue el primero en señalar que el mayor placer sexual se alcanza ejerciendo una violencia extrema sobre el cuerpo de los otros. De esta forma, podríamos incluso arriesgarnos a proponer que es el primero en sugerir el femicidio como el fin máspreciado en una excitación sexual.

Finalmente, en el tercer ámbito, intentaremos especificar el problema de la violencia contra la mujer llevada a su extremo: el femicidio. Para ello, describiremos un mito indígena Baruya en el cual se alude a la estructura elemental de la violencia que los hombres ejercen sobre las mujeres, tanto para arrebatarles un poder que no les pertenece, como para mantener ese poder usurpado mediante la fuerza. Posteriormente, aportaremos definiciones claves para comprender el femicidio y su diferencia con el concepto feminicidio. Asimismo, expondremos la clasificación que se maneja para crear tipologías en los asesinatos de mujeres, dentro de las que se cuentan categorías como femicidio íntimo, sexual, sacrificial, etc. según sea el teórico que la sostenga. Para finalizar, retomaremos los estereotipos de género que se manejan a la hora de hablar sobre el tema; estereotipos que propiciarán una invisibilización y banalización, que en últimos términos encubrirán y propiciarán estos crímenes de odio contra las mujeres.

3.1. Ni esclava ni princesa, simplemente mujer. Apuntes para una historia del género.

“Ni bruja, ni virgen, ni madre, ni esposa/
sólo mujer, sólo mujer”
(Mauricio Redolés)

Como dijimos anteriormente, comenzaremos explicitando la diferencia, aportada por los movimientos feministas, entre sexo y género, puesto que será de gran importancia para lograr entender las construcciones sociales generadas en torno a ello. Tal como señala Julieta Kirkwood en su compilación titulada *Feminarios*, se ha realizado una lectura cultural a partir de las diferencias entre los sexos. Así, tanto hombres como mujeres, han asumido roles y actitudes

según su condición biológica. El concepto de género se definiría, por tanto, como una construcción social y cultural basada en la diferenciación física.

Esta definición ha sido avalada por biólogos dedicados al estudio del comportamiento humano según su sexo: “La opinión generalizada de los biólogos es que el papel de la biología en determinar la identidad de género (vivir como hombre o mujer) es mínima, ya que la predisposición biológica del género de hombres o de mujeres, puede ser invalidada de forma definitiva y decisiva por el aprendizaje cultural”⁵⁰. Estos estudios han demostrado que nacer mujer no implica necesariamente ser considerada como sexo “femenino”, de la misma manera como nacer hombre no significa que debe ser asociado a lo masculino. Ello ha traído aparejado una gran revolución en cuanto al pensamiento tradicional⁵¹.

La relación entre sexo y género, por tanto, se podría sistematizar en un esquema de características y definiciones opuestas. Tal como señalan Montecino y Rebolledo en el libro elaborado por el Programa Interdisciplinario de Estudios de Género de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, estas nociones significan de manera desigual, ya que: “el primero apunta a los rasgos fisiológicos y biológicos de ser macho o hembra, y el segundo a la construcción social de las diferencias sexuales (lo femenino y lo masculino). Así el sexo se hereda y el género se adquiere a través del aprendizaje cultural”⁵².

Al entender que la asociación sexo-género es más bien arbitraria, resulta de suma importancia interiorizar que al ser, lo femenino y masculino, una construcción social, varía de una cultura a otra y es susceptible de cambiar según la época. Estos conceptos no son estáticos y

⁵⁰ Julieta KIRKWOOD, *Feminarios*, Documentas, Santiago de Chile, 1987, p. 25.

⁵¹ Para un análisis divergente respecto de la separación tajante entre sexo y género, revisar: Judith BUTLER *Cuerpos que importan*, Paidós, Buenos Aires, 2002. En él se presenta el caso de un niño castrado al que se crió como mujer, y las dramáticas consecuencias que conllevó el pensar el género como algo completamente cultural.

⁵² Sonia MONTECINO y Loreto REBOLLEDO, *Conceptos de género y desarrollo*, Apuntes Docentes PIEG, Santiago de Chile, 1996, pp. 20-21.

más aún, se materializan de distinta forma, según factores como la inserción social o la asignación de roles. Cada sociedad, por tanto, interpretaría la diferenciación sexual de modo diferente, lo que determinaría, además, la manera en que ambos sexos se relacionan y coexisten.

A pesar de ello, no podemos dejar de establecer parámetros comunes a gran parte de las sociedades, puesto que en la lectura que se ha hecho de las diferencias sexuales, generalmente predomina el lugar de opresión de las mujeres, en base a este sistema de sexo/género. Ello trae consecuencias, sobre todo, en el terreno del trabajo, ya que cada hombre y cada mujer, desde pequeños serán educados para cumplir roles y oficios asignados culturalmente a cada uno. Ello propicia la reproducción de estereotipos masculinos y femeninos, en los cuales a las mujeres les corresponde el espacio doméstico, mientras los hombres se desarrollarán en el espacio público.

Esta separación en cuanto al trabajo y los ámbitos característicos a cada género viene desde el asentamiento del hombre y el comienzo de la civilización, tal como propone Engels en su texto *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*⁵³. Isabel Larguía profundiza en ello: “la mujer fue relegada a la esfera doméstica por la división del trabajo entre los sexos, al tiempo que se desarrollaba a través de milenios una poderosísima ideología que aún determina la imagen de mujer y su papel en la vida social”⁵⁴. En esta escisión, no sólo las mujeres fueron definidas y estereotipadas en dicha área, sino que también a los hombres se les asignaron ciertas funciones que cumplir dentro de la sociedad.

De esta manera, la misma relación entre los sujetos fue determinada por esta división arbitraria, evidenciándose también en las esferas económicas y sociales, de las cuales las mujeres mucho tiempo debieron mantenerse al margen. Es por ello que a la construcción social se le

⁵³ ENGELS, Federico. *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Fontamara, México, 2005.

⁵⁴ Isabel LARGUÍA, “Hacia una ciencia de la liberación de la mujer”, en: *Mujer y socialismo*, La Universidad, Concepción, 1972, p. 61.

aplica el adjetivo “hegemónica”, por cuanto el género se asienta en un sistema de relaciones de poder, donde existe un dominador y un dominado. Las mujeres, al ser asociadas a la naturaleza y a la reproducción, se les determina como seres subalternos que requieren protección; se realiza una lectura cultural de su constitución biológica: se les considera débiles, sensibles, seres incapaces de producir. Los hombres, por su parte, se consideran fuertes, impulsivos, decididos, racionales. Así, las diferencias de género se constituyen como un sistema de oposiciones que se resume en la siguiente dicotomía: “La mujer es lo *otro*, en tanto que el hombre es lo *uno*”⁵⁵.

A esta concepción se le denomina *esencialismo*⁵⁶, puesto que se pretende aprehender a sujetos diversos dentro de una “esencia”: construcción cultural del género basada en una visión biológica. Se realiza una categorización de características particulares en hombres o mujeres con el fin de universalizarlos e insertarlos en un sistema de poder. De tal forma habría, en esta construcción hegemónica estereotipada, “un hombre” y “una mujer” con cualidades determinadas, independiente de la sociedad, la cultura y la época en que se inserta.

En base a dicha construcción, “el hombre”, al ser más fuerte, capaz de producir y de dominar la naturaleza por estar ligado a la civilización, se le adjudica mayor jerarquía social. “La mujer”, en cambio, al ser considerada frágil, carente de razón y reproductora, necesita de la ayuda constante del *Uno*⁵⁷ y sólo se define como complementaria a éste, por lo que se encuentra en desmedro del “hombre” dentro de la escala jerárquica. Se habla entonces de construcción de género hegemónica, por cuanto estamos ante una construcción estereotípica que realiza una

⁵⁵ J. KIRKWOOD, *op. cit.*, p. 20.

⁵⁶ “El *esencialismo* [...] es la comprensión de la sexualidad o la práctica sexual como “una esencia”, “una parte de la naturaleza humana” o “inherente” [...] En otras palabras, se considera que lo sexual tiene que ver con una característica permanente basada en la constitución biológica de la persona. Es fijo e inmutable”. Elizabeth ETTORE, *Lesbianas, mujeres y sociedad*, Routledge & Kegan Paul, 1997, p. 26.

⁵⁷ Cfr. Lucía GUERRA. *La mujer fragmentada: Historias de un signo*. Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2006, p. 23.

lectura cultural de lo sexual, infiriendo, además, características “esenciales” para insertarlas dentro de un sistema valorativo.

Pierre Bourdieu explicita esta característica cultural de la siguiente manera:

El orden social funciona como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya: es la división sexual del trabajo, distribución muy estricta de las actividades asignadas a cada uno de los dos sexos, de su espacio, su momento, sus instrumentos; es la estructura del espacio, con la oposición entre el lugar de reunión o el mercado, reservados a los hombres, y la casa, reservada a las mujeres, o, en el interior de ésta, entre la parte masculina, como del hogar, y la parte femenina, como el establo, el agua y los vegetales; es la estructura del tiempo, jornada, año agrario, o ciclo de vida, con los momentos de ruptura, masculinos, y los largos períodos de gestación, femeninos⁵⁸.

Este sistema valorativo en el cual el sujeto femenino ha ocupado el nivel inferior se debe, como ya adelantábamos, a la relación estereotípica que se establece entre Mujer = Naturaleza = No productora, en contraposición a Hombre = Civilización = Cazador. Esta noción describe un patrón cultural que determina tanto la división sexual del trabajo, como todos los ámbitos de la vida. Se basa en una división arcaica que asocia al género masculino con la civilización y la producción, mientras al género femenino lo relaciona con la naturaleza y la re-producción.

Ello incide, como señalábamos, en todo aspecto de la vida social, determinando principalmente la división sexual del trabajo. Los hombres, al ser asociados a la civilización, se ven a sí mismos como seres capaces de “dominar la naturaleza”; por ello su principal tarea en la comunidad primitiva era la de cazar. Por otra parte, las mujeres, al ser relacionadas con la naturaleza, según esta división artificial, son destinadas a recibir la producción de los hombres,

⁵⁸ Pierre BOURDIEU, *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, 2007, p. 22.

sin ser ellas productoras. De esta forma, las mujeres son relegadas al espacio doméstico y se definen como seres necesitadas de alguien poderoso: “un macho”.

Esta lectura de las diferencias sexuales se basa, entonces, en la división tajante entre naturaleza y cultura o civilización versus barbarie, en la cual la mujer se ubica como el elemento inferior: “La cultura intenta controlar y trascender la naturaleza, la usa para sus fines. La cultura, así, aparecería como “superior” a la naturaleza. Las mujeres serían asociadas simbólicamente con la naturaleza mientras que los hombres con la cultura. Así como la cultura controla y trasciende la naturaleza, es “natural” que la mujer, en virtud de su asociación con la naturaleza deba también ser controlada y constreñida”⁵⁹. Así, mientras el estereotipo femenino estaría ligado a las funciones reproductivas y de alguna manera “encerradas en la biología”, los sujetos masculinos se relacionarían con la creatividad expresada en la tecnología.

En resumen, podemos señalar que esta lectura (familiar, estatal, religiosa y educativa) del hecho biológico de nacer hombre o mujer ha repercutido en la forma de insertar al sujeto femenino o masculino dentro de un sistema cultural. Así, la relación entre ambos sexos pasa, casi necesariamente, por la construcción de estereotipos que sobre ellos se ha impuesto; la mujer relacionado con lo débil, la fragilidad, la intuición, el sentimiento, la procreación y la maternidad, en contraposición al hombre representante de la creatividad, la inteligencia, la razón, la dominación de lo intuitivo y lo “salvaje”.

Sonia Montecino en su ensayo *Madres y huachos* propone que esta matriz de significados asociados a cada género, en Latinoamérica, tiene su confirmación en la historia de la conquista. Producto de la unión, violenta o amorosa, de la mujer indígena con el hombre español, nacen

⁵⁹ Sonia MONTECINO, *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*, Catalonia, Santiago de Chile, 2007, p. 18.

hijos mestizos, vástagos que no conocen su filiación paterna, y cuyo único referente concreto es la madre. Debido a ello, “lo femenino será indefectiblemente construido por la cultura mestiza desde el modelo de La Madre, y lo masculino desde el modelo del hijo o del padre ausente. Así, constitución de géneros en donde no se pone en relación a una mujer y a un hombre (a pares en su condición de sujetos), sino a madres e hijos (masculinos ausentes) en una relación filial”⁶⁰.

De esta manera, se reafirman los estereotipos de mujer como procreadora y madre, atribuyéndole además, nuevos calificativos: lo femenino como la “chingada”, la derrotada, lo abierto, lo violado, lo dominado; pero, por otra parte, es identificada con la figura de la Virgen, puesto que, pariendo o no, posee atributos maternales al ponerse al servicio de los otros, cuidando, alimentando y prodigando cariño a quien toque su puerta. Por el contrario, el hombre es definido como hijo o padre ausente, el “chingón”, el triunfador, lo cerrado, el dominador, el civilizador. Estas características atribuidas a las diferencias biológicas de cada sexo, propician, a la vez, la creencia en la superioridad del hombre y la consecuente posibilidad de dominar (muchas veces mediante la fuerza) a una mujer asociada a la naturaleza.

De aquí que la violencia que ha ejercido el hombre contra la mujer no sea algo nuevo. Como adelantábamos, ya desde la historia de la conquista hemos sido testigos silentes de este hecho. Milagros Palma señala que “La actual violencia del hombre latinoamericano contra la mujer se afina en una suerte de cultura de la violación instaurada en la Conquista, en donde lo masculino (el blanco dominante) se apropia del cuerpo femenino (lo indio subordinado); gesto que todo hombre que desea mostrar su potestad debe reproducir”⁶¹. Así, el estereotipo que se ha

⁶⁰ *Ibid.*, p. 48.

⁶¹ Milagros Palma en *Ibid.*, p. 99.

construido sobre el sujeto masculino va indefectiblemente asociado a la violencia, violencia que alcanza su mayor expresión, en el ataque a las mujeres, en la “dominación de la naturaleza”.

Octavio Paz explica esta inclinación a la violencia que el sujeto masculino siente frente a las mujeres señalando que los hombres (entendido como *Uno* frente a la otredad femenina) no pueden evitar considerarlas seres oscuros, secretos, enigmáticos: “La mujer es el Enigma. A semejanza del hombre de raza o nacionalidad extraña, incita y repele. Es la imagen de la fecundidad, pero asimismo de la muerte [...] la mujer ¿esconde la muerte o la vida?, ¿en qué piensa?, ¿piensa acaso?, ¿siente de veras?, ¿es igual a nosotros?”⁶². Acceder a su interioridad sería como acceder al más grande conocimiento y descubrir la esencia de la vida, sin embargo, saben que esto no es posible, por ello le temen⁶³.

La consecuencia directa de este hecho es la necesidad de venganza como tentativa de lograr respuesta ante este misterio. La venganza se desarrolla, así, en dos planos, que además sirven como mecanismos de defensa ante este ser al que se teme: el primero es el sadismo, violencia que conduce a atacar a este objeto que se desconoce, a violarlo, a “rajarlo”, a destruirlo; el segundo mecanismo es la violencia epistémica, tomando el concepto recogido por la crítica Gayatri Spivak⁶⁴. Con ello nos referimos a una violencia solapada donde el poder hegemónico se sienta con el derecho de hablar por el Otro. Al hablar por el Otro se le niega el derecho a la

⁶² Octavio PAZ, *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, p. 73.

⁶³ Una reflexión similar propone Jean Baudrillard respecto al miedo que los hombres tienen de las mujeres al argumentar que no es que lo femenino sea superficial o que carezca de profundidad, sino que, al contrario del sujeto masculino, habría en ellas una indistinción de la superficie y de la profundidad, indiferencia entre lo auténtico y lo artificial, característica que la haría insoluble, ambigua, incierta: “la feminidad como principio de incertidumbre” J. BAUDRILLARD, *De la seducción*, Cátedra, Madrid, 2008, p. 19.

⁶⁴Cfr. SPIVAK, Gayatri. “¿Puede hablar el sujeto subalterno?” *Selección de Estudios de Subalternidad*. Nueva York: Oxford University Press, 1988.

subjetividad y, con ello, se lo transforma en esencia, en representaciones sociales acordes a una identidad, en lo que hemos denominado “estereotipos”.

Lucía Guerra expone esta situación en otros términos: “Adscribir significados a lo femenino es, en esencia, una modalidad de la territorialización, un acto de posesión a través del lenguaje realizado por un Sujeto masculino que intenta perpetuar la subyugación de Otro”⁶⁵. Al catalogar a las mujeres en ciertos signos predeterminados no sólo se intenta hablar por ellas, arrebatándoles la voz, sino que se transforma en un mecanismo para continuar con la subyugación, impidiendo que el Otro se desprenda de los márgenes en los que ha sido sepultado.

Esto es lo que sucedería en México y en el resto de Latinoamérica, según lo plantea Paz: los hombres, al no entender la supuesta “esencia femenina”, reaccionan encasillándolas dentro de sus propios parámetros, tal como señalábamos anteriormente. Con esto, coartan su subjetividad e individualidad y terminan por ver a la mujer desde una esencia o desde un concepto:

Como casi todos los pueblos, los mexicanos consideran a la mujer como un instrumento, ya de los deseos del hombre, ya de los fines que le asignan la ley, la sociedad o la moral. Fines, hay que decirlo, sobre los que nunca se le ha pedido su consentimiento y en cuya realización participa sólo pasivamente, en tanto que “depositaria” de ciertos valores: Prostituta, diosa, gran señora, amante⁶⁶.

De esta forma, se ejerce una violencia epistémica o territorialización por parte de los hombres, en la que las mujeres son elevadas a la categoría de esencia; así, deben cumplir ciertos roles que la sociedad masculina les asigna, entre ellos, soportar y admitir la violencia (física, moral, simbólica) que se ejerce sobre ellas⁶⁷. Las mujeres, en su estereotipo de “pasivas” deben

⁶⁵ L. GUERRA, *op. cit.*, p. 14.

⁶⁶ O. PAZ, *El laberinto de la soledad*, p.39.

⁶⁷ Acerca de los distintos tipos de dominación que ejercen los hombres sobre las mujeres, consultar el libro *La dominación masculina* de Pierre Bourdieu.

permitir ser poseídas por el agente “activo”, con el fin de no quebrantar las características viriles situadas en la lógica de la proeza, de la hazaña, de la conquista. Esta suerte de violencia ligada, por una parte, a la sexualidad y, por otra, al erotismo, al Enigma y al placer que la mujer representa, será nuestro segundo nivel de reflexión.

3.2. Erotismo y violencia

“Hay que pegarle a la mujer/
Hay que pegarle para enseñarle a obedecer
igual que un niño/ Hay que pegarle a la mujer/
Hay que pegarle/ Hay que pegarle a la mujer/
Hay que pegarle a la mujer con el cariño”
(La Lupita)

Tal como vimos en el apartado anterior, la violencia hacia la mujer aparece permeada por una construcción de género hegemónica, donde el hombre, sujeto activo, es quien posee el derecho de dominar, controlar e, incluso, hablar por el sujeto femenino, definido en términos de pasividad. Así, no sólo las relaciones sociales estarán determinadas por este patrón de sujeción masculina, sino también el erotismo y las relaciones sexuales serán entendidas bajo estos términos de oposición y jerarquización de un género sobre otro. Pierre Bourdieu reflexiona así sobre la relación entre erotismo y dominación:

Si la relación sexual aparece como una relación social de dominación es porque se constituye a través del principio de división fundamental entre lo masculino, activo, y lo femenino, pasivo, y ese principio crea, organiza, expresa y dirige el deseo, el deseo masculino como deseo de posesión, como dominación erótica, y el deseo femenino como

deseo de la dominación masculina, como subordinación erotizada, o incluso, en su límite, reconocimiento erotizado de la dominación⁶⁸.

Es así como podemos comprender que todos los vínculos que puedan generarse entre hombres y mujeres son susceptibles de analizarse bajo la construcción de género hegemónica, en la cual se ve al sujeto masculino como el principio activo, fuerte, dominante, mientras el sujeto femenino es relegado al último peldaño del escalafón, producto del estereotipo de debilidad, pasividad y subordinación. De esta forma no parece extraño que también el erotismo esté influido por dicha construcción cultural y permeado por un afán de posesión pueda derivar en violencia contra la mujer. En este segmento intentaremos, a la luz del pensamiento de ciertos teóricos, analizar y escudriñar en esta controversial pero frecuente relación entre erotismo y violencia.

3.2.1. Erotismo como búsqueda de continuidad en George Bataille en contraste al erotismo perverso del Marqués de Sade

Para George Bataille la relación entre violencia y erotismo podría resumirse en la siguiente afirmación: el erotismo es “la aprobación de la vida hasta en la muerte”⁶⁹. Con el fin de desentrañar esta aseveración y llevarla al terreno que nos compete será fundamental comenzar por explicar la distinción que el mismo autor realiza respecto a sexualidad y erotismo, puesto que, ambos términos suelen llegar a confundirse.

El concepto de “sexualidad”, siguiendo la perspectiva de Bataille, refiere a la procreación, es decir, remite a la actividad sexual que produce la formación de un nuevo ser vivo. Para él,

⁶⁸ P. BOURDIEU, *op. cit.*, p. 35.

⁶⁹ George BATAILLE. *El erotismo*, Tusquets, México, 2008, p. 23.

todos somos, a partir de aquí, seres discontinuos, completamente diferentes unos de otros; seres que, sin embargo, portamos en nuestro ser la nostalgia por una continuidad primigenia. El acto sexual (el ejercicio de la sexualidad) permitiría que dos seres discontinuos establezcan por un momento una continuidad a través de la unión entre el óvulo y el espermatozoide para crear, a partir de la muerte de dos seres separados, un nuevo ser que será, a su vez, discontinuo, con una vida propia despegada de sus creadores.

El erotismo, por su parte, se define como una búsqueda psicológica realizada por seres discontinuos con el fin de recuperar la continuidad primigenia, perdida en el mero acto sexual reproductivo; un intento por sustituir el aislamiento del ser por un sentimiento de continuidad profunda. Así, esta nostalgia gobernaría las tres formas de erotismo que el autor propone: el erotismo de los cuerpos, el de los corazones y el sagrado.

Sobre la base de dicho contraste entre sexualidad y erotismo, podemos derivar que, mientras la primera se sitúa en el terreno de la procreación, la segunda lo hace en el terreno del imaginario⁷⁰. Será por ello que Bataille agregará un segundo aspecto fundamental del erotismo al indicar que su campo se basa en la “violación” y la “violencia”, que él mismo funda en la destrucción y en la destitución. Esta afirmación refiere a la sustitución que el ser discontinuo busca alcanzar en la continuidad, puesto que el paso del estado normal al del erotismo supone siempre la disolución relativa del orden discontinuo en que vivimos: “Toda la actuación erótica

⁷⁰ La misma diferencia establece Octavio Paz, quien en su ensayo titulado *La llama doble* intentará desentrañar la conexión y las divergencias entre los conceptos: amor, sexualidad y erotismo, concluyendo que, mientras la sexualidad es un atributo compartido con los animales cuya finalidad siempre es la reproducción, el erotismo es indiferente al propósito de la procreación. El erotismo, para el autor, va ligado a la imaginación y al placer, por esto mismo, se constituye en un elemento de la cultura: “El erotismo es exclusivamente humano: es sexualidad socializada y transfigurada por la imaginación y la voluntad de los hombres [...] El erotismo es invención, variación incesante; el sexo es siempre el mismo” O. PAZ, *La llama doble: Amor y erotismo*, Seix Barral, México, 2002, pp. 14-15.

tiene como principio una destrucción de una estructura del ser cerrado que es en estado normal un participante del juego”⁷¹. De esta forma, toda actuación erótica pondría en jaque la estructura discontinua de nuestro ser en una invitación a la búsqueda de la continuidad originaria.

De modo que la “muerte” que Bataille subraya al principio de su obra, cuando dice: “el erotismo es la aprobación de la vida hasta en la muerte”, no es la muerte física, el asesinato del “Otro” en la práctica erótica, sino la confirmación de que el erotismo nos abre a la muerte simbólica del ser discontinuo que somos en el acto sexual para conseguir la continuidad perdida y anhelada mediante la unión erótica. También, en los sacrificios prehispánicos, lo que está en juego no es el asesinato de la víctima propiciatoria en cuanto tal sino aquello que revelará para los asistentes su muerte. La revelación de lo sagrado: “Lo sagrado es justamente la continuidad del ser revelada a los que fijan su atención, en un rito solemne, en la muerte de un ser discontinuo. Hay, por el hecho de la muerte violenta, ruptura de la discontinuidad de un ser: lo que subsiste y que, en el silencio que cae, experimentan unos espíritus ansiosos es la *continuidad* del ser, a la cual se rindió la víctima”⁷².

Esta relación metafórica filosófica, que el teórico francés establece entre vida y muerte, en la cual lo fundamental es la destrucción del ser discontinuo, es llevada a un extremo perverso en la narrativa de Donatien-Alphonse-Francoise, Marqués de Sade (1740-1814), donde se alía muerte y excitación sexual desde el plano de lo real. Muy distinto del pensamiento de Bataille, donde lo que está en juego en el erotismo, si bien siempre implica una disolución de las formas discontinuas, hay sin embargo una apuesta a la vida:

⁷¹ G. BATAILLE, *op. cit.*, p. 31.

⁷² *Ibid.*, pp. 36-37.

Pero, en el erotismo, menos aún que en la reproducción, la vida discontinua no está condenada, a despecho de Sade, a desaparecer: está solamente puesta en cuestión, debe ser trastornada, desordenada al máximo. Hay búsqueda de la continuidad, pero en principio solamente si la continuidad, que es lo único que podría establecer definitivamente la muerte de los seres discontinuos, no vence⁷³.

Así, mientras George Bataille propone al erotismo como un intento de seres discontinuos por alcanzar una continuidad, visto desde el plano imaginario y metafórico; el Marqués de Sade formula su propio sistema de erotismo en el que la violencia y el asesinato se convierten en realidad. Alejado de los principios tradicionales de solidaridad entre los seres, revela el nacimiento de un individuo soberano que sólo responde a sus propios deseos, hasta el punto de que el Otro, en tanto sujeto, deja de importar. La afirmación de dicha soberanía se logra solo en la negación del otro. Este tipo de erotismo no podría darse en la libre decisión de los participantes (como en el caso de Bataille) sino que sería necesaria la existencia de una víctima con el fin de constituir un movimiento de violencia real.

Sade insta a sus lectores a olvidarse de los valores fundamentales que sustentan la sociedad; a utilizar a los otros como fuente de placer. En *La filosofía del tocador* sostiene que deben ser nuestras pasiones las que orienten nuestros actos: “Hombres lujuriosos: Hagan como el bribón Dolmancé; acepten sólo el gobierno de sus deseos, únicamente los límites de la imaginación; y aprendan de él, porque sólo explorando y ensanchando la esfera de sus aficiones y caprichos hallarán el verdadero placer”⁷⁴, una incitación al juego erótico en cuanto reino de los valores y la cultura con riesgo de muerte. Para alcanzar el verdadero placer lo necesario es

⁷³ *Ibid.*, pp. 32-33.

⁷⁴ Marqués de SADE, *La filosofía del tocador*, Grupo Editorial Tomo, México, 2008, p. 17.

escuchar a nuestros sentidos, el llamado de nuestra propia naturaleza. Tal es la estética extrema de Sade.

Hay en esta filosofía, como ya adelantaba Bataille, una profunda negación del otro con el propósito de alcanzar el máximo placer. Como el mismo Sade lo expresa en *La filosofía del tocador*, el hombre no vale nada, por lo que el asesinato no sería un delito. Todos los hombres, tarde o temprano, terminan por morir, por lo tanto, se podría argumentar que el asesino lo único que hace es ayudar a la naturaleza en su trabajo, se transformaría en su agente al seguir el impulso que ella misma le ha otorgado.

Así, el sistema de Sade se basaría en un aislamiento moral, en el que sólo importa el sujeto soberano, mientras los otros hombres sólo son objetos de su placer. Quien reconoce el valor que los otros hombres poseen, se limita en su placer y en su soberanía; esto es lo que para el escritor se hace fundamental abolir: la solidaridad. Octavio Paz en *La llama doble* descubre una gran paradoja en el comportamiento de los personajes de Sade: la relación erótica ideal por parte del libertino implica un poder ilimitado sobre el objeto erótico, el reclamo de una obediencia absoluta y una indiferencia frente a su suerte; mientras por parte del objeto erótico debe existir una complacencia total a los designios de su victimario. Sin embargo, en lo profundo de este esquema se revela que el libertino necesita, para satisfacer su deseo, saber que el cuerpo que toca es una sensibilidad y voluntad que sufren. Esta sensación negaría, por una parte, la soberanía del libertino al depender de la sensibilidad de su objeto mientras, por otra parte, negaría también la pasividad de la víctima: “El libertinaje es contradictorio: busca simultáneamente la destrucción del otro y su resurrección. El castigo es que el otro no resucita como cuerpo sino como sombra.

Todo lo que ve y toca el libertino pierde realidad. Su realidad depende de la de su víctima: sólo ella es real y ella es sólo un grito, un grito que se disipa”⁷⁵.

La vida humana es la búsqueda de placer y el placer es proporcional a la destrucción de la vida, por ello, un verdadero soberano no puede dejarse llevar por el respeto a los otros, al contrario, debe buscar esa destrucción con el fin de lograr su placer: “Sade tuvo la certeza de haber llevado a cabo, en el plano del conocimiento, un descubrimiento decisivo. Al ser el crimen lo que permite al hombre acceder a la mayor satisfacción voluptuosa, a la consumación del deseo más fuerte, ¿habría algo más importante que negar la solidaridad, que es lo que se opone al crimen e impide gozar de él?”⁷⁶.

Según Bataille, bajo esta negación del otro, se esconde una profunda soledad. La naturaleza nos habría hecho nacer solos, sin ningún tipo de relación con los otros hombres, por lo tanto, la única regla de conducta sería la de seguir los instintos y pasiones en la búsqueda del placer⁷⁷, sin importar que esas preferencias sean perjudiciales para los otros. De esta forma, el mayor dolor de los demás no importaría frente al placer personal: “No importa que tenga que comprar el más insignificante goce con un inaudito conjunto de fechorías, ya que el goce me halaga, está en mí, mientras el efecto del crimen no me afecta, está fuera de mí”⁷⁸.

⁷⁵ O. PAZ, *La llama doble*, p. 29.

⁷⁶ G. BATAILLE, *op. cit.*, p. 175.

⁷⁷ Quizás otra lectura respecto al sentido de placer en el Marqués de Sade podría llevarnos a Herbert Marcuse, *Eros y civilización*, Ariel, Barcelona, 2003. En éste, desde un análisis social de ciertos planteamientos del psicoanálisis freudiano, se establece la diferencia entre principio de placer y principio de realidad. Originariamente, el principio de placer habría regido a los hombres, sin embargo, con el comienzo de la civilización éste habría sido relegado por el principio de realidad. De esta forma, los instintos primarios (sexuales y agresivos, principalmente) habrían sido controlados y reprimidos por la razón en pos de la productividad en el trabajo enajenado. En este contexto, la obra del Marqués de Sade podría ser interpretada como una rebeldía a su sociedad capitalista en ciernes, puesto que revierte el principio de realidad por el de placer: el cuerpo no es un mero instrumento de trabajo sino un creador de la libido.

⁷⁸ Blanchot en G. BATAILLE, *op. cit.*, p. 174.

Por lo mismo, no resulta menor que los crímenes casi siempre sean cometidos por hombres y en contra de mujeres. En *Justina*⁷⁹, por ejemplo, la protagonista es atormentada por múltiples castigos, es violada, golpeada y torturada. Los hombres, que en la novela transitan, son seres despiadados que sólo en la contemplación del sufrimiento de la niña encuentran placer erótica. Sus personajes, tal como señala Rolando al explicarle sus motivaciones, sólo logran excitarse ante lo prohibido, en el ejercicio del crimen, en el dolor de sus víctima, será por ello, que estos libertinos encuentran mayor fuente de goce infringiendo daño a las mujeres, por cuanto ellas se presentan como seres vulnerables, frágiles, propicias para el maltrato.

El caso más paradigmático, sin duda, será el de los *120 días de Sodoma*⁸⁰, al encontrar en dicho texto múltiples alusiones a la violencia contra el sujeto femenino. Al explicar las cuatro noches que dedicarán al exceso colectivo, tres de ellas estarán consagradas a las violaciones, golpes y humillaciones a mujeres. En la redacción de las pasiones simples y complejas, en varias de ellas se describirán las torturas tanto psicológicas como físicas. Sin embargo, esto se llevará al extremo en las pasiones asesinas, puesto que sólo veintisiete casos no aluden al femicidio, mientras todas las demás relatan detalladamente diversas formas de dar muerte a mujeres de todas las edades y condiciones sociales. Los torturadores lograrán su máximo placer en la violación, el maltrato, los insultos y, muchas veces, el orgasmo sobrevendrá sólo en el momento mismo en que el asesinato sea consumado.

Esta violencia extrema contra las mujeres podría deberse no sólo a la negación del otro, como analizamos en un comienzo, sino también a la misma idea que Sade sostiene sobre el sujeto femenino. Para él, la esencia misma de la mujer consiste en ser lasciva, por ello, la castidad sería

⁷⁹ SADE. *Justina o desventuras de la virtud*. Grupo Editorial Tomo, México, D.F., 2008.

⁸⁰ SADE, *120 días de Sodoma y Gomorra*. Grupo Editorial Tomo, México, D.F., 2007

un crimen en contra de la humanidad, por cuanto privaría a los hombres del placer que por ley natural les pertenece. Tal como se señala en *La filosofía del tocador*, debería existir una declaración estatal que promulgara que las mujeres pertenecen a todos los hombres: “No como propiedad, sino como instrumento de placer [...] según leyes justas, no tendría yo derecho a *poseer* esta mujer o aquélla, pero mi derecho irrefutable sería disfrutar de ella; además, podría obligarla a someterse a mis deseos si ella, por cualquier razón, presentara resistencia”⁸¹.

A modo de conclusión, recurriremos a un aspecto propuesto por el teórico Francesco Alberoni, en torno a la literatura del Marqués de Sade⁸². Para él, las imágenes crueles que se presentan son el resultado de un proceso emotivo y mental de separación⁸³, que provoca en el lector la sensación de que no hay en los personajes ni placer ni sufrimiento real. De esta manera, no serían las mujeres violentadas, en cuanto tal, sino que la violencia se ejercería sobre el símbolo que representan: una madre, una hija, una esposa, una monja, etc. El desenfreno erótico de Sade, eliminaría estas figuras, estos roles, estas relaciones sociales de las que el sujeto femenino es portador según los cánones patriarcales; no a las mujeres en sí. La violencia se desataría contra los estereotipos, no contra los cuerpos, en un ejercicio racional que suprimiría la irracionalidad de la violencia sexual. Esta reflexión, mediante la cual queda claro que el tema erótico es cultural, simbólico, es decir, que se encuentra en el imaginario, nos acompañará durante todo el texto, por lo que no debemos perderla de vista.

⁸¹ SADE, *La filosofía del tocador*, p. 121.

⁸² Cfr. ALBERONI, Francesco. *El erotismo*. Gedisa, Barcelona, 1988.

⁸³ Algo similar propone George Bataille en el capítulo dedicado al Marqués de Sade en su libro *La literatura y el mal*, Taurus, Madrid, 1959. El teórico, reflexionará en torno a la unión que realiza Sade del comportamiento irracional de la violencia y el ejercicio racional que produce una escritura de la violencia.

3.2.2. Sexualidad y violencia. La crisis sacrificial propuesta por René Girard

René Girard, en su libro *La violencia y lo sagrado*, ha realizado un estudio acerca de la *violencia fundadora* y el papel fundamental que en ella juega la *víctima propiciatoria* desde las comunidades primitivas hasta las sociedades actuales⁸⁴, valiéndose de disciplinas tales como la antropología, la teología, el psicoanálisis y la literatura. El autor pretenderá a través del estudio de mitos, ritos y algunas obras literarias de la antigüedad, desentrañar y explicar la violencia que subyace al sacrificio y el contexto en el que se produce una *crisis sacrificial*; sin embargo, como nuestro interés se centra en la correspondencia entre violencia sexual y placer erótico, explicaremos los principales postulados del teórico a la luz de dicha relación, realizando los cruces necesarios con la antropología sin detenernos mayormente en esta disciplina.

Uno de los intereses del autor consiste en explicar los mecanismos que operan en el desarrollo de una crisis sacrificial, por ello se centrará en la sexualidad como una de las principales causas que conllevan desorden. La sexualidad, para Girard, desde los tiempos más remotos ha estado inextricablemente unida a la violencia por cuanto produce caos y descontrol, hipótesis que concuerda con los planteamientos de Bataille, quien señala que el instinto sexual interfiere no sólo con el trabajo y la producción, sino también con la misma vida en comunidad. La sexualidad, nos dirán ambos teóricos, casi siempre incita a la violencia, provocando una

⁸⁴ Resulta indispensable plantear en este punto la diferencia entre comunidad (*gemeinschaft*) y sociedad (*gesellschaft*), ya que, mientras la primera responde a leyes orgánicas y lazos naturales (como los del parentesco), la segunda se constituye a partir de lazos contractuales, es decir, ante la ley: “La teoría de la *gesellschaft* o asociación trata de la construcción artificial de una amalgama de seres humanos que en la superficie se asemeja a la *gemeinschaft* o comunidad en que los individuos conviven pacíficamente. Sin embargo, en la comunidad permanecen unidos a pesar de todos los factores que tienden a separarlos, mientras que en la *gesellschaft* permanecen esencialmente separados a pesar de todos los factores tendientes a su unificación” Ferdinand TONNIES, *Comunidad y Asociación: el comunismo y el socialismo como formas de vida social*, Península, Barcelona, 1979, p.67

confusión generalizada que desembocará en crisis sacrificiales y la búsqueda de un chivo expiatorio para detenerla⁸⁵:

Con mucha frecuencia la sexualidad tiene que ver con la violencia, tanto en sus manifestaciones inmediatas –raptos, violación, desfloración, sadismo, etc. –como en sus consecuencias más lejanas. Ocasiona diferentes enfermedades, reales o imaginarias; lleva a los sangrientos dolores del parto, siempre susceptibles de provocar la muerte de la madre, del hijo o incluso de ambos a un tiempo. Hasta en el interior de un marco ritual, cuando se respetan todas las prescripciones matrimoniales y las demás interdicciones, la sexualidad va acompañada de violencia; tan pronto como escapa a este marco, en los amores ilegítimos, el adulterio, el incesto, etc., esta violencia y la impureza que resulta de ella se hacen extremas. La sexualidad provoca innumerables querellas, celos, rencores y batallas; es una permanente ocasión de desorden, hasta en las comunidades más armoniosas⁸⁶.

La sexualidad, para Girard, siempre puede ser detonante de la crisis sacrificial, por cuanto uno de sus síntomas más visibles es la pérdida de la diferencia. De esta manera, la característica principal de aquellos momentos en que se exigen sacrificios es el hecho de que se convierte en una *crisis de las diferencias*: se destruye el orden cultural que sustenta a cualquier comunidad. Las diferencias, para el autor, proporcionan a los individuos su identidad y les permite relacionarse con los otros, el orden y la paz yacen en esas disimilitudes, si éstas llegan a perderse o a confundirse, sin duda inducirán a una crisis generalizada en la cual cada individuo perderá aquel rasgo que lo hacía distinguible en cuanto a su personalidad y posición social.

⁸⁵ Con el término “violencia” nos referimos a un amplio abanico de fenómenos, que incluye el caos, las querellas, el desorden, la pérdida o ruptura de las diferencias, por lo que “violencia” no debe ser asociado necesariamente o solamente a la agresión física.

⁸⁶ René GIRARD, *La violencia y lo sagrado*, Anagrama, Barcelona, 2005, p. 42.

Estamos, entonces, ante una segunda explicación del por qué la sexualidad puede desembocar en violencia y crisis sacrificial. Tal como señala Bataille, en el ejercicio libre de la sexualidad no existen grandes distinciones de género, tanto hombres como mujeres acceden a la experiencia de la continuidad en la cual se pierde por un segundo la identidad, la racionalidad y el control. Aquellas desigualdades que permitían al sujeto relacionarse con los otros desde su determinada situación en el mundo, no sólo se pierden en el acto sexual mismo, sino también en la irracionalidad que provoca el deseo sexual irrefrenable. Las diferencias personales se anulan; únicamente queda un cuerpo en completo caos al ser invadido por la excitación violenta.

Esta relación tan estrecha entre sexualidad y violencia se reflejará en el tabú que existe en lo referente a la sangre menstrual, pues ésta será el reflejo de la violencia indiferenciada, el recuerdo de que la sangre femenina va siempre ligada a la sexualidad y la procreación, ambos, susceptibles de ser causantes del derramamiento de sangre criminal:

El hecho de que los órganos sexuales de la mujer sean el lugar de un derramamiento periódico de sangre siempre ha impresionado prodigiosamente a los hombres en todas las partes del mundo porque parece confirmar la afinidad, manifiesta a sus ojos, entre la sexualidad y las formas más diferentes de la violencia, susceptibles todas ellas, también, de provocar un derramamiento de sangre⁸⁷.

De esta forma, el tabú que existe en torno a la sangre menstrual se relaciona directamente con la violencia que puede provocar la sexualidad. Es por esto que Girard va más allá al proponer que el miedo y rechazo que la sangre menstrual ocasiona en los hombres no sólo tiene que ver con la repulsión a la sangre misma sino a la mujer en general. La aversión que provoca la sangre

⁸⁷ R. GIRARD, *Ibid.*, pp. 41-42.

que el sujeto femenino expulsa sería un símbolo de la aversión que las mujeres producen en los hombres al ser consideradas fuente de desorden y peligro de irracionalidad dentro de la comunidad: “A través de la sangre menstrual, se realiza una transferencia de la violencia, se establece un monopolio de hecho en detrimento del sexo femenino”⁸⁸.

Hemos visto cómo la sexualidad ha sido tradicionalmente asociada a la violencia, puesto que produce desorden, caos e indiferenciación dentro de las comunidades, lo que hace posible que existan derramamientos de sangre criminales que amenacen con destruirlo todo. Ahora bien, cuando la crisis sacrificial provocada por la sexualidad descontrolada se ha insertado comienza la búsqueda de chivos expiatorios cuyo sacrificio devolverá la calma, una vez que la sangre purificadora de la víctima propiciatoria reponga la diferencia, el orden que se ha perdido. Este sacrificio pretenderá eliminar el caos que se avecina, restaurar la armonía y reforzar la unidad social, ya que si esa necesidad no es satisfecha, finalmente terminará por desbordarse en efectos aún más desastrosos.

El chivo expiatorio escogido en tiempos de desastre deberá responder a la *unanimidad violenta*, es decir, deberá ser señalado por todos como el *culpable* de la crisis que agobia a la comunidad. Así, el elegido se transforma en el responsable único de todos los males y exclusivamente con su muerte logrará purgar las culpas de todos los miembros: “La víctima propiciatoria desempeña en el plano colectivo el papel de aquel objeto que los chamanes pretenden extraer del cuerpo de sus enfermos y que presentan a continuación como la causa de todo el mal”⁸⁹. Por ello, el sacrificio se convierte en una institución social que necesita de la

⁸⁸ *Ibid.*, p. 43.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 91.

unanimidad de los individuos que pertenecen y se desenvuelven en ella para que el ritual surta el efecto que se requiere.

Una segunda característica del chivo expiatorio se relaciona con su pertenencia a la comunidad en la que será sacrificado. Resulta fundamental que la víctima no sea del todo parte, sino más bien marginal a ella, que no sea igual ni distinta, ni próxima ni lejana, que no esté dentro ni fuera. Para que el ritual cumpla con el cometido de detener la violencia intestina, la víctima debe permanecer en una categoría periférica, por cuanto su muerte no debe dejar indiferente a quienes la producen, pero tampoco puede ser vengada, ya que ello conllevaría una violencia interminable. Serán, así, los niños que aún no han realizado sus ritos de pasaje, los campesinos o las mujeres quienes se ajusten mejor a esta condición de víctimas propiciatorias, ya que, producto de su posición social no pertenecen por entero a la comunidad aunque tampoco son agentes completamente externos a ella.

La última característica, indispensable de cualquier víctima sacrificial, es que posea un carácter doble, es decir, que en su interior contenga tanto lo maléfico (que lo hará una víctima sacrificable) como lo benéfico (que liberará a la comunidad del mal que lo acecha). Esta dualidad también será satisfecha por el sujeto femenino: “la mujer, a causa de su debilidad y de su relativa marginalidad, puede desempeñar un papel sacrificial. Este es el motivo de que pueda ser objeto de una sacralización parcial, a la vez deseada y rechazada, despreciada e instalada en un pedestal”⁹⁰. Tal como señala Girard, las mujeres han sido desde siempre consideradas agentes duales, portadoras del bien (imagen de la Virgen) así como portadoras del mal (imagen de Eva);

⁹⁰ *Ibid.*, p. 149.

situación que permitiría transformarlas en chivos expiatorios en la espera de que con su sacrificio se restablezca el orden que la sexualidad y su presencia han resquebrajado.

La hipótesis propuesta por Girard, entonces, nos permite vincular estrechamente sexualidad y violencia, por cuanto, la sexualidad es susceptible de causar confusión, querrela, caos. La sexualidad, para el teórico, produce desorden dentro de una comunidad, puesto que en su ejercicio se pierden las diferencias, la identidad y la racionalidad. Esta violencia sólo puede detenerse mediante la violencia “purificadora” que otorgará la sangre de un chivo expiatorio escogido por todos los miembros. La víctima deberá cumplir, además, con el requerimiento de ser marginal y de carácter dual, dos exigencias que sitúan al sujeto femenino en la posibilidad de convertirse en víctimas sacrificiales. Será la sangre menstrual la que porte en sí el maleficio femenino al ser causante de la “mala violencia”; mientras será su sangre derramada en el pila sacrificial la que libere al pueblo y devuelva la calma.

Esta imagen del sujeto femenino como *pharmakos*, es decir, entendida “a un tiempo [como] el veneno y su antídoto, el mal y el remedio”⁹¹, será fundamental para el desarrollo de la tesis que nos convoca. Las mujeres y el vínculo que encarna la sexualidad con la violencia serán vistas como origen de la maldad y agente fundamental del desorden que sobreviene en una comunidad determinada: maléficas y dañinas mientras permanezcan dentro, benéficas cuando logran ser expulsadas. Así, el sacrificio femenino, el asesinato ritual de mujeres, podrá restituir el orden que se ha perdido, restablecer la paz que ellas mismas habían perturbado. Con esta perspectiva lo veremos más adelante, a propósito de la representación que hace la obra de Roberto Bolaño en relación al femicidio.

⁹¹ *Ibid.*, p. 103

3.3. Reflexiones en torno al femicidio

“Amigo voy a darte un buen consejo/
si quieres disfrutar de sus placeres/
consíguete una pistola si es que quieres/
o cómprate una daga si prefieres/
y vuélvete asesino de mujeres”
(Alejandro Fernández)

Laura Rita Segato, en su texto *Estructuras elementales de la violencia* relata un mito Baruya de los indígenas de Nueva Guinea, en el cual se revela el mayor secreto de los hombres: “el elemento más sagrado de la casa de los hombres, el que representa la masculinidad misma – las flautas bien guardadas e interdictas protegidas de la visión de las mujeres y los niños– fuera construido en tiempos originarios por las mujeres y perteneciera a éstas”⁹². En tiempos primordiales un baruya, aprovechándose de la ausencia de las mujeres de la casa comunal, ingresa y encuentra entre las ropas sucias con sangre menstrual, los instrumentos que ellas crearon y saben tocar, desde ese entonces, las flautas son patrimonio de los hombres.

Para la antropóloga, este mito fundacional simbolizaría el robo del falo⁹³. Su significación alegórica pareciera demostrar en último término, que el poder es siempre una usurpación o una expropiación, no un derecho propio y natural, como se pretende. Resulta fundamental comprender que lo que este mito encierra es la célula elemental de la violencia: usurpación, violencia fundante y una transgresión masculina que acaba por imponer al mundo un orden patriarcal, producto del despojo. Sin embargo, al ser explicado el derecho masculino de poder,

⁹² Laura Rita SEGATO, *Las estructuras elementales de la violencia*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2003, p. 100.

⁹³ Este mito podría contribuir a la hipótesis de la crisis de la diferencia propuesta por René Girard por cuanto siempre se hace necesario que alguien posea el poder, el elemento que lo haga diferenciarse del resto. En este caso, la flauta, propiedad en primer término de las mujeres, hace que los hombres se encuentren por debajo de ellas en la escala jerárquica. Al momento de usurparla el poder comienza a pertenecerles, relegando a las mujeres a un nivel de dependencia. La flauta o, en términos freudianos, el falo, sería aquel elemento que crea la diferencia entre los sexos: su pérdida provocaría el caos así como su posesión el poder.

mediante el uso de la fuerza, ello conlleva que para conservarlo se deberá recurrir constantemente a esa violencia originaria. Así, esta violencia presentada en el mito legitimaría a su vez, la violencia que se re-presenta a modo de ritual sobre las mujeres.

Resulta interesante recurrir a este mito para comprender el por qué de la violencia que los hombres ejercen sobre el sujeto femenino. El poder masculino no sería, entonces, otorgado por derecho, no sería algo natural impuesto por el cosmos, sino una atribución realizada por la fuerza, una construcción cultural jerarquizada. El orden patriarcal se sostendría, así, por débiles estructuras, susceptibles de ser destruidas por nuevas fuerzas exteriores, lo que provocaría el continuo terror a perder lo obtenido. Ello explicaría, finalmente, la violencia que se ejerce sobre las mujeres en la búsqueda de perpetuar el dominio de los hombres.

La violencia de género no sería, entonces, algo nuevo y desconocido, tampoco un problema que recién hoy ha empeorado, sino un cierto terrorismo institucionalizado ya desde los mitos fundantes. De la misma manera, se transformaría en un mecanismo de control, sujeción, opresión y castigo, que intentaría eternizar el dominio patriarcal a lo largo de diversas culturas y épocas, pues, tal como lo resumen Jane Caputi y Diana Russell: “La meta de la violencia contra las mujeres (sea conciente o no) es conservar la supremacía masculina”⁹⁴. Una violencia que no sólo implica dominio psicológico, sino por sobre todo, un control físico, que muchas veces deriva en femicidio para hacer cumplir su finalidad: garantizar el orden social masculino mediante la desvalorización de lo femenino.

El femicidio sería, de esta manera, una forma de violencia extrema sobre el sujeto femenino, cuyo fin sería conservar el poder y el orden patriarcal. El término *femicide*, según nos

⁹⁴ Diana RUSSELL y Jill RADFORD (editoras), *Femicidio: La política del asesinato de las mujeres*, UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2006, p. 55.

relata Diana Russell, ha estado en uso desde hace casi dos siglos y fue utilizado por primera vez en *A satirical View of London at the Commencement of the Nineteenth Century* en 1801 para denominar el asesinato de una mujer y ya, en 1848, apareció por primera vez en *The Oxford English Dictionary Law Lexicon de Wharton*, convirtiéndose en un delito punible⁹⁵. Bajo este término se intentó establecer la diferencia con el concepto de asesinato, con el cual, sin embargo, comparte la categoría de homicidio ilegal en manos de otro ser humano, con la intención maliciosa de causar daño físico⁹⁶.

Así, en la denominación *femicide* se pretende diferenciar el asesinato, con el fin de incluir el género de la víctima y las razones profundas para el crimen. Es entonces que se define como “el asesinato de mujeres como resultado extremo de la violencia de género que ocurre tanto en el ámbito privado como en el espacio público”⁹⁷; “el asesinato de mujeres realizado por hombres motivado por odio, desprecio, placer o un sentido de propiedad de las mujeres”⁹⁸; “crímenes de odio mortales”⁹⁹; “asesinato misógino de mujeres cometido por hombres”¹⁰⁰. Todas, definiciones que resaltan el hecho de que este tipo de asesinatos son motivados por el género, es decir, son plasmados en el cuerpo del sujeto femenino sólo por el hecho de ser mujeres.

Para algunas teóricas, sin embargo, esta definición no es suficiente, puesto que no abarca otro tipo de problemas que conlleva el femicidio. Por ejemplo, para Jill Radford, el término debería incluir también “situaciones en las cuales se acepta que las mujeres mueran como

⁹⁵ Cfr. “Definición de Femicidio y conceptos relacionados”. En Diana RUSSELL y Roberta HARMES (editoras). *Femicidio: Una perspectiva global*. UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2006.

⁹⁶ Cfr. “Matanza de mujeres: ¿Licencia para matar? El asesinato de Jane Asher”. En D. RUSSELL y J. RADFORD (editoras) *op. cit.*

⁹⁷ S. ROJAS, *op. cit.*, p. 7.

⁹⁸ Caputi y Russell en D. RUSSELL y R. HARMES, *op. cit.*, p. 77.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 58.

¹⁰⁰ D. RUSSELL y J. RADFORD, *op. cit.*, p. 33.

resultado de actitudes misóginas o de prácticas sociales”¹⁰¹, por lo que se incluyen experiencias como la caza de brujas o los infanticidios de niñas en la India y otros países orientales. Russell, por su parte, agrega que el femicidio no es sólo el asesinato misógino, sino cualquier forma de asesinato sexista “Los asesinatos misóginos se limitan a aquellos motivados por el odio hacia las mujeres, en tanto, que los asesinatos sexistas incluyen a los asesinatos realizados por varones motivados por un sentido de tener derecho a ello o superioridad sobre las mujeres, por el placer o deseos sádicos hacia ellas, o por la suposición de propiedad sobre las mujeres”¹⁰².

Hasta aquí hemos traducido la palabra original *femicide* por femicidio, en contraposición a feminicidio, como es utilizado por gran parte de las estudiosas feministas. Explicitaremos las diferencias entre ambas con el fin de justificar esta elección. La primera en realizar la traducción de *femicide* a feminicidio fue Diana Russell en el Seminario Internacional Feminicidio Justicia y Derecho, organizado por la Comisión Especial en 2005. Su intención era evitar que, al traducirse como femicidio, pudiera ser considerado como el término femenino de homicidio y así sólo especificar el sexo de las víctimas, desligándolo de la violencia de género: “Mi intención fue aclarar, desde el término mismo, feminicidio, que no se trata sólo de la descripción de crímenes que cometen homicidas contra niñas y mujeres, sino de la construcción social de estos crímenes de odio, culminación de la violencia de género contra las mujeres, así como de la impunidad que los configura”¹⁰³.

De esta forma, se le intentó imprimir un carácter político a la definición, que pronto comenzó a incluir otro tipo de variantes. Feminicidio, implicó también la inexistencia de un Estado de derecho que permitía la reproducción de la violencia sin límites y sin castigos.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 41.

¹⁰² D. RUSSELL y R. HARMES, *op. cit.*, p. 78.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 12.

Finalmente, un tipo de violencia institucional, que Marcela Lagarde explicita de la siguiente manera: “Preferí la voz feminicidio para denominar así el conjunto de delitos de lesa humanidad que contienen los crímenes, los secuestros y las desapariciones de niñas y mujeres en un cuadro de colapso institucional. Se trata de una fractura del Estado de derecho que favorece la impunidad. El feminicidio es un crimen de estado”¹⁰⁴.

Es por esta razón que se ha escogido la palabra femicidio y no feminicidio, puesto que, en ésta última, se incluye el factor estatal e institucional que propicia los crímenes, cuando no siempre ocurre de esta manera. En gran parte de los asesinatos de mujeres en manos de parejas, ex parejas o conocidos, los culpables son condenados, estos ataques se castigan, no son propiciados. De la misma manera, muchas violaciones que culminan en asesinato tampoco son amparadas por un aparato gubernamental: la sociedad no se hace cómplice de ellos, como pretenden verlo algunas teóricas feministas. La excepción a ello podría ser el caso de Ciudad Juárez, puesto que en ese lugar sí existiría un estado que favorece la impunidad de los femicidios, que en vez de aclararlos, pretende ocultarlos. Sin embargo, el caso mexicano no puede determinar la voz de feminicidio en oposición a femicidio, término más incluyente que determina no sólo aquellos crímenes institucionalizados.

La tipología que se maneja en relación a los crímenes contra las mujeres es variada. Sin embargo, en la mayoría de ellos no se incluye la impunidad ni el resguardo por parte del estado. El que, hasta nuestros días, ha cobrado mayor cantidad de víctimas es el *femicidio íntimo* y presenta múltiples definiciones. El término fue introducido en 1976 en el Tribunal Internacional de Crímenes contra las Mujeres y fue precisado por Dawson y Gartner como “el asesinato de

¹⁰⁴ Marcela Lagarde en *Ibid.*, p. 20.

mujeres por sus parejas íntimas masculinas es decir, esposos actuales o anteriores, parejas en unión libre, o novios”¹⁰⁵. Esta enunciación, no obstante, no excluye femicidios por parte de padres, hermanos u otros miembros de la familia o cercanos a ella, por lo que en la actualidad, “comprende asesinatos cometidos por hombres con quien la víctima tenía o tuvo una relación íntima, familiar, de convivencia u otras afines”¹⁰⁶.

Como señalábamos, son este tipo de femicidios los más frecuentes: el ámbito privado no es la seguridad prometida, por el contrario, los amantes, esposos, padres, amigos, conocidos, son susceptibles de transformarse en victimarios. Generalmente, estos crímenes son el término de episodios violentos que se sostienen bajo la creencia de que el sujeto femenino es un objeto patrimonio de los hombres. Se acostumbra ver a las mujeres como posesión, seres inferiores incapaces de tomar una decisión por sí mismas o de sublevarse ante el dominio impuesto, es por esto, que frente a la posibilidad de perder el control sobre ellas, optan por emplear la violencia para disciplinarlas, muchas veces, con resultado de muerte.

El *femicidio no íntimo*, en cambio, “se refiere a los asesinatos cometidos por hombres con quienes la víctima nunca tuvo relaciones íntimas, familiares, de convivencia u otras afines. Estos casos de femicidio involucran frecuentemente el ataque sexual de la víctima. Aquí se comprenden crímenes que incluyen la violación como los así llamados asesinatos sexuales, asesinatos seriales y otros”¹⁰⁷. La mayoría de femicidios no íntimos corresponden a los también denominados femicidios sexuales y se definen por la búsqueda de satisfacción sexual, por parte del perpetrador, al momento de cometerlos. Sin embargo, pueden ser también considerados crímenes de este tipo aquellos en los cuales se asesina porque una mujer rechaza una proposición

¹⁰⁵ Dawson y Gartner en *Ibid.*, p. 83.

¹⁰⁶ S. ROJAS, *op. cit.*, p. 23.

¹⁰⁷ *Loc. Cit.*

sexual, el asesinato de prostitutas en nombre de la moral, o cuando se “desvaloriza tanto a la mujer que se sienten autorizados a expresar su misoginia sádica matándolas”¹⁰⁸. De cualquier manera, son asesinatos causados por abusos extremos o como castigos por oponer resistencia a la agresión sexual.

Definir y clasificar este tipo de crímenes, ha sido un primer paso, sin embargo, todavía queda mucho por hacer, puesto que hasta el día de hoy, el femicidio es frivolidado por los medios de comunicación masiva, bajo los estereotipos de género presentes en nuestras sociedades patriarcales y, más aún, en muchos países latinoamericanos, ni siquiera se ha tipificado como delito. Los medios de comunicación masiva han favorecido mucho al ocultamiento de este problema social, puesto que, en ellos, se siguen reproduciendo las construcciones de género de acuerdo a lo débil, pasivo y subordinado femenino, en contraposición a lo fuerte, activo y dominante masculino. Esto ha propiciado que muchos de los asesinatos contra mujeres se comprendan e, incluso, justifiquen bajo parámetros de culpabilidad femenina por ser la encarnación de la lujuria o las causantes de los “males de amor” de los hombres.

La invisibilidad a la que están sujetos los femicidios íntimos queda clara a la luz de las publicaciones en periódicos y revistas. Los asesinatos contra mujeres se cargan de sensacionalismos de crónica roja o se visten bajo la rúbrica de “crímenes pasionales”, aludiendo a las pasiones incontenibles y sentimientos desbordados, tal como señala Rojas, respecto del diario chileno *La Cuarta*. De esta forma, cuando un hombre asesina a su esposa o ex esposa porque ésta lo ha abandonado, para luego suicidarse él mismo, la prensa los enaltece a la figura de mártir o héroe trágico, capaz de todo por amor. Lo que se hace con ello, es ocultar las razones de fondo: la

¹⁰⁸ D. RUSSELL y R. HARMES, *op. cit.*, p. 105.

dominación y el control que el hombre pretendía ejercer contra la mujer. Bajo el tópico del amor romántico e impulsivo todo puede ser justificado.

Los estereotipos promulgados por estos medios, llaman a pensar a las mujeres como culpables de resistirse al control de sus esposos, mujeres lascivas que sólo buscan sexo con otros hombres y finalmente, victimarias al no responder al amor entregado por aquellos que las aman con pasión. Por el contrario, el hombre es representado como víctima del amor verdadero, a la vez que “educador”, capaz de corregir las desviaciones femeninas; educadores dedicados, capaces de llegar a asesinar si el comportamiento de la alumna no se ajusta a los moldes sociales. No obstante, otro tipo de representación masculina frecuente es la construida mediante la imagen del sujeto bárbaro, animal, incapaz de controlar sus impulsos. Este retrato propicia la invisibilidad del crimen, por cuanto, se justifican producto de una conducta personal y se excluyen las componentes sociales de dominación patriarcal. Al negar la humanidad y racionalidad del asesino se lo libera de la responsabilidad.

El caso del signo que se imprime en la exhibición del femicidio no íntimo, no difiere mayormente del anterior. En éstas, las mujeres también son caracterizadas como prostitutas o culpables de encender el deseo sexual de los hombres: ellas son las propiciadoras y la causa de la violencia que ejerce sobre sus cuerpos. Los hombres, a su vez, serían víctimas emocionales incapaces de resistirse a sus conductas sexuales, así, las mujeres terminarían siendo las responsables morales de la actitud descontrolada de sus agresores. Todo ello subsiste bajo el mito victimológico que señala que la mujer desea y disfruta la violación y la violencia, puesto que eso es lo que transmite a través de sus actos y su comportamiento, de su vestimenta y maquillaje.

De esta forma, son los hombres quienes se transforman en las víctimas de la seducción y de sus propios impulsos animales, mientras las mujeres son evaluadas constantemente por su comportamiento: “La base de la defensa es la idea de que un “hombre razonable” puede ser provocado hasta llegar a matar por la insubordinación de la mujer. En otras palabras, la mujer provoca su propia muerte”¹⁰⁹. Así, las mujeres “buscarían” la violencia por su forma de vestir, de usar el escote o la minifalda, por salir de noche o transitar por lugares oscuros, en una frase: por transgredir el modelo patriarcal impuesto y desafiar la autoridad masculina que pretende guiarla por la senda del bien.

Es así como la prensa, mediante la activación de estereotipos de género pretende volver invisible el problema del femicidio y ocultar las verdaderas razones de estos crímenes: la incapacidad por parte de los hombres de aceptar que, lo que ellos consideraban un objeto, piense por sí misma y se desligue de sus afanes de dominación, posesión y control. Finalmente, lo que la prensa hace es naturalizar y trivializar las conductas asesinas, a través de la descontextualización (como el caso del hombre como héroe trágico) de la información. Así, en vez de propiciar un diálogo que favorezca a la reflexión, instala en el imaginario social las representaciones de mujeres como victimarias y fuente del mal y el descontrol, mientras los hombres son víctimas, tanto de la lascivia femenina como de sus propios impulsos irrefrenables. Estos discursos que naturalizan la violencia, operan como “dispositivos de domesticación, control y producción de cuerpos dóciles para la construcción de modos de feminidad y sexualidad femenina que aseguren el sostenimiento de las relaciones patriarcales”¹¹⁰.

¹⁰⁹ D. RUSSELL y J. RADFORD, *op. cit.*, p. 516.

¹¹⁰ S. ROJAS, *op. cit.*, p. 22.

Comenzar a pensar, reflexionar y cuestionar el femicidio desde diversos campos culturales, hará visible este problema que trasciende fronteras mundiales, culturales y sociales. Una de esas formas, sin duda es la literatura, la cual recoge acontecimientos contingentes, aportando al diálogo sobre nuestro entorno y la realidad circundante. Es por ello que se ha elegido analizar las obras del escritor Roberto Bolaño, quien ha sido un gran aporte en este terreno, al transformarse en uno de los pocos escritores (quizás el único) que ha abordado el tema desde diversos géneros narrativos como novelas, cuentos, poemas y ensayos. Su preocupación por los sucesos en Ciudad Juárez, lo llevó a explorar estos crímenes también en otros países como Chile y España, constituyéndose en uno de los pioneros en escribir sobre femicidio.

4. CAPÍTULO 1: *Estrella Distante*

Yo sentí mi cabeza rodar, hecha mil pedazos
Al mirar que la estrella más alta, y creída cayó
Porque nunca escuchó las propuestas, de amor que le hice
Y no quiso vivir en mi mundo
Que le hice de amor...
(Ramón Vega)

Llevaba poco tiempo viviendo en México cuando escuché, por primera vez, hablar de José Luis Calva Zepeda, más conocido como el “Caníbal de la Guerrero”; su doble militancia como poeta y femicida no dejó de impresionarme. Estaba segura de haber leído sobre él antes, pero en un principio no supe reconocer dónde. Las características con las que se le describía me parecían familiares: elegante, tranquilo, callado y “galán”¹¹¹; poeta y novelista que detrás de su apariencia inofensiva ocultaba a uno de los asesinos múltiples más peligrosos de la historia mexicana.

Comencé a preguntarme, entonces, dónde había escuchado algo similar y fue así como recordé que Roberto Bolaño, en su novela *Estrella distante* (1996), ya se le había adelantado en diez años a Calva Zepeda, construyendo un personaje de las mismas características, un femicida y poeta de múltiples rostros y nombres: Alberto Ruiz-Tagle, Carlos Wieder, R.P.English. Definido por los otros como un joven elegante, cordial, silencioso y envidiado por sus conocidos, debido a su especial carisma con las mujeres; siempre rodeado de las más bellas poetas, entre las cuales se encontraban las hermanas Garmendia, estrellas indiscutibles del taller de poesía de Juan Stein en la ciudad de Concepción.

¹¹¹Cfr. www.cronica.com.mx/nota.php?id_notas=327691 - 39k -

Un dato más sobre “El Caníbal de la Guerrero” me pareció de especial relevancia: personas que conocieron al poeta declararon que éste asesinaba mujeres con fines rituales¹¹², aunque nunca se especificó el carácter de dichos ritos, imaginé un nuevo vínculo con el protagonista de *Estrella distante*. Si bien en la novela estudiada no se confirma en totalidad que el personaje Carlos Wieder cometiera los femicidios con un afán ritual, varios son los puntos que nos permiten generar esta conexión: las mujeres asesinadas, de una u otra manera, representaban un peligro para el orden (orden político, social y sentimental), principalmente las primeras víctimas del femicida: las hermanas Garmendia, quienes se adecúan a las características exigidas a los *chivos expiatorios*, por ser vulnerables debido a su condición femenina, huérfanas y gemelas. No debemos olvidar, no obstante, que bajo los femicidios con apariencia ritual se vislumbra un deseo de devolver a estas mujeres activas, política e intelectualmente, a la función que la sociedad patriarcal les ha impuesto: la de ser objetos sexuales, como descubriremos a lo largo del presente capítulo.

4.1. Tiempo de crisis: de la Unidad Popular a la Dictadura Militar

Resulta fundamental comenzar esta investigación subrayando el contexto político bajo el cual el personaje Carlos Wieder (en ese entonces llamado Alberto Ruiz-Tagle) asesina a las hermanas Garmendia. La novela comienza a principios del año 1973, cuando aún Salvador Allende y la Unidad Popular gobiernan Chile. Este período, se presenta colmado de esperanzas y sueños, ilusiones de lograr una nación igualitaria, donde todos tuvieran cabida sin importar su condición social. Todos los jóvenes, en el texto, son de izquierda, algunos militantes, otros sólo

¹¹²Cfr. <http://blogs.periodistadigital.com/hermosillo.php/2007/10/16/p121666>

simpatizantes, sin embargo, nadie permanece indiferente. La poesía es un arma de lucha y concientización.

Este ambiente, no obstante, se ve interrumpido en el momento en que los militares, a cargo del General Augusto Pinochet, en septiembre de ese mismo año, usurpan el poder. El naciente socialismo se ha desmoronado frente al Golpe de Estado perpetrado, dando paso a una ola de violencia sin precedentes. Para Girard, es este tipo de contexto el que exige víctimas propiciatorias llamadas a recomponer un orden que se ha perdido: “la sociedad se ve de pronto desprovista de todo sistema judicial, los derechos ciudadanos se interrumpen, es así que la comunidad se encuentra amenazada por la venganza: el sacrificio debe entrar en escena”¹¹³.

Los personajes de la novela, como señalábamos, son jóvenes estudiantes de la Universidad de Concepción y simpatizantes de izquierda que durante el período de la Unidad Popular gozan de estabilidad, compañerismo y amor por la poesía. Pero, con la llegada de la derecha al poder, todos estos valores comienzan a desmoronarse. Muchos de los amigos desaparecen, otros son detenidos por las fuerzas armadas, otros más pasan a la clandestinidad. El narrador señala: “sabía que en esos momentos todo aquello en lo que creía se hundía para siempre y mucha gente, entre ellos más de un amigo, estaba siendo perseguido o torturado”¹¹⁴. Las hermanas Garmendia, primeras víctimas del nuevo régimen, sólo son estudiantes y sus vínculos con la izquierda rebelde se reducen a la amistad personal, por ello, ninguno imaginaba que les tocaría, también a ellas, cumplir el papel de chivos expiatorios.

En un contexto de este tipo, cuando la situación se ha vuelto crítica y el orden se ha desmoronado, no hay más respuestas posibles que el sacrificio. Continúa Girard: “no hay

¹¹³ R. GIRARD, *op. cit.*, p. 26.

¹¹⁴ Roberto BOLAÑO, *Estrella distante*, Anagrama, Barcelona, 2003, p. 27.

situación crítica a la que no se responda con el sacrificio, pero existen determinadas crisis que parecen exigirlo especialmente. Estas crisis ponen siempre en cuestión la unidad de la comunidad, y siempre se traducen en disensiones y discordias. Cuanto más aguda es la crisis, más *preciosa* debe ser la víctima”¹¹⁵. Es aquí que las hermanas Garmendia deberán desempeñar el rol que el poeta asesino les ha impuesto. Deberán ser ellas las que, con su muerte, restablezcan la tranquilidad: su sacrificio responderá al de todas las mujeres poetas de izquierda o, más bien, al inicio de un ritual violento en el que Carlos Wieder descubrirá su naturaleza femicida.

4.2. Hermanas Garmendia, primeras víctimas sacrificiales

Con base en el libro *La violencia y lo sagrado*, del antropólogo René Girard, las víctimas sacrificiales son asesinadas con el fin de establecer un orden que se ha perdido, sin embargo, no cualquiera entra en la categoría de “ser sacrificable”, por el contrario, varios son los requisitos que se deben cumplir: los inmolados no deben pertenecer por completo a la comunidad, aunque tampoco deben ser ajenos a ella y más importante aún, se debe asegurar que su muerte nunca necesitará ser vengada. Es así como, desde la época precolombina, los seres más susceptibles de convertirse en chivos expiatorios son los gemelos, puesto que se tiende a ver en ellos, la fuente de todo mal, producto de su indiferenciación.

Las hermanas Garmendia responderán perfectamente a las características exigidas a las víctimas propiciatorias *preciosas*: no sólo serán vulnerables por su orfandad y feminidad, sino también, pesará sobre ellas su posición privilegiada en el taller de Stein y su misma condición de gemelas. Estos tópicos de vulnerabilidad harán que el asesino vea en la muerte de ellas la

¹¹⁵ R. GIRARD, *op. cit.*, pp. 25-26.

solución tanto a los problemas políticos y sociales (por cuanto ellas, como poetas, mantenían, aunque tenues, algunos lazos con la izquierda) como a los suyos propios, ligados a la falta de creatividad. Con el inicio del ritual femicida, Ruiz-Tagle no sólo cambiará de nombre, sino que se consagrará como el poeta que antes nunca había obtenido cabida, en tanto los asesinatos de mujeres se harán cada vez más frecuentes, puesto que con ellos devolverá al sujeto femenino a la condición de objeto sexual que el sistema patriarcal tradicionalmente le ha impuesto y de la que ellas habían logrado desligarse.

4.2.1. Poetas asesinadas

En la casa te queremos ver.
Lavando ropa, pensando en él.
Con las manos sarmentosas
y la entrepierna bien jugosa.
Ten cuidado con lo que piensas,
hay un Alguien sobre ti.

(Los Prisioneros)

Las hermanas Garmendia, por sus características, resultan las víctimas sacrificiales por excelencia, puesto que uno de los requisitos que debe cumplir un chivo expiatorio es el de mantenerse relativamente al margen de la comunidad en la cual se llevará a cabo el ritual: “Es preciso [...] que la víctima no sea ni demasiado extraña ni demasiado poco extraña a esta misma comunidad”¹¹⁶. Al mantenerse a una distancia ambigua, es decir, ni dentro ni afuera de la sociedad, permitirá reestablecer el orden perdido sin iniciar nuevos desordenes, ligados a la venganza.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 282.

Es así como los chivos expiatorios suelen ser personas que pertenecen muy poco a la colectividad: prisioneros de guerra, esclavos, niños y adolescentes, puesto que éstos últimos no han sido expuestos a los “ritos de paso”¹¹⁷ indispensables para convertirse en ciudadanos. Es importante, de esta manera, que quienes van a ser sacrificados no posean los mismos derechos que el resto de los hombres de la comunidad. Si bien es cierto que en la época precolombina casi no se conocen antecedentes de mujeres que funcionen como víctimas propiciatorias, es claro que durante muchos años el sujeto femenino ha sido mantenido al margen de cualquier colectividad, producto de la arbitraria división sexual del trabajo.

Desde tiempos remotos se le ha exigido a la mujer mantenerse confinada al ámbito doméstico, mientras los hombres pertenecen por completo a la sociedad en su rol de sujetos públicos. Isabel Larguía profundiza en ello, señalando que: “la mujer fue relegada a la esfera doméstica por la división del trabajo entre los sexos, al tiempo que se desarrollaba a través de milenios una poderosísima ideología que aún determina la imagen de mujer y su papel en la vida social”¹¹⁸. Podemos decir, entonces, que esta escisión definió que las mujeres cumplieran en sus comunidades una labor marginal; pertenecen al grupo, pero sólo en un espacio determinado: el doméstico.

Las hermanas Garmendia, por el contrario, intentan salirse de ese rol impuesto y convertirse en sujetos activos de la colectividad y la vida pública, estudiando sociología en la Universidad de Concepción y participando como miembros del taller de poesía de Juan Stein, en el cual casi todos los integrantes son hombres. Como si esto fuera poco, las gemelas son consideradas grandes poetisas; el narrador señala: “Eran, lo admito, las mejores”¹¹⁹. Todos sienten

¹¹⁷ Cf. Arnold VAN GENNEP, *Los ritos de paso*, Taurus, España, 1986.

¹¹⁸ I. LARGUÍA, *op. cit.*, p. 61.

¹¹⁹ R. BOLAÑO, *Estrella distante*, p. 15.

admiración por ellas, aunque muchas veces no queda del todo claro si esa fascinación que provocan es por su belleza o por su talento. De cualquier manera, ya poseemos un primer antecedente del por qué su asesinato podría ser análogo al de las víctimas sacrificiales: ellas no cumplen con los cánones impuestos al sujeto femenino, son mujeres activas, que dominan el ámbito público y se han ganado el respeto masculino, aunque no por eso dejan de habitar el borde de la pertenencia y la no-pertenencia: siguen siendo sujetos femeninos.

4.2.2. Huérfanas

En el abrazo ciñes/
El recuerdo de aquella orfandad/
De aquella muerte
(Rosario Castellanos)

Según lo referido en el apartado anterior, en relación a la condición precaria que presenta el sujeto femenino en la vida pública, debemos complementar que la orfandad a la que nos referiremos no sólo describe el hecho de no tener padres, sino también una orfandad simbólica, en cuanto al aislamiento en el que se las pretende subsumir. Las mujeres han sido consideradas tradicionalmente sujetos *Otros*, en contraposición a los hombres definidos como *Uno*. Ello ha redundado en un intento, por parte del poder patriarcal, de excluirlas de los procesos políticos y sociales, de obligarlas a guardar silencio frente a lo que sucede a su alrededor.

Esta situación se presenta de manera tácita en la invisibilidad histórica de las mujeres. Se ha dicho de manera constante en los discursos políticos que para constituir una identidad y situarnos en el presente, es indispensable conocer el pasado; sin embargo, no se puede (re)conocer un paso que ha sido borrado, como el de la mujer. Su pasado ha quedado en tinieblas, anulado, en cierta forma, también la identidad actual: “Apenas conocemos el presente de nuestra

condición; apenas sabemos cómo y cuánto trabajamos, cómo vivimos, qué se nos niega; cómo somos alienadas: ¿cuál es nuestra identidad?, ¿somos algo más que la clase del marido, del padre, del hermano?»¹²⁰.

Por esta razón, el sujeto femenino definido desde su otredad presenta una identidad inestable, una orfandad simbólica, sin referentes en los cuales apoyarse, sin una historia que avale su proceder: sin historia somos incapaces de comprender nuestro propio presente. Detrás de esta invisibilidad, se esconde la intención de objetivar a la mujer, desligarla de su categoría de sujeto. Kirkwood, señala al respecto: “Los hombres están en lo público, en lo político, en el ámbito de la libertad; las mujeres en lo privado, en lo doméstico, en el ámbito de la necesidad; es decir, privadas de ser sujeto son objeto”¹²¹. Al ser privadas de la participación social, cultural e histórica, la mujer es olvidada, silenciada y finalmente, convertida en fantasma por los cánones masculinos. Así, son relegadas, incluso, de su propia identidad, huérfanas de sí mismas.

Esta vulnerabilidad que adquieren por el hecho de ser mujeres y no pertenecer del todo a una sociedad que les niega su derecho a participación, se ve acentuada por su condición real de huérfanas. Ello será importante para satisfacer una segunda necesidad en el chivo expiatorio: su muerte no debe acarrear nuevas afrentas o suscitar la venganza; la víctima sacrificial puede ser herida sin peligro, no debe haber nadie dispuesto a defender su causa:

Todos los seres sacrificables, [...] se diferencian de los no sacrificables por una cualidad esencial, y esto es así en todas las sociedades sacrificiales sin ninguna excepción. Entre la comunidad y las víctimas rituales no aparece un cierto tipo de relación social, la que motiva que no se pueda recurrir a la violencia contra un individuo, sin exponerse a las represalias de otros individuos, sus allegados, que sienten el deber de vengar a su pariente¹²².

¹²⁰ J. KIRKWOOD, *op. cit.*, p. 78.

¹²¹ *Ibid.*, p. 81.

¹²² R. GIRARD, *op. cit.*, p. 20.

Al ser el sacrificio ritual un intento de restaurar el orden perdido en una comunidad, es preciso que la muerte de la víctima propiciatoria no ocasione consecuencias nefastas, que no origine represalias ni odios, sino que, por el contrario, produzca beneficios para todos los miembros. Es por ello que el sacrificado no debe poseer a nadie dispuesto a cobrar venganza por su asesinato; tal como ocurre en el caso de las hermanas Garmendia que, como se sabe desde el inicio, son huérfanas: “Sus padres, un matrimonio de pintores, habían muerto antes de que las gemelas cumplieran quince años, creo que en un accidente de tráfico”¹²³. Así, al ser asesinadas por Carlos Wieder, el crimen quedará impune: no habrá nadie que pueda tomar represalias.

Las hermanas Garmendia, hasta aquí, cumplen con dos requisitos fundamentales para constituirse en víctimas sacrificiales: son mujeres y, en cuanto tal, no pueden ser catalogadas como integrantes de la colectividad, sino más bien como miembros marginales. Por otra parte, son huérfanas, lo que favorece la inexistencia de personas que puedan cobrar venganza por su muerte. Un tercer factor, no menos importante, será su misma condición de gemelas, puesto que en muchas comunidades sacrificiales, los gemelos, producto de su indiferenciación física y social, son considerados fuente del mal y elementos perturbadores. Girard afirmará que la desaparición violenta de las diferencias entre un ser humano y otro llevan a la destrucción del orden cultural.

¹²³ R. BOLAÑO, *Estrella distante*, p. 28.

4.2.3. Gemelas

En numerosas comunidades primitivas los gemelos inspiran gran temor, es por ello que se opta por eliminar a uno de ellos o a ambos. Girard señala que, en algún grado, esto refiere a un problema de clasificación, ya que aparecen dos individuos cuando se esperaba sólo uno y ambos seres, producto de su parecido físico, contarán con una sola personalidad social: “Entre los gemelos, no existe la menor diferencia en el plano del orden cultural, y existe a veces un extraordinario parecido en el plano físico. Allí donde falta la diferencia, amenaza la violencia”¹²⁴. De esta forma, no es de extrañar que los gemelos provoquen miedo: evocan y presagian el peligro de la violencia indiferenciada.

Es así como el pensamiento primitivo asocia directamente la desaparición de las diferencias con la violencia, por ello, lo que es considerado maléfico es exactamente el parecido físico. Sin embargo, ello se ve acentuado por una indiferenciación aún mayor: “la última diferencia objetiva, la diferencia de edad, queda eliminada; se hace imposible diferenciarles”¹²⁵. De esta manera, los gemelos anuncian y significan la pérdida de toda diferencia que produce el caos y el desequilibrio de la comunidad. Para los pueblos precolombinos, la desigualdad sostiene al grupo, es por esto que la aparición de gemelos, hace pensar en un contagio, cuyo resultado final será la desorganización absoluta.

Las hermanas Garmendia, gemelas monocigóticas, son indistinguibles una de otra, ello provoca una excesiva atracción entre los miembros del taller. El narrador señala: “nuestro interés por ellas era públicamente notorio. Algo en lo que no nos distinguíamos del resto de miembros masculinos del taller, todos, quien más, quien menos, enamorados de las hermanas

¹²⁴ R. GIRARD, *op. cit.*, p. 64.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 69.

Garmendia”¹²⁶. La indiferenciación en este caso, se transforma en seducción. Sin embargo, esto mismo provoca escisiones dentro del grupo por el amor de las gemelas.

Las gemelas así, en su imposibilidad de diferenciarlas, se presentan con una doble faz: por una parte, son amadas y admiradas por todos los poetas, pero por otra, ese amor produce conflictos y rupturas entre ellos. De esta manera, aparecen como manchas que contaminan el entorno y desestabilizan las estructuras. Es así como Wieder, terminará por conquistarlas con el fin de eliminarlas. Con tal sacrificio ritual, el asesino pretenderá restaurar la armonía, desterrando el problema sentimental: “son las disensiones, las rivalidades, los celos, las peleas entre allegados lo que el sacrificio pretende ante todo eliminar, pues restaura la armonía de la comunidad y refuerza la unidad social”¹²⁷.

Sin embargo, esta indiferenciación no sólo repercute en el terreno sentimental, logrando la atracción de todos los miembros, sino que, a la vez, podría atentar contra otro tipo de diferencias: las de orden social. Las hermanas Garmendia, al provocar tal fascinación entre los integrantes del taller, terminan también por producir una admiración intelectual, que ninguno se muestra reacio a aceptar. Ninguno excepto Wieder, puesto que para él, ello podría repercutir en una crisis de la diferencia en cuanto a los cánones patriarcales. Las gemelas amenazarían con desestructurar un orden establecido, ese mismo orden al que nos referíamos anteriormente, en el cual las mujeres están relegadas al ámbito doméstico, mientras a los hombres se les permite habitar el espacio público. Así, la indiferenciación de las Garmendia podría originar un caos no sólo sentimental sino también subvertir el orden de dominación masculina.

¹²⁶ R. BOLAÑO, *Estrella distante*, p. 20.

¹²⁷ R. GIRARD, *op. cit.*, p. 16.

Al cumplir con los principales requisitos para transformarse en víctimas propiciatorias, las gemelas serán, entonces, escogidas por Carlos Wieder para llevar a cabo su propósito de restaurar la estabilidad perdida. Estabilidad entendida tanto en el sentido amoroso (puesto que ya no dará a lugar la lucha por el amor de Verónica o Angélica), social (producto de su inquietante parecido físico o indiferenciación) y político (ya que en un contexto de crisis se vuelve necesario el ritual del sacrificio, y las hermanas, poetas vinculadas a jóvenes de izquierda, parecen ser las víctimas ideales). Wieder, por otra parte, con este femicidio ritual, pretenderá también recomponer su propia estabilidad y creatividad.

4.3. Alberto Ruiz Tagle v/s Carlos Wieder

“Las hijas casaderas se morían por Wieder
y las que ya estaban casadas se morían de tristeza”
(Roberto Bolaño)

Carlos Wieder se convertirá, como hemos adelantado, en un femicida que buscará, por un lado, recuperar la tranquilidad perdida, a la vez, que devolver a las mujeres a su rol pasivo y doméstico, al hacerles patente el peligro que corren en manos de los hombres. Sin embargo, para ello, el protagonista adoptará dos caras, completamente diferentes entre sí. Como Alberto Ruiz-Tagle, asistente al taller de poesía y amigo de todas las mujeres, se presentará como un hombre tranquilo, pacífico, condescendiente, adulator, amistoso, tal como señala Angélica Garmendia, un hombre elegante, serio, formal, de mente ordenada, siempre dispuesto a escuchar a los demás. O en la versión del narrador: “Nos trataba con cordialidad distante, es decir, nos saludaba, nos

sonreía, cuando leíamos poemas era discreto y mesurado en su apreciación crítica, jamás defendía sus textos de nuestros ataques (solíamos ser demoledores) y nos escuchaba”¹²⁸.

Esta visión de Alberto Ruiz-Tagle, antes de convertirse en el asesino de mujeres y poeta de los cielos, como veremos a continuación, no responde al prototipo masculino de aquellos que intentan perpetuar la dominación patriarcal. Por el contrario, se presenta como un hombre tranquilo, respetuoso, amigo de las mujeres, siempre dispuesto a alabar a las poetisas y a aceptar las críticas que otros hicieran de sus poemas. Un hombre mesurado, descrito de manera tal que más bien, nos parece una persona no-masculina, según los términos propuestos por el teórico Robert Connell: “pacífica en lugar de violenta, conciliatoria en lugar de dominante, casi incapaz de dar un puntapié a una pelota de fútbol, indiferente en la conquista sexual”¹²⁹.

Sin embargo, la imagen de Ruiz-Tagle, es completamente opuesta a la de Carlos Wieder, como si debajo de toda aquella amabilidad y tranquilidad estuviera ocultándose un odio en contra de todos. Sentimientos y emociones suprimidas que terminen por dominar bajo la apariencia de calma. Como si, finalmente, esta aceptación de la pérdida de poder en manos de mujeres poetisas, intelectual y artísticamente superiores a él, fuera sólo una máscara para acercarse a ellas y asesinarlas con mayor libertad. La trampa parece sencilla: como hombre amable y respetuoso puede hacerse amigo de las poetisas (incluso, enamorar a las gemelas) y, como amigo, resultará más fácil ingresar en sus mundos y asesinarlas sin dejar huellas¹³⁰.

¹²⁸ R. BOLAÑO, *Estrella distante*, p. 16.

¹²⁹ Robert CONNELL “La organización social de la masculinidad” en *Masculinidad/es Poder y Crisis*, Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), ISIS Internacional y Flacso, Ediciones de las mujeres n° 24, Santiago de Chile, 1997, p. 31.

¹³⁰ Una versión similar nos ofrece el personaje Johannes de Kierkegaard, quien se vale de la seducción, adoptando la forma del cálculo y la estrategia para conquistar a Cordelia. Para Jean Baudrillard, el fin último del protagonista es el desafío de exterminar esa fuerza natural y maldita de la que ella está dotada por naturaleza: su seducción. Para llevar a cabo su plan se valdrá de la imitación de esta fuerza femenina: “Los artificios del seductor son el reflejo de la

Como Carlos Wieder, en cambio, mostrará sus verdaderas intenciones sin necesidad de utilizar máscaras. Si bien, seguirá siendo el hombre elegante y adulador, muchos de sus actos darán claridad acerca del asesino que en él se esconde. Algunos de estos indicadores tendrá relación con sus amistades: mientras como Ruiz-Tagle sólo era amigo de mujeres, como Wieder se codeará sólo con hombres, la mayoría de ellos, de dudosa procedencia, tal como comenta el narrador de la novela, quien señala que a Wieder se le veía a menudo en malas compañías, con gente oscura, parásitos de comisarías o del hampa. Siempre salía de noche, bebía demasiado y acostumbraba a asistir a lugares de mala reputación

Dentro de la teoría de masculinidades, podemos calificar a Carlos Wieder como un varón en precario, el cual, de manera constante, necesita demostrar su dominación, su valentía y su hombría frente a otros hombres. Precario, puesto que se ostenta una posesión sin seguridad y sin derechos: “expuesta a serle retirada en cualquier momento por el propietario. Una fuerte interiorización del mensaje –“puesto que soy varón, debo ser importante”– conduce a una vivencia de la condición masculina en precariedad”¹³¹. Así, la violencia contra las mujeres y su relación con otros hombres a manera de pandilla, sólo demostrarán su inseguridad frente a sí mismo. Tras la apariencia de confianza y dominación, se esconderá un varón en precario que necesita convencerse de su superioridad ante las mujeres, hasta el punto de llegar a asesinarlas sin motivos.

esencia seductora de la joven, y ésta está en cierta manera desdoblada por una puesta en escena irónica, una ilusión exacta de su propia naturaleza, en la cual ella caerá sin esfuerzo” J. BAUDRILLARD, *op. cit.*, p. 98. Esta práctica hábil concluirá con el abandono erótico, adquiriendo la dimensión de un sacrificio, un asesinato (la desfloración). Asimismo, Wieder se valdrá de la seducción para acercarse a las poetas, sin embargo, su táctica concluirá con un asesinato real.

¹³¹ Josep-Vicent MARQUÉS, “Varón y patriarcado” en *Masculinidad/es Poder y Crisis*, Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), ISIS Internacional y Flacso, Ediciones de las mujeres n° 24, Santiago de Chile, 1997, p. 24.

El mismo cambio de nombre reforzará esta hipótesis, puesto que, ello demuestra que ni él mismo logra reconocerse o identificarse con su propio ser. Vive desprendido de sí mismo, en constante variación de nombre e identidad. Su nuevo apellido: *Wieder* puede ser leído de múltiples formas, ninguna de ellas, positiva.

Wieder, según Bibiano nos contó, quería decir «otra vez», «de nuevo», «nuevamente», «por segunda vez», «de vuelta», en algunos contextos «una y otra vez», «la próxima vez» en frases que apuntan al futuro. [...] *Wider*, en antiguo alemán *Widar* o *Widari*, significa «contra», «frente a», a veces «para con». Y lanzaba ejemplos al aire: *Widerchrist*, «anticristo»; *Widerhaken*, «gancho», «garfio»; *Widerraten*, «disuasión»; *Widerlegung*, «apología», «refutación»; *Widerlage*, «espolón»; *Widerklage*, «contraacusación», «contradenuncia»; *Widernatürlichkeit*, «monstruosidad» y «aberración». [...] E incluso *Weiden* también quería decir regodearse morbosamente en la contemplación de un objeto que excita nuestra sexualidad y/o nuestras tendencias sádicas¹³².

Así, el cambio al apellido *Wieder* no sólo demostrará su precaria identidad, al no poder conservar una forma única de denominación, sino, el mismo significado del apellido podría remitirlo a su naturaleza femicida que intenta devolver a la mujer a su rol pasivo. Quizás, “nuevamente” pueda ser leído desde la repetición de los asesinatos, o que la preposición “frente a” aluda a una decisión de declararse en contra de la nueva estructura social de igualdad entre hombres y mujeres, pero, sin duda, la más reveladora para este trabajo es su última acepción: *Weiden*, que quiere decir regocijarse contemplando un objeto que excita nuestra sexualidad o nuestras tendencias sádicas. En esta variación de su apellido podemos encontrar un manifiesto de vida, una consigna para su actuar: asesinar a las mujeres para restituir las como objetos de placer sexual al sistema patriarcal.

¹³² R. BOLAÑO, *Estrella distante*, pp. 50-51.

4.4. Femicidio

Una vez analizadas, a grandes rasgos, las características que hacen de las gemelas Garmendia chivos expiatorios y las víctimas ideales, en cuanto mujeres activas intelectual y políticamente, y aquellos rasgos y cambios de personalidad entre Alberto Ruiz-Tagle y Carlos Wieder, podremos comenzar con el análisis del femicidio. Tal como señalamos anteriormente, el hacerse amigo de las mujeres poetas y, en especial, de las Garmendia, facilita la entrada a los hogares de las víctimas, lo que conlleva la posibilidad de asesinar sin dejar huellas ni levantar sospechas, considerando, especialmente, el período de crisis que se vive en el país.

Una tarde, luego de que las Garmendia abandonan Concepción a raíz del golpe militar, para refugiarse en su casa en un pequeño pueblito llamado Nacimiento, aparece Ruiz-Tagle a visitarlas. Ellas, sin imaginar las verdaderas intenciones del poeta asesino, lo invitan a pasar la noche en ese lugar. Es así como, mientras ellas duermen, él se levanta sigilosamente, y busca la habitación de las hermanas. En su mano derecha sostiene un corvo. Los detalles del femicidio no se revelan, sólo se comenta que el único cuerpo que fue encontrado años después en una fosa común es el de Angélica Garmendia. Estos asesinatos serán fundamentales para definir la nueva personalidad del poeta; gracias a ellos, Ruiz-Tagle se rebautizará como Carlos Wieder.

El femicidio cometido por Ruiz-Tagle no sólo contribuye a recuperar el orden nacional político (puesto que elimina así gérmenes de izquierda) y el del taller de Stein que termina por desaparecer producto de la muerte de sus máximas estrellas y la disolución de los alumnos (algunos detenidos, otros exiliados, otros más presumiblemente muertos); sino más importante es cómo éste afecta al protagonista: este hito transformará a Wieder en un poeta y aviador

reconocido, que se ganará la admiración de la colectividad masculina. Es así como las víctimas sacrificiales también ayudarán a recomponer un orden en su propia vida.

Su primer acto público lo realiza en el cielo del sur de Chile, escribiendo con su avión un poema en el aire. Una reescritura del Génesis que también se presenta como su Arts Poética, donde él se auto-define dios y se declara el elegido para crear una nueva estabilidad en la tierra. De esta forma, plasma en el cielo: “IN PRINCIPIO... CREAVIT DEUS... COELUM ET TERRAM [...] TERRA AUTEM ERAT INANIS... ET VACUA... ET TENEBRAE ERANT... SUPER FACIEM ABYSSI... ET SPIRITUS DEL... FEREBATUR SUPER AQUAS...”¹³³. Finalmente, su manifestación artística concluirá con el poeta exigiendo que se haga la luz, una exigencia que, sin duda, es para él mismo una auto-proclamación de divinidad. La luz que debe hacerse es la que él va a imponer.

El femicidio de las Garmendia, de esta forma, podríamos enmarcarlo según los parámetros de lo ritual, por cuanto Wieder ve en ellas la doble naturaleza de toda víctima: maléfica y sagrada. Así, las gemelas se constituyen en un *pharmakos*, que en griego significa “a un tiempo el veneno y su antídoto, el mal y el remedio, y, finalmente, toda sustancia capaz de ejercer una acción muy favorable o muy desfavorable, según los casos, las circunstancias, las dosis utilizadas”¹³⁴. Para el poeta, las Garmendia, al ser elementos sociales activos, son vistas como portadoras del mal sin embargo, al ser asesinadas, se convierten en sagradas y benéficas, por cuanto despiertan en él la fecundidad intelectual que siempre había requerido. La influencia maléfica de las hermanas se metamorfosea mediante el femicidio ritual beneficiando a Carlos Wieder.

¹³³ *Ibid.*, p. 36.

¹³⁴ R. GIRARD, *op. cit.*, p. 103.

De sus actos en el cielo, podemos deducir que la muerte de las gemelas ha significado para Wieder lograr la fertilidad poética. Recordemos que mientras fue Ruiz-Tagle, las hermanas Garmendia lo superaban como poeta, los hombres del taller lo criticaban y nadie lo consideraba realmente un gran artista (a excepción de la Gorda Posadas, quien estaba convencida de que él revolucionaría la poesía chilena). Quizás sea por ello que tiempo después, en un nuevo espectáculo aéreo, escribirá: “*La muerte es resurrección*”¹³⁵, aludiendo a que la muerte de las hermanas es resurrección para él mismo, que la eliminación de *sus* víctimas sacrificiales rindió fruto y redundó a favor de su propia persona.

Al primer femicidio cometido en contra de las gemelas le siguen varios asesinatos, puesto que, como señalábamos, el sacrificio ritual que él propicia ya ha dejado de ser colectivo para pasar a tener un beneficio personal. Wieder se alimenta de la sangre de las poetas, el asesinato de mujeres se transforma en su proyecto de vida. Ya no requiere restaurar un orden social, sino alimentar constantemente su propio arte con las víctimas que él escoge. Para ello recurre siempre a mujeres, ya que, como señala Girard: “La mujer, a causa de su debilidad y de su relativa marginalidad, puede desempeñar un papel sacrificial. Este es el motivo de que pueda ser objeto de una sacralización parcial, a la vez deseada y rechazada, despreciada e instalada en un *pedestal*”¹³⁶. Las mujeres serán vistas por Wieder como seres dobles: portadoras del mal mientras viven y sacralizadas al convertirse en chivos expiatorios, que si bien no “expían” la violencia de la comunidad, sí favorecen su propia fertilidad literaria.

El poeta entrará en una espiral de violencia difícil de ser detenida. Para mantenerse activo literariamente necesita la inspiración que le provocan sus femicidios. De esta forma, el asesinato

¹³⁵ R. BOLAÑO, *Estrella distante*, p. 91.

¹³⁶ R. GIRARD, *op. cit.*, p. 149.

ritual, benéfico sólo para él, se convierte en una obsesión. Dice Girard: “La violencia contra la víctima propiciatoria pudiera ser radicalmente fundadora en el sentido de que, al poner fin al círculo vicioso de la violencia, inicia al mismo tiempo otro círculo vicioso, el del rito sacrificial, que muy bien pudiera ser el de la totalidad de la cultura”¹³⁷. Así, Wieder ya no sólo se conforma con la muerte de las hermanas, sino que requiere víctimas para no perder su iluminación poética.

Tal como vislumbra René Girard, los sacrificios rituales se hacen múltiples, repitiéndose hasta la saciedad, una vez que esa violencia ya se ha instaurado en la comunidad, o en este caso, en el alma del poeta, ya no puede ser detenida fácilmente. Wieder ya no querrá volver a ser Ruiz-Tagle, el poeta de Concepción que nunca nadie consideró; gracias al femicidio ritual cometido en contra de las Garmendia, su fecundidad poética ha surgido, es por ello que debe seguir perpetrando los rituales para no perder aquello que ya ha ganado: “Las Garmendia están muertas, dijo. La Villagrán también. [...] Todas las poetisas están muertas, dijo. Ésa es la verdad, gordita, y tú harías bien en creerme”¹³⁸.

¹³⁷ *Ibid.*, p. 101.

¹³⁸ R. BOLAÑO, *Estrella distante*, p. 49.

4.4.1. Mujeres como objetos sexuales

Sus actos poéticos en el aire y en la tierra tendrán el propósito de devolver a las mujeres al ámbito del terreno doméstico, pasivo y subordinado en el que la sociedad patriarcal las había mantenido durante tanto tiempo. Por lo que se relata podemos deducir que gran parte (si no es que todas) las asesinadas son poetas, intelectuales, mujeres que, en las manifestaciones poéticas de Wieder, quedan reducidas a simples objetos: en el cielo, se las reconoce por sus labios, fragmentadas, nada más que una palabra escrita en el viento; en la tierra, se las reconoce por sus cuerpos cercenados, nuevamente fragmentadas, simplemente unos dedos desprendidos y fotografías que dan cuenta de sus muertes y de las torturas a las que fueron expuestas.

En uno de los actos poéticos aéreos, el poeta asesino escribe la doble naturaleza que le atribuye a las Garmendia y su deseo de reducirlas a una parte de su cuerpo: “En uno de sus versos hablaba veladamente de las hermanas Garmendia. Las llamaba «las gemelas» y hablaba de un huracán y de unos labios. Y aunque acto seguido se contradecía, quien lo leyera cabalmente ya podía darlas por muertas”¹³⁹. Reducir a las hermanas Garmendia a unos labios demuestra, por una parte, el afán de cosificarlas, separar de ellas aquella parte del cuerpo portadora del erotismo, restituir las al terreno de objeto sexual.

Será con la exposición de fotografías cuando esta reducción de la mujer al terreno del objeto quede aún más clara. Wieder organiza una exhibición de fotos en un departamento, esperando la aprobación unánime de los militares ligados a la dictadura. Dispuestas de manera especial, lo que las fotos exhiben son las víctimas sacrificiales en el momento de su ejecución. Entre ellas, alguien reconoce a las hermanas Garmendia y a algunas otras poetas del sur de Chile.

¹³⁹ *Ibid.*, p. 42.

La posición en que las mujeres han sido retratadas refieren directamente a la idea de reducir las a una mera condición de objetos: sus cuerpos desmembrados, amorfados en posición de sometimiento rememoran, ciertas manifestaciones pornográficas.

Respecto a los invitados a la exposición, resulta fundamental que sean sólo hombres: algunos pilotos, otros militares jóvenes y cultos, tres periodistas, dos artistas plásticos, un viejo poeta de derecha y el padre de Carlos Wieder. Sólo a una mujer se le permite asistir: Tatiana von Beck Iraola, la primera en ingresar al cuarto de la exposición. Podríamos suponer que no resulta inocente el hecho de invitar sólo a una mujer, especialmente por la forma en que se la describe, puesto que, aunque era hija, nieta y hermana de militares, era: “a su manera un tanto alocada, una mujer independiente, que siempre hacía lo que quería, salía con quien se le antojaba y tenía opiniones estrambóticas, muchas veces contradictorias, pero a menudo originales”¹⁴⁰. Una mujer que no se ceñía a los parámetros patriarcales. Independiente, libre, creativa, una imagen ajena a la pasividad y el sometimiento.

Es así como no parece extraño que sea ella la primera en entrar a ver las fotografías, puesto que éstas funcionan, de alguna manera, como prueba de lo que puede hacer un hombre frente a las mujeres que se sublevar: aleccionamiento y ejemplo para otras, restituyendo a la mujer a la función de objeto sexual y patentando su debilidad. No podemos pasar por alto la relación que presentan las fotografías con la pornografía, puesto que, en una como en otra, se amenaza la integridad de las mujeres al ofrecérselas desvestidas, inferiorizadas, vencidas y

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 94.

reducidas a ser un cuerpo inerte¹⁴¹ Tatiana, la única invitada mujer, sale del cuarto desencajada, pálida, sólo alcanza a vomitar en el pasillo antes de retirarse del departamento.

Nos detendremos someramente en la representación que se realiza de estas mujeres poetas, ya que, si bien en la novela no existen detalles de la posición exacta que presentan, podemos conjeturar que se trata de un símil pornográfico producto de las intenciones manifiestas del poeta al inicio de la exposición: “Sobre la naturaleza de las fotos, el dueño del departamento dijo que Wieder pretendía que fueran una sorpresa y que sólo le adelantó que se trataba de poesía visual, experimental, quintaesenciada, arte puro, algo que iba a divertirlos a todos”¹⁴². Poesía visual que remite al cuerpo desmembrado de las mujeres, algo que pretende divertirlos a todos: mujeres reducidas a objetos, a objetos de la mirada masculina.

Para hablar de la relación de estas fotografías con la pornografía me remito a ciertas características propuestas por Andrea Dworkin y Catherine MacKinnon, quienes señalan que este tipo de manifestaciones busca la subordinación de las mujeres, para lo cual están presentes uno o más de los siguientes elementos:

- (i) presenta a las mujeres deshumanizadas, como objetos, cosas o mercancías sexuales, o
- (ii) presenta a las mujeres como objetos que disfrutan el dolor o la humillación, o (iii) presentan a las mujeres como objetos sexuales que sienten placer sexual al ser violadas, o
- (iv) presenta a las mujeres como objetos sexuales atados, cortados, mutilados, llenos de contusiones o heridos físicamente, o (v) presenta a las mujeres en posturas o posiciones de

¹⁴¹ Si bien la pornografía como concepto es muy difícil de describir, por cuanto muchas cosas pueden ser definidas como productoras de estímulos eróticos, nos quedaremos con su acepción de: “expresión del sexo por el sexo mismo sin pretextos ni justificaciones, como aquella forma de expresión en la que el sexo tiene tal predominancia que podemos olvidar el tema, el contexto, las subtramas y todo detalle de la historia” (Naief YEHYA, *Pornografía. Sexo mediatizado y pánico moral*, Plaza Janés, México, 2004, p. 16). Al menos esto será lo que intente Carlos Wieder, para generar excitación a partir del privilegio de la visión igualmente desnuda, sin conexión con el complejo universo del imaginario erótico, buscando desligar la imagen de su historia, del contexto de violencia política y de género ejercida contra las poetas de izquierda.

¹⁴² R. BOLAÑO, *Estrella distante*, p. 87.

sumisión, servilismo o despliegue sexuales, o (vi) las partes corporales de la mujer – incluyen la vagina, mamas o nalgas pero no se limitan a éstas– se exhiben de tal manera que la mujer se reduce a estas partes, o (vii) presenta a las mujeres como putas por naturaleza, o (viii) presenta a las mujeres penetradas por objetos o animales, o (xi) presenta a las mujeres en escenas de degradación, injuria, tortura, donde se les muestra indecentes o inferiores, sangrantes, con contusiones o heridas en circunstancias que hacen sexuales a dichas condiciones”¹⁴³

Sobre la base de esta lista, podemos vislumbrar que varios de sus elementos se encuentran en la obra de Wieder: “Las mujeres parecen maniqués, en algunos casos maniqués desmembrados, destrozados, aunque Muñoz Cano no descarta que en un treinta por ciento de los casos estuvieran vivas en el momento de hacerles la instantánea”¹⁴⁴. Así, las mujeres aparecen deshumanizadas, como representación de objetos sexuales cortados, mutilados, degradados, inferiores... Éste pareciera ser un tipo de pornografía en el que el placer sexual pasa por una violencia sádica; tal como ocurre con el *snuff*, sumamente similar a la propuesta fotográfica de Wieder, puesto que las poetas son asesinadas (apagadas) ante la cámara, aunque tal vez sea más correcto referirnos a *gorenografía*¹⁴⁵, es decir, productos que, aunque no son demasiado explícitos para calificarlos de pornografía, son semejantes porque presentan violencia, dominación, tortura y asesinato esperando “divertir” a los asistentes¹⁴⁶.

¹⁴³ Andrea Dworkin y Catherine MacKinnon en D. RUSSELL y J. RADFORD, *op. cit.*, pp. 402-403. Si bien las fotografías de Wieder no cumplen con todas las características expuestas por Dworkin y MacKinnon, sí nos remiten a gran parte de ellas como: (i), (iv), (v), (vi) y (xi).

¹⁴⁴ R. BOLAÑO, *Estrella distante*, p. 97.

¹⁴⁵ Cfr. D. RUSSELL y J. RADFORD, *op. cit.*

¹⁴⁶ Este tipo de manifestaciones pretendidamente artísticas, como la de Carlos Wieder, no sólo ocurre en la ficción. Rememoremos un acto publicitario realizado hace varios años atrás por la empresa Hershey’s y del cual quedaron diez fotografías en la Biblioteca de las colecciones Espaciales de Santa Cruz de la Universidad de California. Esta colección llevaba por título *El increíble caso de los asesinatos del Stack O’wheat* y en ella se mostraban varias mujeres posando como si hubieran sido asesinadas, cubiertas de chocolate que simulaba sangre. Las palabras del folleto de información señalaban: “Desnuda es atractiva” o “las posturas nos hablan tanto de lucha como de rendición, seducción y sensualidad” (En D. RUSSELL y J. RADFORD, *op. cit.*, p. 624). Fotografías que, como las de Wieder, intentan “divertir” a la comunidad mediante la exhibición del sufrimiento femenino.

Por otra parte, las fotografías nunca son inocentes, por el contrario, significan apropiarse de aquello que se captura, tal como señala Susan Sontag en su libro *Sobre la fotografía*¹⁴⁷. Es una forma de poder, de dominación, de aprisionar y detener aquello que se nos escapa. Por sí misma, transforma a las personas en objetos que pueden ser poseídos simbólicamente, de esta forma, la relación entre fotografía sexualidad y erotismo se hace patente: fotografiar es poseer. Es quizás por ello que Wieder insiste en hacer partícipes a varios hombres de su colección de fotos, con el fin de que ellos puedan también “poseer” a las mujeres asesinadas¹⁴⁸. A la vez, esta invitación puede deberse a la necesidad de volver público el ritual que ha comenzado, necesidad de participación de la comunidad, aunque sea en forma simbólica.

Como habíamos señalado anteriormente, Carlos Wieder es un varón en precario, que necesita de la aprobación constante del resto de los hombres para validarse. El símil de la pandilla que se tiene en la adolescencia, el poeta busca encontrarlo en su adultez y, para ello, en vez de tirarle las trenzas a las niñas, las asesina. Tal como el protagonista de la novela, los varones en precario dicen: “Nos probamos, ejecutamos actos heroicos, tomamos riesgos enormes, todo porque queremos que otros hombres admitan nuestra virilidad”¹⁴⁹. Ello sumado a la necesidad de hacer del ritual un beneficio público. Es probable que sea por ambas razones, que Wieder invita a otros hombres a la exhibición.

¹⁴⁷ Susan SONTAG, *Sobre la fotografía*, Edhasa, Barcelona, 1981.

¹⁴⁸ Apuntan Pascal Bruckner y Alain Finkielkraut: “La imagen es a un tiempo la copia y el modelo; el espectáculo refleja los cuerpos, pero sobre todo los domina”. P. BRUCKNER y A. FINKIELKRAUT, *El nuevo desorden amoroso*, Anagrama, Barcelona, 1979, p. 84.

¹⁴⁹ Michael KIMMEL “Homofobia, temor, vergüenzay silencio en la identidad masculina” en *Masculinidad/es Poder y Crisis*, Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), ISIS Internacional y Flacso, Ediciones de las mujeres n° 24, Santiago de Chile, 1997, p. 55.

La participación de los otros hombres, sin embargo, no se concreta, puesto que se limitan a ver las fotografías y desaprobando lo que en ellas se encuentra. Su ritual no es colectivo sino personal, y con ello transgrede uno de los principios básicos para el funcionamiento correcto del sacrificio: “La exigencia de participación colectiva debe ser satisfecha, por lo menos bajo una forma simbólica. El carácter colectivo de la ejecución aparece de nuevo en una asombrosa cantidad de sacrificios”¹⁵⁰. Para el poeta, en cambio, el rito de la ejecución es privado y redundante directamente en su beneficio personal, por cuanto es él quien posee, quien transforma a las mujeres en objeto y a él a quien este hecho le otorga la inspiración deseada.

El intento de volver comunitario el ritual fracasa por completo. La colectividad no ve estos actos como una restauración del orden, por el contrario, vislumbra en la figura del poeta a un asesino en serie. El sacrificio se trasmuta en femicidio y el ritual en delito. Ninguno de los invitados a la reunión se adhiere a su causa, por el contrario, la reprueban, generando un caos aún mayor: “un cadete, cuya presencia allí nadie acierta a explicarse, tal vez el hermano menor de uno de los oficiales, se puso a llorar y a maldecir y lo tuvieron que sacar a rastras. Los reporteros surrealistas hacían gestos de desagrado”¹⁵¹.

Girard señala que: “basta la mera abstención de un solo asistente para que el sacrificio sea peor que inútil: peligroso”¹⁵², y es exactamente eso lo que ocurre. Nadie mostrará su aprobación o un mínimo de solidaridad respecto a lo que acaban de ver. Así, el ritual, que para funcionar requiere de la unanimidad del colectivo, se vuelve no sólo inútil, como refiere Girard, sino también peligroso. Wieder pasa de ser respetado como un gran poeta, a ser considerado un asesino peligroso. Luego de la exposición de fotografías, su carrera como piloto queda destruida,

¹⁵⁰ R. GIRARD, *op. cit.*, p. 108.

¹⁵¹ R. BOLAÑO, *Estrella distante*, p. 97.

¹⁵² R. GIRARD, *Loc. cit.*

muchos aseguran, incluso, que desde ese día, Wieder es expulsado de la Fuerza Aérea. Su error es imperdonable: ha transformado en privado lo que le pertenece a la comunidad.

Habrá que pensar que la víctima sustituye únicamente a determinados individuos, los que inspiran al sacrificador unos sentimientos de hostilidad personal. Si el *transfert* es puramente individual, [...] es imposible que el sacrificio sea una institución realmente social, que implique a *todos* los miembros de la comunidad. Ahora bien, sabemos que el sacrificio, mientras siga existiendo, es esencialmente eso, una institución comunitaria. La evolución que permite “individualizarlo” es tardía, contraria al espíritu de la institución¹⁵³.

Aunque Wieder fracasa en su deseo de volver colectivo el ritual, mediante la exposición de las fotografías de las mujeres asesinadas, permanece la homosociabilidad masculina, el compadrazgo que asegura que nadie denunciará al poeta por lo que ha hecho, una extraña sensación de fraternidad queda flotando en el piso, señala el narrador, mientras que “uno de los tenientes, por indicación del capitán, confeccionó una lista con el nombre de todos los que habían asistido a la fiesta. Alguien recordó un juramento, otro se puso a hablar de discreción y del honor de los caballeros”¹⁵⁴. Ni militares ni civiles dirán nada, no porque esté en juego el honor de la institución, sino el de todos los hombres, la solidaridad masculina debe primar ante todo. Para salvarlo, se concuerda que ahí no ha pasado nada.

Luego de este episodio Wieder volverá a cambiarse de nombre sucesivas veces, dejará Chile para ir a vivir a diversos lugares de Europa donde seguirá cometiendo femicidios para no perder la productividad poética alcanzada. Sin embargo, habrá un vuelco insospechado en la novela: así como toda crisis requiere de víctimas sacrificiales para amainar las olas de violencia y restaurar el orden, también en el período en que esta crisis culmina se hace indispensable encontrar chivos expiatorios que ayuden a concluir con el desorden generado. Así, Carlos

¹⁵³ *Ibid.*, p. 109.

¹⁵⁴ R. BOLAÑO, *Estrella distante*, p. 99.

Wieder, quien en un comienzo era el encargado de ejecutar el sacrificio hacia las mujeres, será ahora quien deba ser sacrificado para restituir la paz en un Chile destruido por la violencia ejercida durante la dictadura.

4.5. Wieder chivo expiatorio

Todo comenzará con la aparición de Abel Romero, detective privado, en la casa del narrador en España. Se cuenta que alguien lo ha contratado para seguir la huella de Carlos Wieder en Europa; los cambios de nombre que el personaje ha sufrido hacen difícil recomponer los lugares donde podría haber estado. El detective le pide, así, ayuda al narrador, puesto que él lo conoció de joven y al ser también poeta es posible que logre dar con alguna pista de su paradero en revistas literarias. En un principio el narrador se muestra reacio a aceptar la propuesta, sin embargo, Romero logra convencerlo.

Las intenciones que presenta el detective no quedan del todo claras, como lectores sabemos que necesita encontrar a Wieder, puesto que alguien lo ha contratado, pero no conocemos las razones para ello ni sabemos qué pretende hacer Romero una vez que lo encuentre. A pesar de ello, y derivado de ciertas conversaciones que mantienen ambos personajes, podemos vislumbrar que el detective está buscando un ajuste de cuentas con el asesino y, a través de él, con la misma historia de Chile. Wieder se transforma así en chivo expiatorio, puesto que deberá purgar por todos los crímenes cometidos durante la dictadura.

Será el narrador el encargado de delatarlo. Al dar con su supuesto paradero, él deberá confirmarle a Romero la identidad del sospechoso. De esta forma, se sienta en un café a esperar que el presumible Carlos Wieder, (en ese entonces llamado R. P. English) aparezca. Si bien el tiempo ha pasado y el femicida ha cambiado mucho, el narrador no duda que sea él, aunque la

imagen que ahora proyecta difiere bastante de ese hombre que se creía dios y asesinaba mujeres: “Parecía estar pasando una mala racha. Tenía la cara de los tipos que saben esperar sin perder los nervios o ponerse a soñar, desbocados. No parecía un poeta. No parecía un ex oficial de la Fuerza Aérea Chilena. No parecía un asesino de leyenda. [...] Ni de lejos”¹⁵⁵.

Cuando Romero vuelve a buscar al narrador, éste delata a Carlos Wieder. A pesar del tiempo, ha podido reconocerlo sin ninguna duda. Es entonces que el detective le pide que lo espere mientras él termina con lo encargado. El narrador no puede evitar la pregunta que, nosotros como lectores, también nos hacemos: ¿lo va a matar? La respuesta queda en puntos suspensivos, Romero no se refiere a ello. Sin embargo, deja en claro, que la única forma de restituir el orden y asegurar la tranquilidad es asesinándolo.

Es mejor que no lo mate, dije. Una cosa así nos puede arruinar, a usted y a mí, y además es innecesario, ese tipo ya no *le* va a hacer daño a nadie. A mí no me va a arruinar, dijo Romero, al contrario, me va a capitalizar. En cuanto a que no puede hacer daño a nadie, qué le voy a decir, la verdad es que no lo sabemos, no lo podemos saber, ni usted ni yo somos Dios, sólo hacemos lo que podemos. Nada más. No podía verle el rostro pero por la voz (una voz que surgía de un cuerpo completamente inmóvil) supe que estaba esforzándose por ser convincente. No vale la pena, insistí, todo se acabó. Ya nadie hará daño a nadie. Romero me palmeó el hombro. En esto es mejor que no se meta, dijo. Ahora vuelvo¹⁵⁶.

De esta manera, Carlos Wieder, anteriormente sacrificador, se convierte en la víctima sacrificial. Con su asesinato se busca purgar todos los crímenes cometidos durante la dictadura. En el artículo *La figura del poeta ausente en Estrella distante: lectura desde el poeta-asesino Wieder*, el crítico Carlos Almonte propone una lectura similar de la escena final de la novela. El

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 153.

¹⁵⁶ *Ibid.*, pp. 154-155.

tan esperado encuentro del narrador con Carlos Wieder parece simbolizar un ajuste de cuentas con la misma historia de Chile. El narrador, después de varios años, reconoce al poeta asesino y le confirma al detective su identidad, configurando así una doble traición: “Wieder en su calidad de colaborador-desertor a la dictadura; el sujeto-narrador en su calidad de justiciero”¹⁵⁷. El primero, como traidor a su pueblo al aliarse al dictador; el segundo, como traidor al asesino por cuanto lo denuncia.

Una doble traición que además configura un doble movimiento sacrificial, pues si Wieder en un comienzo es el encargado del ritual femicida, será finalmente, el narrador, quien con su denuncia transforme al poeta en un chivo expiatorio. Almonte prosigue señalando que esta situación no hace más que demostrar que nadie puede escapar al horror de la violencia, puesto que tarde o temprano todos podemos llegar a constituirnos en víctimas sacrificiales para restituir un orden que se ha perdido. Con su muerte, Wieder estará representando a todos aquellos militares que durante la dictadura en Chile asesinaron a gente inocente; el asesinato de Wieder, de alguna manera, debería expiar la culpa de todos ellos y asegurar la paz, tal como reafirma el detective Romero, ya que, al menos el poeta, no podrá volver a dañar a nadie.

Hemos visto en este capítulo de qué manera el femicidio, perpetrado por un hombre de múltiples facetas, adquiere un carácter ritual al enmarcarse en un contexto de crisis política. Carlos Wieder aprovecha la protección que se le brinda desde la derecha en el poder para ejercer la violencia y consumir el asesinato de estas mujeres que han escapado a los cánones impuestos: cánones políticos, por cuanto pertenecían a la izquierda, y cánones patriarcales, por cuanto son

¹⁵⁷ Carlos ALMONTE, “La figura del poeta ausente en *Estrella distante*”. En línea.

mujeres activas, intelectuales, que no se han conformado con permanecer reducidas al ámbito doméstico o privado. Así, el sujeto femenino en la novela de Roberto Bolaño, a raíz de su indefensión, se constituye chivo expiatorio; al asesinar a las gemelas se busca extirpar no sólo dos células del “cáncer marxista”, sino también que sirva como ejemplo de lo que puede sucederle a quienes osen sublevarse o intenten subvertir una masculinidad tradicional.

Si bien el femicidio en cuanto tal se elide, resulta fundamental la forma en que éste se presenta. Las fotografías de las mujeres cercenadas remiten a aquel tipo de pornografía violenta denominada *gorenografía*, en el que se devuelve a la mujer al terreno del objeto sexual. De esta manera, mujeres intelectuales, bellas e inteligentes, que cumplían una función y eran reconocidas en el ámbito público, quedan reducidas a un cuerpo sangrante, a unos labios, a unos dedos, a su dolor y a la intención del femicida de “divertir” con esa representación. Cuerpos inertes que portan el sufrimiento de una época, que visibilizan la crisis política que se vive, diversión para algunos, la prueba de la violencia más brutal, para otros.

No podemos pasar por alto, sin embargo, que el femicidio en sí carece por completo de erotismo; queda más bien reducido a una anécdota, a una crueldad, a una anotación no descrita, ya que, luego del asesinato de las hermanas Garmendia, sabemos de la muerte de otras mujeres sólo producto de la exposición de fotografías. Y las fotografías, a pesar de la intención de Carlos Wieder de divertir con ellas, son mal acogidas por el público masculino, puesto que, más allá de distraer mediante la entretención, plasman y evidencian la crisis que se vive, enrostran el estallido de la violencia durante el período de crisis, poniendo en riesgo la fiabilidad y credibilidad de un estado precario, que se ha instituido mediante la fuerza y que requiere de la fuerza para subsistir. De la fuerza pero también del silencio y el ocultamiento de sus actos.

Es así como podríamos pensar que el femicidio en esta novela se presenta, tal vez, no con una intención de plasmar en sí una violencia extrema de género, sino como reflejo de la represión ejercida durante el período militar en Chile. Así, las poetas representarían la intelectualidad que se intentó suprimir producto de la disidencia política. De esta forma, y tal como propusimos en el marco teórico desde la lectura de Alberoni respecto al Marqués de Sade, queda en el lector la sensación de que las mujeres asesinadas no han sufrido, así como los hombres tampoco sienten placer al verlas reducidas a objeto, esto porque lo que se ha “asesinado” es un símbolo. Ello se refuerza con el hecho de que Carlos Wieder termina, finalmente, representando él mismo el papel de chivo expiatorio, luego de perseguir y asesinar a las poetas durante el Régimen Militar. De perseguidor pasa a ser perseguido, puesto que ahora es él mismo quien encarna aquellos valores promulgados durante el gobierno militar y que se pretenden dejar atrás una vez reinstaurada la democracia: la agresividad, la intolerancia, la fuerza. Su muerte significará comenzar una nueva etapa, eliminar aquello que recuerde la violencia sufrida.

Estamos aquí, entonces, ante dos “modelos” de chivo expiatorio, de naturaleza e índole distinta: por una parte, el de las gemelas y las mujeres intelectuales asesinadas por Wieder en un “intento” de ritual. Subrayo la palabra intento, puesto que, cómo veíamos anteriormente, el poeta busca revestir sus crímenes con la apariencia de ritual colectivo en una época de crisis política; sin embargo y a pesar del silencio de sus compañeros, nunca deja de ser un femicidio con beneficios personales. Así, podríamos señalar que Wieder realiza en el contexto de una sociedad moderna un ritual practicado en las comunidades, lo que indudablemente lo condenaría al fracaso, puesto que, mientras en las comunidades primitivas todos procedían de maneras similares movilizadas por fines y una voluntad común, en la sociedad cada ser se constituye independiente, autodeterminado.

El poeta, de esta forma, no es más que un ser autónomo que ha violado las leyes que lo conectan a los demás hombres valiéndose de una voluntad arbitraria que lo llevará a constituirse él mismo en un nuevo chivo expiatorio. Atrapando al femicida como chivo expiatorio se querrá ordenar y olvidar la violenta historia del Chile de los setenta (como si en la personalidad de Wieder convivieran todos los militares asesinos); no obstante, también este ritual terminará en fracaso por idénticos motivos: este asesinato no pertenecerá a la comunidad sino a individuos aislados que vulneran las leyes mediante un crimen. Dos modelos de ritual, dos modelos de chivo expiatorio, dos fracasos.

Es por esto que finalmente queda rondando la pregunta acerca de si la novela de Roberto Bolaño contribuye a hablar del tema del femicidio o más bien lo invisibiliza, por cuanto las mujeres asesinadas, así como el mismo Carlos Wieder, parecen no poseer una existencia real sino sólo metafórica. ¿Esta anti-erotización ocultaría el femicidio actual y sus verdaderas causas? Como hemos observado, resulta bastante difícil establecer si la estrategia de Bolaño permite o no hablar en términos formales acerca del femicidio; sin embargo, no podemos negar el aporte que realiza al evidenciar la débil línea que existe entre sacrificado y sacrificador; finalmente, todos somos susceptibles de representar no más que un símbolo. Los papeles se invierten y los bordes se mezclan, así como en otro aspecto la realidad parece ser análoga a la ficción. Roberto Bolaño podría perfectamente haber sacado su historia del femicida Calva Zepeda: no deja de ser perturbador que uno haya existido, mientras el otro sólo pertenece al reducto del libro. Si Zepeda, como el otro poeta asesino, realizaba femicidios rituales o tan sólo asesinaba a sus novias por locura, tal vez no lo sepamos nunca; sin embargo, ambos personajes parecen representar las patologías más ocultas del ser humano, y quién sabe, tal vez la motivación de muchos asesinos de mujeres que hoy pululan impunemente por las calles de Latinoamérica.

5. CAPÍTULO 2: 2666

[...] un cementerio del año 2666, un cementerio olvidado debajo de un párpado muerto o nonato, las acuosidades desapasionadas de un ojo que por querer olvidar algo ha terminado por olvidarlo todo.

(Roberto Bolaño)

Roberto Bolaño quiso que Santa Teresa fuera Ciudad Juárez, pero lo mismo podría haber sido Alto Hospicio en Chile o Ciudad de Guatemala. Incluso más lejos: tal vez alguna ciudad de España, de Inglaterra o de Francia. El lugar escogido podría no ser más que una casualidad, un nombre al azar... lo cierto es que Bolaño escogió que Santa Teresa fuera un símil de Ciudad Juárez en México, porque es ahí, donde en este momento se están cometiendo los crímenes contra mujeres más significativos (en términos de números, impunidad y silencio) del último tiempo. Sabemos que en este mismo momento, en algún lugar del mundo, una mujer muere a manos de un hombre, pero también sabemos que en Ciudad Juárez en este mismo momento muere una mujer a manos de un hombre, y que ese crimen quedará enterrado como los cuerpos, olvidado, que jamás se encontrará al culpable y que será mañana, en ese mismo lugar, donde morirá otra mujer y otra y otra...

En el siguiente capítulo expondremos algunas de las hipótesis que se manejan en torno a los femicidios que en ese lugar se cometen, intentando desentrañar la visión que el escritor tenía respecto de éstos al momento de escribir su novela. Las explicaciones, teorías y variantes pueden ser diversas, todo confluye en este espacio fronterizo, en este límite que no tiene límites, sin embargo, consideramos que uno de los factores principales que ha hecho posible en la novela de Roberto Bolaño la existencia de asesinos sin rostro, que nunca son encontrados, y mujeres

asesinadas o desvanecidas en el viento, se debe a que la ciudad relatada, así como sus mismos habitantes, viven inmersos en lo que René Girard ha denominado una “crisis de indiferenciación”.

De esta manera, veremos cómo los roles asignados tradicionalmente tanto a los sujetos femeninos como masculinos se encuentran en crisis: las mujeres han adoptado el papel de proveedoras económicas mientras los hombres han debido comenzar a compartir con ellas espacios antes exclusivos para ellos. Ante esta pérdida de poder creciente, una manera de reacción patriarcal es la violencia contra las causantes, como si ellas fueran chivos expiatorios: con su muerte restaurarán el orden, la estabilidad y la tradición. El femicidio cometido será principalmente sexual, sin embargo, se plasmarán en la novela también femicidios de carácter íntimo o inducidos, demostrando que la mano asesina puede alcanzar regiones insospechadas.

Asimismo, Roberto Bolaño hará énfasis en la irresolución de estos crímenes, es decir, la invisibilidad en que éstos permanecen. La homosociabilidad masculina –desde el poder– permitirá la creación de redes poderosas en las cuales descansarán los asesinos: nadie ve nada, nadie escucha nada, nadie sabe nada... un pacto de silencio entre los hombres que satisface la condición de unanimidad en el desarrollo del ritual sacrificador. Todos, de una u otra manera, están involucrados, todos, de una u otra manera, respaldan los femicidios: asesinada la víctima propiciatoria, la vida puede retomar su curso. Sin embargo, el ritual, tal como sucedía en *Estrella distante*, terminará en fracaso. Si bien, las mujeres mediante el asesinato serán devueltas al terreno del objeto sexual (producto de las vejaciones y violaciones a las que son expuestas), las descripciones carecerán de erotismo y las mujeres, aún con vida, no cesarán en su empeño de lograr una libertad tanto económica como espiritual.

5.1. Santa Teresa/Ciudad Juárez. La frontera limitada

¿Cómo es el infierno?

Como Ciudad Juárez, que es nuestra maldición y nuestro espejo, el espejo desasosegado de nuestras frustraciones y de nuestra infame interpretación de la libertad y de nuestros deseos.

(Entrevista a Roberto Bolaño)

Santa Teresa/ Ciudad Juárez se ubica frente a El Paso, Texas, es decir, colinda directamente con Estados Unidos. Ciudad Juárez es la frontera que divide ambos países, un límite geográfico pero también metafórico. Como todo límite, en su cruce se concentra un antes y un después, el fin de algo y el principio de otro, la prohibición de pasar más allá a la vez que la promesa de algo mejor. La frontera es también una carga binaria: la división entre civilizados y bárbaros, amigos y enemigos, una metáfora que predomina en el paso de México hacia Estados Unidos, un imaginario que se vale de la segregación: “El imaginario colectivo de los Estados Unidos en relación a la frontera con México se empeña en mostrar que en el lado mexicano de la frontera se concentra la violencia, la perdición, la barbarie, todo lo negativo”¹⁵⁸.

Producto de esta metáfora discriminatoria, la frontera entre Ciudad Juárez y Texas tiene sólo una entrada: los norteamericanos tienen abierto el paso; los mexicanos portan la prohibición del ingreso. Límite impuesto sólo para un lado, ya que, mientras los mexicanos son detenidos por el Border Patrol, los norteamericanos han encontrado en Ciudad Juárez/ Santa Teresa todas las posibilidades de manufactura barata, trabajo prácticamente gratuito, en definitiva, ganancia

¹⁵⁸Édgar COTA, *La representación de la leyenda negra en la frontera norte de México*, Orbis Press, Los Ángeles, 2007, p. 26.

absoluta. El periodista Sergio González, autor del libro *Huesos en el desierto*, relata que Estados Unidos comenzó a utilizar la ciudad mexicana a principio de los años sesenta, cuando el poder federal de México creó los programas *Nacional Fronterizo* y de *Industrialización de la Frontera*, autorizando el acceso de industrias maquiladoras¹⁵⁹ que se mantiene hasta el día de hoy.

Señala González que en el año 1994 se firmó el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA), que terminó por proveer de legalidad a los corporativos manufactureros estadounidenses. Ello, provocó también un masivo éxodo de compañías hacia México en busca de mano de obra barata. Por esto, Ciudad Juárez/ Santa Teresa consta en la actualidad con la tasa más baja de desempleo de todo el país, pero a la vez, con los salarios más bajos del hemisferio. Un territorio que mientras crecía a nivel industrial y manufacturero, crecía también en frustraciones y promesas no cumplidas: oportunidad de trabajo sin remuneración adecuada, industrias que se sitúan en México con dueños extranjeros, dinero producido por mexicanos para los estadounidenses... una frontera al lado de la casa pero que no se puede traspasar.

Una ciudad completa, redonda, como narra un personaje de *2666*:

Ésta es una ciudad completa, redonda –dijo Chucho Flores–. Tenemos de todo. Fábricas, maquiladoras, un índice de desempleo muy bajo, uno de los más bajos de México, un cártel de cocaína, un flujo constante de trabajadores que vienen de otros pueblos, emigrantes centroamericanos, un proyecto urbanístico incapaz de soportar la tasa de crecimiento demográfico, tenemos dinero y también hay mucha pobreza, tenemos imaginación y burocracia, violencia y ganas de trabajar en paz¹⁶⁰.

¹⁵⁹ Sergio González define la industria de las maquilas como: “fábricas de capital extranjero donde se manufacturan o montan las distintas piezas de un producto con vías a la exportación y mediante mano de obra barata” Sergio GONZÁLEZ, *Huesos en el desierto*, Anagrama, Barcelona, 2002, p. 29.

¹⁶⁰ Roberto BOLAÑO, *2666*, Anagrama, Barcelona, 2004, p. 362.

5.2. Crisis indiferenciadora

Toda sociedad, señala René Girard, se basa y se estructura mediante las diferencias naturales que cada uno de los miembros posee. Nadie es igual a otro, no sólo a nivel físico, intelectual y emocional sino, principalmente, en cuanto a los roles que cada uno ejerce en su seno. Cada ser es diferente y se relaciona con el resto desde esa diferencia, así, un padre será jerárquicamente más poderoso que un hijo, de la misma manera que un esclavo estará por debajo de su patrón. Esta es la manera por la cual tanto las comunidades antiguas como las sociedades actuales se mantienen estables y funcionales: la violencia permanece excluida. Cada miembro, consciente de su papel y jerarquía respetará ese orden desde su diferencia.

La pérdida de la diferencia, narrará el teórico, sobreviene en aquel momento en que el orden cultural en su conjunto pierde aquellas divergencias que sostienen a la comunidad: “Este orden cultural no es otra cosa que un sistema organizado de diferencias; son las distancias diferenciales las que proporcionan a los individuos su *identidad*, y les permite situarse a unos en relación con los otros”¹⁶¹. El orden y la paz se sostienen en estas diferencias culturales, es por ello, que cuando éstas se pierden, sea cual sea el motivo, las instituciones comienzan a fallar, los valores decaen y la violencia invade. La disolución de las categorías en las cuales los hombres están distribuidos conlleva la pérdida de la identidad producto de la crisis; la violencia resulta ser el efecto de dicho desorden.

En la novela *2666*, Santa Teresa se encuentra inmersa en esta crisis. Las diferencias de género que imperaban comienzan a desestructurarse, se tambalea la sociedad patriarcal. Tradicionalmente, y como ya hemos visto en apartados anteriores, el sujeto femenino era

¹⁶¹ R. GIRARD, *op. cit.*, 56.

relegado al ámbito doméstico, su espacio de acción era el hogar y su deber, servir a los hombres. El espacio público, en cambio, era dominado por el sujeto masculino, ellos eran quienes debían llevar el sustento económico y se desenvolvían con entera libertad por las calles y los empleos. La sociedad se estructuraba en base a esta diferencia de sexo: mujer, era sinónimo de subalterna, madre, esposa, dueña de casa, mientras ser hombre implicaba el grado más alto de la escala jerárquica, el dominio de lo público y responsabilidad de llevar el dinero al hogar.

Santa Teresa, sin embargo, se estructura de manera completamente diferente a la norma. En esta sociedad son las mujeres quienes ganan el dinero suficiente para mantener a sus familias, ellas las que trabajan en las empresas maquiladoras¹⁶² y esta pérdida de la diferencia tradicional es lo que desestabiliza las tradiciones machistas, el rol de las mujeres dentro de su colectividad, e incluso, tal vez el mismo concepto de familia. Esta desaparición violenta de las diferencias lleva a la destrucción del orden cultural patriarcal desde los años sesentas: las mujeres son quienes han adoptado el rol de proveedoras, mientras los hombres se han tenido que conformar con empleos de segunda o, muchas veces, con ser ellos los responsables de las tareas domésticas.

Sergio Zermeño asegura que el factor principal para esta crisis que vive Ciudad Juárez/ Santa Teresa se debe a la desproporción sexual en los empleos en las maquilas, una relación de género desbalanceada: por cada tres hombres trabajan siete mujeres. El factor etario también ha sido dominante, ya que es fundamental que las trabajadoras sean relativamente jóvenes (la gran mayoría tiene entre quince y veinticinco años) puesto que deben poseer una mirada capaz de cocer, atornillar, soldar y ensamblar objetos pequeños. De esta forma, no sólo han sido excluidos

¹⁶² No podemos dejar de considerar la paradoja que implica esta *crisis indiferenciadora* en cuanto a los sujetos laboralmente activos, puesto que, mientras en siglos anteriores las mujeres eran consideradas malditas por su improductividad -tal como señala Hesíodo en *Prometeo*: “ella son zánganos inútiles; un objeto de lujo en el presupuesto de un pobre” (en Herbert MARCUSE, *op. Cit.*, p. 155) -en este contexto son malditas por su productividad.

de los empleos los sujetos masculinos, sino también los hombres de mayor edad a quienes se les hace aún más difícil aceptar este nuevo orden social.

Podría ser entonces, este factor el determinante para hablar de una crisis de la diferencia tal como la plantea Girard, son las mujeres jóvenes de Santa Teresa/ Ciudad Juárez quienes poseen empleo y dinero, al contrario de lo que la tradición patriarcal sostiene, agrega Zermeño:

...Dígase lo que se diga, son las que al final de la semana cuentan con un ingreso, llegan a los bailes con algo que se llama capacidad de pago (de las bebidas, de los tacos y los caldos a la salida...), son las que en ciertos momentos del baile y la fiesta en el galerón se dan el lujo de escoger con qué tipo quieren bailar y salir y seguir. Los hombres habitan esa sociedad esperando cruzar la frontera y desempeñar el rol más heroico de ganar en dólares. Pero mientras eso no se logra, y eso no se logra fácilmente, los hombres se reúnen en los espacios públicos para tomar o jugar fútbol y con mucha dificultad se encargan de los hijos y del hogar mientras la mujer, la hija o la hermana se encuentran en la faena¹⁶³.

Este hecho constituye una alteración profunda de los roles de género tradicionales, es por ello que podemos hablar de una crisis de la diferencia. La diferencia de roles entre hombres y mujeres se ha perdido, lo que conlleva también, una pérdida de diferencia en la escala jerárquica. El sujeto femenino es quien ostenta el poder adquisitivo, la que ocupa la calle y se apropia de los empleos, mientras el sujeto masculino debe ocupar un espacio, considerado inferior desde la mirada patriarcal: el hogar. Quienes se niegan a cumplir dicha tarea, sueñan con traspasar la frontera y vivir en Estados Unidos, poseer nuevamente el dinero y recuperar su identidad de

¹⁶³ Zermeño en Griselda GUTIÉRREZ (coord.) *Violencia sexista: algunas claves para la comprensión del feminicidio en Ciudad Juárez*, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Programa Universitario de Estudios de Género, México, 2004, p. 57.

macho proveedor, sin embargo, muy poco lo logran, lo que se traduce en mayor frustración y odio contra las mujeres de Santa Teresa.

5.3. En la búsqueda de un chivo expiatorio

De esta manera, mientras los hombres van perdiendo un espacio que tradicionalmente les pertenecía: la calle, los bares, los empleos: las mujeres se van apoderando de ellos, comienzan a habitarlos, a hacerlos suyos. La colectividad masculina, sin embargo, no está dispuesta a ceder su territorio, por lo que se vuelve indispensable para ellos retomar la hegemonía y el poder. Este poder, no obstante, no puede regresar a quienes nunca han sido sus dueños por derecho propio, es por eso, que la única solución que queda es la extrema violencia: usurpar la superioridad económica y simbólica relegando a las mujeres, sino ya al espacio privado, al hecho de ser convertidas en meros objetos de placer y diversión.

Y es producto del contexto, también, cómo comienza a justificarse en la conciencia de una sociedad masculina la extrema violencia contra las mujeres: si el orden ha sido puesto en peligro se vuelve indispensable recurrir a aquellos posibles chivos expiatorios que con su sacrificio devuelvan la tranquilidad perdida. Aquellas víctimas propiciatorias, no serán otras que las mismas mujeres, causantes del caos, portadoras de la “mancha”, responsables de la crisis indiferenciadora al traspasar los roles de género asignados por la tradición. El sadismo que se describirá en la novela de Bolaño, se verá justificado, entonces, al amparo de una motivación moral: liberar a la sociedad de la desorganización. Tal como señala Garma, los deseos sádicos no

son espontáneos, sino que: “La liberación de los deseos sádicos del yugo de la conciencia se hace al amparo de una motivación moral”¹⁶⁴.

La violencia contra las mujeres, el sacrificio del chivo expiatorio, comienza a ser una consigna. Deben recuperar el poder que han ido perdiendo y para ello, se refugian en aquel reducto que aún pervive de la maculinidad hegemónica: la fuerza, el descontrol del cuerpo, la sexualidad animal que se escuda en el instinto. Así, las mujeres dejan de ser sujetos activos para volver a ser objetos pasivos cuya única justificación es el de dar placer. A la par, los hombres, si bien, no logran recuperar el poder, sí consiguen comprobar su valentía y hombría frente al grupo masculino, mientras obtienen, también, el miedo del sujeto femenino: miedo a salir a la calle, miedo a transitar los lugares públicos, miedo a vestirse de manera llamativa.

En 2006 esta situación se hace patente en la conversación que sostiene la encargada del Departamento de Delitos Sexuales de Santa Teresa, Yolanda Palacio, con el periodista Sergio González. Ella le comenta que las denuncias por delitos sexuales en la ciudad son más de dos mil cada año y aproximadamente la mitad son menores de edad, sin embargo, se cree que las víctimas de este tipo de crímenes son más de cuatro mil, puesto que muchas mujeres nunca hacen la denuncia: más de diez mujeres por día. Muchos de estos casos terminan en asesinato, otros simplemente son archivados en los múltiples expedientes. Frente a tales cifras y la incompetencia de las autoridades para atrapar a los responsables (en el Departamento sólo trabaja Yolanda Palacio), las mujeres de Santa Teresa viven sumidas en la angustia de ser ellas las próximas víctimas. Para los hombres ellas sólo son cuerpos dadores de goce.

¹⁶⁴ Ángel GARMA, *Sadismo y masoquismo en la conducta humana*, Nova, Buenos Aires, 1960, p. 27.

Y esto no sólo ocurre en el ámbito público, en la novela se demuestra que también el espacio privado es una fuente de peligro potencial, ya que incluso, los amigos, novios o maridos pueden desatar su furia contra ellas en cualquier momento haciendo imposible detener aquel instinto animal. Es el caso, entre muchos, de Silvana Pérez, quien antes de ser asesinada es violada por su propio marido: “¿Cómo es posible, dijo uno de ellos, que Llanos la violara si era su marido? Los demás se rieron, pero Lalo Cura se tomó la pregunta en serio. La violó porque la forzó, porque la obligó a hacer algo que ella no quería, dijo. De lo contrario, no sería violación”¹⁶⁵. La risa de los funcionarios no hace sino demostrar que la mujer al casarse pasa a ser propiedad del esposo, su cuerpo, de esta forma, también lo es, por lo que no existiría violación en términos formales. La mujer *debe* someterse a los deseos del marido como objeto de placer.

La violencia sexual se nos presenta, así, en toda su magnitud: los hombres han perdido el control económico y laboral y frente a ello deben encontrar víctimas sacrificiales que devuelvan el orden, a la vez que se hace fundamental recordarle a las mujeres que ellas son sujetos débiles, pasivos, receptoras de lo masculino, objetos de deseo. Así, las violaciones, agresiones y asesinatos son recordatorios de este imperativo de jerarquía de género, pero también una forma desesperada de ostentar poder y demostrar de qué manera la fuerza física aún porta los restos de masculinidad. La exigencia moral es acabar con la sublevación femenina mediante la desaparición de “la mancha” o a través del miedo de saber que eso le puede pasar a cualquiera, en cualquier lugar, que cualquier hombre, cercano o no, puede ser un violador, un estrangulador, un feminicida.

¹⁶⁵ R. BOLAÑO, 2666, pp. 548-549

No podemos olvidar, no obstante, que esta violencia contra el chivo expiatorio femenino se ve acentuada por el hecho de que las masculinidades que se nos presenta en la novela, portan el signo de la subordinación en comparación a las masculinidades norteamericanas. Los hombres que transitan por estas páginas ostentan la fuerza contra las mujeres, sin embargo, no por ello dejan de ser latinos, pobres, mexicanos, desempleados, lo que refuerza su actuar violento contra el sujeto femenino. Estamos en presencia de masculinidades precarias, temerosas de perder el último resquicio de hegemonía que les queda. De esta forma, si bien con su actuar agresivo producen miedo entre las mujeres, ellos mismos son sujetos asustados que buscan validar su hombría mediante la intimidación, tal vez sabiendo de antemano, que aún con el sacrificio de la víctima propiciatoria ellos seguirán siendo subordinados, precarios, por lo cual el ritual siempre será inútil.

Masculinidades precarias que no sólo son subordinados en contraposición a los hombres norteamericanos, sino que también han perdido la hegemonía económica en manos de las mujeres de Santa Teresa que distan bastante de una definición tradicional y estática de “objeto” femenino, en su autoproclamación como sujetos activos. El sujeto femenino que recibe la agresión masculina no sigue el modelo tradicional, por el contrario, pareciera ser que la víctima sacrificial siempre será aquella mujer que se deslinda de los parámetros impuestos, que tiene metas, aspiraciones personales, deseos de superación.

Las mujeres asesinadas en la novela son independientes, emprendedoras, no necesitan de la protección masculina para *ser*, es por esta razón que se vuelven las víctimas sacrificiales preferidas: son ellas las que han desestructurado el orden patriarcal, ellas las que deben morir. Este es el caso de Estrella, de quien se nos relata que no tenía novio no porque nadie la

pretendiera sino porque para ella tener novio era perder el tiempo, algo que realmente no le interesaba ya que podía valerse por sí misma. Una de sus amigas le comenta a Epifanio: “¿Para qué queremos un hombre si nosotras solas ya trabajamos y nos ganamos nuestro sueldo y somos independientes?, le preguntó Rosa Márquez”¹⁶⁶.

Se relata también el hecho de que las mujeres de Santa Teresa saben y pueden divertirse solas, que no sienten la necesidad de buscar hombres para pasarlo bien. Si van a bailar, bailan entre ellas, si se juntan a beber, ellas mismas pagan lo que consumen, los hombres transitan por sus vidas pero ninguno se queda: simplemente no son necesarios. Estrella, una de las mujeres asesinadas, por lo que relatan sus amigas, llevaba esta situación al extremo, puesto que ni siquiera salía a discotecas como las otras, Estrella nunca acompañaba a sus amigas porque la vida para ella estaba en otra parte, en otras aspiraciones: “Estrella quería saber cosas de computadoras, quería aprender, quería progresar, dijo la muchacha”¹⁶⁷. De esta forma y producto de la descripción que las amigas realizan de Estrella resulta relativamente sencillo comprender por qué ella es víctima de femicidio: asesinada por no seguir la línea marcada, por salirse de los márgenes, para devolver a esta mujer independiente al molde de vulnerabilidad.

Casi todas las mujeres asesinadas en Santa Teresa poseen sus propios ingresos y por lo tanto logran prescindir del sujeto masculino. Tal como señala Yolanda Palacio el índice de desempleo femenino más bajo de México se da en esta ciudad, empleos mal pagados y sin garantías sindicales, lo que no impide que sean ellas finalmente las que llevan el dinero al hogar. Esta situación las hace poseedoras no sólo del dinero sino también del poder, al menos sobre sí mismas al decidir en qué utilizar esa ganancia. Ello provoca, como comentábamos anteriormente, un desajuste en los roles tradicionales de género y frente a esto el sujeto masculino reacciona con

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 586.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 588.

violencia con el fin de mantener a las mujeres en una posición inferior mediante el miedo a ser asesinadas:

Uno de los aspectos relevantes de la violencia de género es su dimensión de mecanismo político, cuyo fin es mantener a las mujeres en desventaja y desigualdad en el mundo y en las relaciones con los hombres, permite excluir a las mujeres del acceso a bienes, recursos y oportunidades; contribuye a desvalorizar, denigrar y amedrentar a las mujeres, y reproduce el dominio patriarcal¹⁶⁸.

Al final lo que se intenta al escoger a mujeres como chivos expiatorios no es más que relegarlas nuevamente al estereotipo de fragilidad, inferioridad y domesticidad, en resumen, un objeto para otros. La muerte de Estrella es un ejemplo de lo que puede sucederle a aquellas mujeres rebeldes, un intento de limitar la libertad alcanzada, sembrar terror, lograr que regresen al reducto del hogar donde se les está permitido, e incluso exigido, ser débiles y vivir al amparo de un ser superior que decide por ellas. La mujer, así, se constituye en una víctima propiciatoria porque al ser asesinada cumple con dos propósitos indispensables: en primer lugar se elimina la mancha de autonomía en la demostración del no poder salvarse por ellas mismas de la muerte asignada, mientras, en segundo lugar, representan en carne propia la consigna para otras mujeres: si quieres morir sigue el camino por el que andas, si quieres vivir vuelve al nivel de subalternidad que te corresponde.

Por otra parte, la vulnerabilidad a la que estas mujeres se encuentran expuestas por el hecho de ser independientes se ve reforzada en muchos casos por su condición de huérfanas,

¹⁶⁸ D. RUSSELL y R. HARMES, *op. cit.*, p. 16.

puesto que, tal como veíamos en el capítulo anterior, el no contar con nadie en el mundo garantiza que el crimen nunca será vengado. Así, mujeres solas, que al parecer no cuentan con parientes, amigos o personas cercanas que pudieran reclamar su ausencia, son las víctimas más sencillas de hacer desaparecer. Su muerte no será problema para nadie, la condición de impunidad que todo sacrificio debe poseer quedará resuelta. Si bien en la novela, todas las mujeres de una u otra manera satisfacen esta condición (algunas provienen de familias pobres por lo que no pueden pagar abogados que lleven los casos hasta el final, otras simplemente son huérfanas de padre y madre y no poseen amigos en Santa Teresa), muchos de los cuerpos encontrados no pueden ni siquiera ser identificados: nadie las conoce, nadie las vio nunca.

En muchos de los cuerpos encontrados sólo se puede determinar una edad aproximada, sin embargo, la identificación resulta imposible, como si hubieran vivido una existencia fantasma en Santa Teresa: nadie las reclama a pesar de que muchas de ellas presentan rasgos particulares. Una de las asesinadas, por ejemplo, calculan tenía 25 años y una luxación congénita en la cadera derecha, característica que podría haberla hecho reconocible para alguien, aún así, nadie logra aclarar su identidad. O el caso de una pequeña de 13 años, violada y acuchillada: “lo que más sorprendió a los periodistas es que nadie reclamara o reconociera el cadáver. Como si la niña hubiera llegado sola a Santa Teresa y hubiera vivido allí de forma invisible hasta que el asesino o los asesinos se fijaron en ella y la mataron”¹⁶⁹. Huérfanas no sólo porque no tienen padres que las busquen o las reclamen, sino principalmente porque ni siquiera existe alguien que pueda identificar sus cuerpos.

¹⁶⁹ R. BOLAÑO, 2666, p. 584.

De la misma manera, el lugar en el que las encuentran parece simbolizar la orfandad que portan: el desierto, basureros¹⁷⁰, descampados, espacios deshabitados. Los cuerpos simplemente se confunden con la basura, no significan más que estorbo que debe eliminarse, triturarse, nadie las reconoce, por lo tanto, a nadie le importa dónde vayan a parar esos cuerpos. Su vida entera queda reducida a un montón de miembros en descomposición: cuerpos abandonados en la mitad del desierto en silencio que nada ve y nada sabe, cuerpos convertidos en desechos humanos y abandonados en vertederos malolientes sin nada que pruebe que alguna vez existieron. Huérfanas incluso en su muerte, transformadas en basura se vuelven huérfanas hasta de sí mismas.

5.4. Femicidio

El femicidio en la novela sería, entonces, el resultado de la pérdida de poder económico frente a las mujeres de Santa Teresa. Ellas, al poseer el dinero propician una crisis de indiferenciación en cuanto a los roles asignados tradicionalmente, lo que repercute directamente en las relaciones de género. Frente a ello, se hace necesario encontrar víctimas propiciatorias para restituir ese orden; en este caso, aquellas víctimas serán las mismas trabajadoras asalariadas o en edad de serlo, puesto que con su muerte no sólo se eliminará una causante directa de la crisis sino también será ejemplo para que otras no sigan el mismo camino. El femicidio, sin embargo, no será perpetrado sólo por un hombre o de una sola manera, por el contrario, será realizado por varios sujetos masculinos, algunos sin rostro, otros reconocibles y enmarcándose principalmente en dos tipologías: una de carácter íntimo, otra de carácter sexual.

¹⁷⁰ Gran parte de los cuerpos son encontrados en el basurero “Chile”. Para un análisis de sus posibles interpretaciones semánticas cfr. Kathy Fourez. *2666 de Roberto Bolaño. Cartografía narrativa y actancial en el tríptico espacial de Santa Teresa: entre zona vaciada, zona subyugada y zona de rapiña*. Proyecto presentado dentro del marco del Seminario del Programa Universitario de Estudios de Género de la Universidad Nacional Autónoma de México.

5.4.1. Femicidio íntimo

Sacar la basura a la calle
hacer aseo a fondo
servir el almuerzo a la hora
y hacer las camas de nuevo
(Los Ex)

Frente al espacio público que han perdido los hombres, el reducto doméstico se transforma en un espacio propicio para intentar mantener la hegemonía masculina. Tradicionalmente, en el rito matrimonial un hombre se transforma en esposo al consentir casarse, mientras la mujer se transforma en “mujer”, lo que implica que ésta pasa a ser propiedad absoluta del marido: tanto su cuerpo como su alma le pertenecen al hombre al que se ha consagrado. Sin embargo, las mujeres de Santa Teresa distan mucho de conformarse con ese patrón impuesto, puesto que para ellas, el poseer un esposo no implica necesariamente el acatar y obedecer a ciegas lo que él ordene; su libertad se la han ganado con un trabajo mal pagado y largas jornadas de cansancio lo que desemboca en una rebeldía también en el ámbito privado.

Las mujeres de Santa Teresa se escapan al control que pretenden ejercer sus maridos contra ellas. Ya no se quedarán en casa lavando ropa, haciendo las camas y preparando la comida, por el contrario, saldrán al espacio público, serán ellas quienes mantengan económicamente los hogares. Los hombres, por su parte, sentirán la necesidad de conservar al menos un pequeño reducto en donde sentirse poderosos, por ello, utilizarán la violencia contra sus esposas o parejas con el fin de demostrar que a pesar de todo, ellos siguen dominando en el hogar. La mujer, de esta forma, no se transforma en objeto sexual sino más bien en objeto de necesidad (objeto que necesita destruir para volver a sentirse poderoso). Tal como lo plantea Kulakowka, el sujeto masculino “se sentirá amenazado si el otro escapa a su control y golpearlo

le hará sentir que recupera el control. En este tipo de relaciones el otro no es un objeto de deseo, sino un objeto de necesidad”¹⁷¹.

En gran parte de los casos presentados en la novela esta violencia de género culmina en femicidio. El esposo, frente a la pérdida de dominación a la que se enfrenta marca su territorio mediante el asesinato para dejar claro que él aún tiene el poder. Su mujer puede salir a trabajar porque él así lo permite y no porque ella tenga dominio sobre sí misma; puede habitar el espacio público porque él lo ha determinado de esa manera y no porque ella se haya escapado de su control. La prueba está en que la desobediencia se paga con la vida. El femicidio no es más que otra forma de asegurar la posesión: “el feminicidio, al igual que otras formas de violencia sexual, a lo largo de la historia ha sido usado por los hombres para asegurar las relaciones sociales del patriarcado, esto es, el dominio masculino y la subordinación femenina”¹⁷².

En muchos casos el femicidio se encuentra amparado por la institución matrimonial y se justifica mediante los celos. Como señalábamos, la mujer puede ingresar al mundo laboral porque su hombre así lo permite, sin embargo, esa libertad siempre es tutelada por una mirada masculina panóptica que no admitirá ser pasada a llevar. Es por ello que las cosas cambian drásticamente cuando una mujer no sólo se transforma en laboralmente activa sino que además decide abandonar el hogar, independiente de las razones que la lleven a tomar dicha decisión. La amenaza de que exista otro hombre, la masculinidad mancillada frente a ese otro que tal vez sí logre otorgarle una seguridad económica, la pérdida de control total ante la mujer que ha optado por irse, lleva al sujeto masculino a una desesperación que sólo logra calmarse con la sangre.

¹⁷¹ Elisabeth KULAKOWSKA, “Brutalidades sexistas en la intimidad familiar”, en *Género y Globalización: Mujeres*, Le Monde Diplomatique Chileno, Santiago de Chile, 2004, p. 51

¹⁷² D. RUSSEL y J. RADFORD, *op. cit.*, p. 74.

Esto es lo que registra Roberto Bolaño no sólo en la novela *2666* sino también en el cuento “Crímenes” que al parecer dejó inconcluso y fue publicado en el libro *El secreto del mal*. El argumento es simple: nos habla de una mujer que no pretende amarrarse a nadie, mucho menos a un hombre, busca ser libre, sin embargo, su ex novio no deja que ella escape a su control, ella le pertenece, por esto termina asesinandola:

Ella muere a manos del anterior novio. Ella esa noche duerme con el amigo actual. El otro está enterado de la situación. Se lo ha dicho ella y le han llegado avisos. Se muere de celos. La presiona, la amenaza. Pero ella no le hace caso, está dispuesta a seguir su vida. Conoce a otro hombre. Se acuestan juntos. Ahí está la clave del crimen, ella no renuncia a nada y firma su sentencia de muerte¹⁷³.

Un gran número de casos narrados en *2666* repiten esta historia. Un hombre puede llegar a permitir que su mujer trabaje y gane dinero para el hogar, pero otra cosa muy distinta es que utilice esa posibilidad para conocer a otros hombres o intentar independizarse: una sublevación ya es demasiado, dos es imperdonable. Así, estos sujetos buscan dejar en claro que quienes mandan son ellos y que la mujer les pertenece a pesar de todo, tal vez sea por esto que muchos violan a sus mujeres antes de asesinarlas dejando en ellas la última huella de su poder. Es el caso de Claudia Pérez Millán, violada y estrangulada por un marido sin oficio conocido y que desaparece sin dejar rastro luego del crimen; Adela García Cevallos asesinada por pensar dejar a su marido; Linda Vázquez, acuchillada por su novio porque se niega a tener relaciones sexuales con él; Aurora Ibáñez, violada y posteriormente estrangulada por su esposo desempleado y

¹⁷³ Roberto BOLAÑO, “Crímenes”, en *El secreto del mal*, Anagrama, Barcelona, 2007, p. 111.

enfermo de celos al pensar que ella se relacionaba con otros hombres de su trabajo; Erica Mendoza, casada con un tipo celoso que la maltrataba y a quien violaron el marido y el primo de éste antes de apuñalarla y dejarla abandonada en el desierto.

Si la mujer trabajadora es un chivo expiatorio por sublevarse y provocar una crisis indiferenciadora en cuanto a los roles de género tradicionales, una mujer casada que no sólo porta el sustento económico sino que además puede abandonar al esposo y su hogar en el momento en que ella lo desee se transforma con mayor razón en una víctima propiciatoria. Se convierte, así, en chivo expiatorio por partida doble: primero, puesto que al ser asalariada y escapar al dominio económico del hombre transgrede el principio básico de que las mujeres deben permanecer en el ámbito privado y atender el hogar y a los hijos mientras los hombres se encargan del dinero. Asimismo, se transforma en chivo expiatorio al romper además la jerarquía promulgada en el matrimonio en el cual la mujer se encuentra al amparo y bajo la hegemonía de su marido, provocando una nueva crisis; anula las diferencias de género tanto en el ámbito laboral como matrimonial, se asume como sujeto libre de imposiciones, sujeto propicio para la muerte.

5.4.2. Femicidio sexual

Tradicionalmente se ha considerado a las mujeres objetos sexuales propicios para calmar los impulsos o instintos animales de los hombres. El cuerpo de la mujer no le pertenece a ella más que al sujeto masculino que puede exigir ese goce independiente de los deseos femeninos. Así, la mujer porta la condena de ser cuerpo y alma escindida. Frente a ello, resulta extraño y subversivo que una mujer se niegue a tener relaciones sexuales, cuando muchas veces ni siquiera se le ha permitido emitir su opinión: “El cuerpo de las mujeres está para satisfacer los deseos

sexuales de los varones; si la mujer se opone a ello, él la forzará, si ésta aún se resiste, la amenazará con dañarle o darle muerte”.

Al sujeto femenino le está prohibido negarse a los deseos masculinos, su cuerpo ha sido creado para que otros lo gocen de la manera en que prefieran. Las mujeres de Santa Teresa, sin embargo, no están dispuestas a ser reducidas a sus órganos sexuales ni a tener relaciones con el primero que se los proponga: ellas no requieren de hombres, se valen a sí mismas, lo que conlleva el deseo de decidir con quién estar. Por supuesto ello presenta una sublevación en el pensar tradicional de que las mujeres pertenecen a todos los hombres, insubordinación que se pagará con la violación (al tomar su cuerpo como si fuera un derecho obtenido desde el nacimiento) y posteriormente la muerte como castigo.

En la novela *María de la Luz Romero*, de 14 años, va a bailar con unas amigas a una discoteca. Ella decide bailar sola a pesar de que en dos ocasiones es abordada por jóvenes que la invitan una bebida. Esto es lo último que se sabe de la niña, puesto que luego es encontrada muerta con señas claras de haber sido violada y golpeada en la cara. Emilia Mena es violada, acuchillada y quemada. Penélope Méndez es encontrada en el basurero “Chile” con muestras de haber sido violada anal y vaginalmente, presentando desgarros en ambos orificios. De la misma manera, el examen forense establece que Lucy Anne Sander “había sido violada repetidas veces, encontrándose abundantes pruebas de semen en su vagina”¹⁷⁴.

La mayor parte de los femicidios perpetrados por sujetos desconocidos van ligados a asesinatos sexuales, es decir, crímenes en los que se viola a las mujeres antes de matarlas. Esto, como señalábamos, puede deberse a la idea enraizada de que los cuerpos femeninos han sido

¹⁷⁴ R. BOLAÑO, 2666, p. 512.

creados para el disfrute de los hombres: si ellas no lo permiten se toma por la fuerza. Es éste el reducto final de masculinidad hegemónica, tal como sucedía en el caso de los femicidios íntimos, los hombres pueden permitir que las mujeres trabajen y ganen dinero pero sus cuerpos siguen perteneciendo a los poderosos, a quienes tienen la fuerza física para tomar sin pedir. Ante esto, ellas no pueden hacer nada, no sirve gritar ni implorar, la vulnerabilidad y la debilidad física se hacen patentes y el machismo triunfa. Las diferencias de género no entran en crisis.

Todo esto ocurre amparado por un sistema patriarcal que culpa a las mujeres por los posibles peligros a los que se enfrentan. Si han sido abusadas sexualmente, si desaparecen, es porque de una u otra manera ellas solas se lo han buscado. Es lo que sucedió tanto en relación a los crímenes de Alto Hospicio en Chile como en Ciudad Juárez y su símil Santa Teresa: si mujeres están siendo violadas y asesinadas es porque ellas provocaron a los hombres, incitando su instinto animal al salir vestidas en minifalda, con ropas provocativas o transitar de noche por calles poco alumbradas. Son ellas las culpables de que los hombres pierdan la razón al verlas, ellas las que coquetean, ellas las que seducen. Si desaparecen, sin duda es porque han emigrado a otros países con el fin de prostituirse. Así, se reproduce el estigma de la mujer como objeto sexual, a la vez que la calle se perpetúa como un espacio masculino.

5.4.3. Femicidio como suicidio inducido

Si bien no existe una tipología que incluya el femicidio como suicidio inducido creemos que se lo podría llegar a considerar en el caso de la profesora Perla Beatriz Ochoterena de veintiocho años y oriunda del pueblo de Morelos, quien se quita la vida por miedo a ser una próxima víctima y descubrir que nadie haría nada para impedirlo producto de la impunidad en la

que han quedado todos los otros casos. La profesora es encontrada en su habitación colgando de una soga en un piso que compartía con otras dos amigas. Los testigos señalan que era una mujer tranquila, sensible, inteligente, buena compañera y muy trabajadora, que gustaba de leer y escribir poesías que había publicado en una revista de Hermosillo bajo pseudónimo.

La carta de suicidio, que deja sobre la mesa sin destinatario, explica que ya no puede vivir más en un clima como el de Santa Teresa con todas esas niñas muertas: “En la carta decía: ya no lo soporto más. Decía: trato de vivir, como todo el mundo, ¿pero cómo?”¹⁷⁵. Aunque las razones expuestas para tomar dicha decisión parecen claras, nadie se convence de que una joven profesora se hubiera suicidado sólo por las muertes ocurridas en Santa Teresa, así surge en Elvira Campos la pregunta del qué fue lo que la llevó realmente al suicidio: “¿Las niñas menores de edad que morían sin que nadie hiciera nada para evitarlo? [...] ¿Una universitaria se habría suicidado por esa razón? ¿Una campesina que había tenido que trabajar duro para llegar a ser profesora se habría suicidado por esa razón?”¹⁷⁶.

Diana Russell en su artículo “Definición de feminicidio y conceptos relacionados”, presente en el libro *Feminicidio: Una perspectiva global*, incluye dentro de su tipología femicidios perpetrados por mujeres señalando que la mayoría de estos son realizados por intereses ligados a los hombres. Sin embargo, considera que también existirían femicidios de mujeres que actúan por su propia cuenta, por ejemplo, de parejas lésbicas que asesinan por celos, asesinatos por cuestiones económicas, asesinatos de mujeres motivados por la ira o la venganza o motivados ideológica o políticamente, etc. dentro de los que agrega el suicidio producto de los abusos reiterados por parte de otras mujeres. Consideramos, por tanto, que en esta tipología

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 646.

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 649.

propuesta es susceptible de ser incluido el suicidio como culmine del terror psicológico causado por el asesinato de mujeres perpetrado por hombres sin rostro.

Se nos dice que la profesora era una mujer sensible y retraída, silenciosa, de pocas amistades. Sobre la base de dicha personalidad podríamos llegar a comprender de qué manera el clima de miedo e inseguridad vivido en Santa Teresa podría haber llegado a afectarle de tal forma que decidiera atentar contra su propia vida antes que ser violada y asesinada en manos de cualquier hombre. De esta forma, así como la tipología de Russell incluye el suicidio femicida como término de una serie de abusos físicos y psicológicos y como único medio para salir de estos, consideramos que el suicidio de la profesora Perla Ochoterena podría ser catalogada como un tipo de suicidio femicida inducido frente a la incompetencia e incapacidad de las autoridades de encontrar a los responsables de las muertes, el pánico de pensar que la próxima víctima pudiera haber sido ella y la seguridad de que el crimen hubiera pasado a engrosar los miles de expedientes no resueltos.

5.5. De sujetos activos a objetos pasivos

Si bien algo ya hemos comentado acerca de qué manera asesinan a las mujeres de Santa Teresa y el estado en que los femicidas dejan sus cuerpos, faltaría aún referirnos en profundidad al simbolismo que podría existir detrás de este tipo de crímenes. Las mujeres asesinadas no sólo son violadas (muchas veces anal y vaginalmente), en ciertas ocasiones mutiladas y abandonadas desnudas en basureros, sino, quizás lo más relevante es la forma en que Roberto Bolaño relata estos acontecimientos. “La parte de los crímenes” constituye la sección más larga de la novela y en ella se encuentra una descripción detallada pero a la vez impersonal (como si se tratara de un

expediente forense) del estado en que son encontrados los cuerpos de las víctimas. El escritor narra los crímenes desde una violencia deserotizada en el que más que seres que alguna vez existieron, el sujeto femenino se presenta cosificado: un símbolo antes que un ser humano.

Este tipo de narración resulta bastante extraño, diferente a lo que podríamos estar acostumbrados. Como señalábamos anteriormente, el cuerpo de la mujer tradicionalmente ha sido considerado dador de goce para los hombres, por lo cual, el sujeto femenino se convierte en un objeto sexual. Lo que no se logra obtener por las buenas se toma a la fuerza sin importar la opinión del otro y en este acto violento intrínsecamente se une la sexualidad con el erotismo: “Apropiarse del sexo femenino, torturar y disponer del cuerpo son parte de una estrategia de género que convierte al crimen en una forma de erotismo”¹⁷⁷. Erotismo y violencia se transforman en una única cosa, el femicidio sexual necesariamente implica devolver a aquella mujer activa a su condición simbólica de objeto.

Los cuerpos de las mujeres de Santa Teresa, violados y desgarrados manifiestan en sí mismos el sadismo de los asesinos. Frente al sujeto femenino en rebelión, incitadora de la crisis de la diferencia producto de su ingreso al mundo laboral y el quiebre en los roles de género tradicionales, los asesinos buscan devolver aquel sujeto activo a su calidad pasiva y objetivada. En última instancia recuperar la hegemonía que han perdido, de esta forma, para Weeks, el sadismo: “no trata de del sufrimiento o del dolor, sino de la erotización ritualista del deseo de sufrimiento y dolor, el placer como realización de fantasías prohibidas, y de las diferencias de poder como significantes del deseo”¹⁷⁸. Es decir, erotización al realizar aquellos deseos ocultos,

¹⁷⁷ S. GONZÁLEZ, *op. cit.*, 37.

¹⁷⁸ Jeffrey WEEKS, *El malestar de la sexualidad: significados, mitos y sexualidades modernas*, Talasa, Madrid, 1993, p. 376.

trasformar las actividades más repugnantes e inaceptables en placer. Violencia desde el erotismo hacia el cuerpo que lucha por no entregarse.

El narrador, en cambio, pareciera estar más allá de todo eso. Es claro que sí presenta el cuerpo femenino objetivado, luego de ser violentamente abusado y asesinado, sin embargo su descripción carece por completo de erotismo. El erotismo queda para nuestra imaginación en los pasos anteriores al femicidio, pasos que, por supuesto, se nos omiten por completo en la novela. Para el narrador sólo existen los cuerpos sin vida, nos detalla los órganos que han sido desmembrados, muchas veces se detiene en el estado en descomposición en que quedan los órganos sexuales (por ejemplo, los pezones arrancados a mordidas), sin embargo, la descripción de ello es plana, monótona, más de cien cuerpos encontrados de la misma manera, objetos sin vida que ya ni siquiera sirven para el placer sexual.

Así, mientras los criminales convierten el cuerpo de las mujeres asesinadas en objetos de placer, fuente de erotismo, el narrador convierte el cuerpo de las mujeres asesinadas en simples objetos inanimados que ya ni siquiera sirven desde su sexualidad. El sujeto femenino queda reducido a sus órganos sexuales deserotizados, condenada a no ser más que un agujero en vida y una basura una vez muerta. Tal como señala Ramírez, uno de los personajes de la novela, las mujeres no son más que unas piernas abiertas por donde se ve un agujero: “Un puto agujero. Un puto ojo. Una puta rajadura, como la falla en la corteza terrestre que tienen en California, la falla de San Bernardino”¹⁷⁹. Un agujero, una falla.

Algo similar ocurre con Mónica Posadas, de veintisiete años y de quien se descubre había sido violada anal, vaginalmente y, además, probablemente obligada a proporcionarle sexo oral a su asesino, según los restos de semen que se encontraron en su garganta. Mónica Posadas queda

¹⁷⁹ R. BOLAÑO, 2666, p. 553.

reducida así a ser la mujer “violada por los tres conductos”, su nombre y su vida ya no importan, sólo permanece la burla cuando en los círculos policiales comienza a hablarse de las violaciones por los cinco conductos. Alguien, por supuesto, pregunta cuáles son los otros dos:

[...] contestó que las orejas. Otro policía dijo que él había oído hablar de un tipo de Sinaloa que violaba por los siete conductos. Es decir, por los cinco conocidos, más los ojos. Y otro policía dijo que él había oído hablar de un tipo del DF que violaba por los ocho conductos, que eran los siete ya mencionados, digamos los siete clásicos, más el ombligo, al que el tipo del DF practicaba una incisión no muy grande con su cuchillo y luego metía allí su verga¹⁸⁰.

Casi todas las mujeres, al igual que Mónica Posadas, quedan reducidas a los orificios por donde han sido violadas, las descripciones siempre son las mismas, el nombre y la edad no son detalles importantes. Un desfile de mujeres muertas de las que sólo queda su cuerpo como objeto, tirados en basureros o vertederos clandestinos, desmembrados, con los pezones mordidos y las vaginas rotas. Aquellas mujeres de Santa Teresa que en algún momento fueron sujetos activos, económicamente proveedoras e independientes, terminan reducidas a objetos por sus asesinos, quienes para demostrar su hegemonía abusan sexualmente de ellas antes de asesinarlas y, posteriormente, por el narrador, quien simplemente se conforma con otorgar un detalle de los órganos por los cuales fueron violadas, el estado en descomposición en que los cuerpos fueron encontrados pero, a la vez, deserotizando por completo cada descripción.

Si bien esta narración se nos presenta carente de erotismo el mecanismo de objetivación de las mujeres asesinadas es completamente distinto. Mientras el asesino las objetiviza para

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 577.

convertirlas en deshechos sexuales, podríamos proponer que Roberto Bolaño, mediante su descripción descarnada de las mujeres reducidas a sus órganos, intenta convertir a la mujer en un signo: signo de la inestabilidad social y política que vive Ciudad Juárez/ Santa Teresa, signo de la crisis entre los estereotipos de género que en esta ciudad se están desestabilizando, signo del odio que hombres sienten al perder su hegemonía. Las mujeres asesinadas de Santa Teresa son chivos expiatorios que deben morir para que el orden se restablezca, que sean o no sujetos reales no importa tanto como visibilizar la crisis y las consecuencias que éstas trae al colectivo.

Tal como comentábamos en el apartado sobre el Marqués de Sade, quizás la manera en que Roberto Bolaño narra estos crímenes (desapasionado, frío, distante), sea un mecanismo similar al utilizado por Sade muchos años atrás: el resultado de un proceso mental de separación, en el que las mujeres (aunque presenten su correlato real en el caso de Ciudad Juárez) no son sujetos sufrientes porque realmente no existen: representan un símbolo, el signo de la crisis, el estereotipo de los roles de género que hoy se desmoronan, una violencia contra las mujeres como figuras no como seres humanos. Así, mientras en *Estrella distante* se asesinaba a las intelectuales de izquierda, acá se asesina a la mujer trabajadora con el fin de restablecer el estereotipo de mujer privada. De cualquier manera, y tal como señala Moreno, no por ello podemos olvidar que el narrador de *2666* sí contribuiría a la objetivación de la mujer al transformarla en signo, ya que: “el hecho de que la mujer se convierta en signo es, de alguna manera, facilitar su objetivación; porque el signo es siempre un objeto y no es más que un objeto”¹⁸¹.

¹⁸¹ Fernando MORENO, *Sexualidad y erotismo en la sociedad actual*. María del Solar Letelier (comp.) Fundación de Ciencias Humanas, Santiago de Chile, 1992, p. 33.

5.6. Homosociabilidad

Hemos visto como todos de una u otra manera se unen en la búsqueda de víctimas sacrificiales femeninas para terminar con la crisis de la diferencia que afecta a Santa Teresa. Las mujeres son los chivos expiatorios escogidos por cuanto ellas son las responsables directas de la desestabilización, a la vez, que con su muerte dan el ejemplo a otras que intentan reproducir la rebeldía de aquellas mujeres trabajadoras. Estos crímenes, al contrario de lo que sucedía en *Estrella distante*, sí contarán con un mayor número de asesinos lo que garantizará, en cierta forma, la unanimidad del ritual. Algunos participarán directamente otros, en cambio, aportarán con su silencio en un acto de homosociabilidad y protección a los femicidas.

De esta forma, la homosociabilidad funcionará como una pandilla que requiere de la aprobación y el apoyo de los otros miembros, si uno logra matar a una mujer necesitará del silencio y la hermandad para que su crimen quede impune. Ello, como comentábamos anteriormente, se debe al sentimiento de precariedad que viven los hombres de Santa Teresa producto de su condición de latinos, pobres y desempleados. Frente a ello, se vuelve indispensable probarle al resto y a sí mismos que pueden cometer actos violentos que le devuelvan la hegemonía: “Esa pesadilla, de la cual nunca parecemos despertar, es que esos otros hombres verán [...] que no somos lo que fingimos ser. Lo que llamamos masculinidad es a menudo una valla que nos protege de ser descubiertos como un fraude”¹⁸². Así, el temor a las nuevas posibilidades que adquiere la mujer se ve reforzado por el miedo a los otros hombres, a quedar en ridículo frente a ellos.

¹⁸² M. KIMMEL, *op. cit.*, p. 56.

Como todos, de una u otra manera, están involucrados en los crímenes intentarán cubrirse mutuamente las espaldas. Por ejemplo, durante la comida que sostienen algunos personajes con el detective norteamericano Kessler no se habla de los asesinatos hasta que las mujeres se han retirado. O en un principio se intenta omitir el tema de los femicidios mediante la figura del Penitente, puesto que resulta más importante el sacrilegio que comete un demente antes que los crímenes que se viven a diario. Por otra parte, también podríamos hablar de los intentos por acallar a Florita, la clarividente, quien en varias ocasiones comenta su preocupación respecto a lo que está sucediendo en Santa Teresa y la impunidad en la que se encuentran los asesinatos, la ceguera de los dirigentes políticos que no quieren hacer nada; sin embargo, si bien en un principio le dan tribuna en la televisión poco a poco comienzan a desacreditarla como una charlatana, falsa visionaria y la califican como una vieja loca.

Con este tipo de actitudes los hombres buscan proteger a los culpables, protegerse las espaldas unos a otros y hacer de este escándalo un secreto: la unanimidad masculina contra las víctimas propiciatorias. Tanto los hombres que no pertenecen al colectivo homosocial como quienes se salen del pacto entre caballeros son condenados a muerte. Es el caso de Abdel Laif quien, por ser egipcio y perteneciente a una masculinidad aún más precaria, es detenido y condenado por los crímenes de mujeres en un intento por proteger a los verdaderos responsables. Lo mismo sucede con el salvadoreño que encuentra el cuerpo de Andrea Pacheco Martínez: lo incriminan por el asesinato de la niña con el fin de calmar las voces que se alzan en repudio a la pésima acción de los dirigentes políticos y las autoridades policiales. Los hombres que no pertenecen a la ciudad no entran en el pacto de homosociabilidad, por ello, serán culpados para proteger a quienes sí forman parte.

Sucede de igual manera con los periodistas, hombres y mujeres, que intentan involucrarse en los asesinatos e investigar por su cuenta. Aquellos hombres que se encuentran dentro del pacto de homosociabilidad harán hasta lo imposible por deshacerse de quienes interfieran en los asesinatos: la locutora de radio que secuestran en el DF, Josué Hernández Mercado, un chicano que trabajaba para el periódico *La Raza* de Arizona, a la abogada de Abdel Laif, Irene Blanco a quien amenazan de muerte, al mismo Sergio González quien sufre en la novela (y en la vida real) un hostigamiento constante, amenazas y palizas como un modo de instarlo a que deje de lado sus investigaciones. Un pacto homosocial de protección que recorre todo México y que no cesa en sus intentos de ocultar a toda costa a los verdaderos asesinos y los motivos de sus crímenes.

Frente a este pacto se hace imposible dar con los responsables de los asesinatos, todos están involucrados, contribuyen con su silencio o con el ocultamiento de lo que realmente sucede. Los judiciales dejan casos sin resolver, sin embargo, buscan tribuna en los medios de comunicación para tranquilizar a la gente y asegurar que los crímenes se han terminado gracias a la captura de aquellos hombres que no forman parte de la comunidad. Lo cierto es que nadie hace nada, nadie ve nada, nadie escucha nada: “Sopas, dijo Sergio. Eso, sí, sopas, mucho sopas por aquí y sopas por allá, mucho hójole, mucho chale, mucho sácatelas, pero a la hora de la verdad aquí nadie tiene memoria de nada, ni palabra de nada, ni huevos para hacer nada”¹⁸³. La homosociabilidad es inquebrantable, todos se protegen, la condición de unanimidad del ritual queda satisfecha puesto que nadie está libre de culpabilidad, sin embargo, ello es sólo un requisito para el funcionamiento del ritual, no garantiza su éxito.

¹⁸³ R. BOLAÑO, 2666, p. 704.

5.7. Ginefobia

Seguirá esta historia
Seguirá este orden
Porque Dios así lo quiso
Porque Dios también es hombre
(Los Prisioneros)

A modo de conclusión podríamos sugerir que lo que Roberto Bolaño expone en su novela, especialmente en “La parte de los crímenes” es el miedo que los hombres sienten por las mujeres. Estos varones en precarios necesitan de la violencia contra el sujeto femenino para volver a validarse dentro de la colectividad y las escogen como víctimas propiciatorias con el fin de detener la crisis de la diferencia que se ha apoderado de la sociedad en la que habitan. Sujeto masculino en precario que “probablemente percibe como una agresión que las mujeres aparezcan hoy en campos reservados antes a ellos, porque eso le priva de señas de identidad masculina de la que se muestra hambriento”¹⁸⁴ y frente a ello reaccionan según lo que su conciencia de hombría les impone: con violencia.

La violencia, así, cumpliría tres misiones fundamentales: sostener la dominación que creen les corresponde por derecho; intentar acabar con la crisis de los roles de género asesinando directamente a las culpables de aquello: las mujeres trabajadoras; validarse a sí mismos como machos poderosos capaces de vulnerar la condición femenina. De esta forma, por el miedo que ellos mismos sienten frente a la posición que han alcanzado las mujeres y por el miedo a quedar en ridículo ante otros hombres, buscan trasladar esa propia inseguridad al sujeto femenino, sembrando el pánico entre ellas no sólo por la violencia en sí, sino también por la impunidad en la que los criminales se desenvuelven.

¹⁸⁴ J.V. MARQUÉS, *op. cit.*, p. 24.

De esta manera, se haría patente la ginefobia que Roberto Bolaño nos relata en un pasaje de la novela: “ginefobia, que es el miedo a la mujer y que lo padecen, naturalmente, sólo los hombres. Extendidísimo en México, aunque disfrazado con los ropajes más diversos. [...] casi todos los mexicanos tienen miedo de las mujeres”¹⁸⁵. Miedo porque hoy se sitúan en un espacio anteriormente reservado sólo para hombres, miedo de que sean ellas las que les arrebaten los puestos de trabajo y los dejen sin empleos, miedo de ser rechazados por ellas, miedo de descubrir que lejos de ser objetos sexuales son seres independientes que pueden valerse por sí mismas.

Este miedo a la mujer se refleja no sólo en la violencia, los abusos y los asesinatos, sino también en la vida diaria. Bolaño nos expone a lo largo de varias páginas de qué forma detrás de los chistes machistas se esconde la ginefobia. Así, mientras unos utilizan la violencia real otros utilizan una violencia simbólica que escuda el verdadero odio y temor hacia el sujeto femenino en bromas descalificadoras que las devuelven al terreno del objeto sexual:

Y el contador de chistes decía: a ver, valedores, definanme una mujer. Silencio. Y la respuesta: pues un conjunto de células medianamente organizadas que rodean a una vagina. [...] Y otro: ¿en cuántas partes se divide el cerebro de una mujer? ¡Pues depende, valedores! ¿Depende de qué, González? Depende de lo duro que le pegues. [...] ¿cómo elegirías a las tres mujeres más tontas del mundo? Pues al azar. ¿Lo captan, valedores? ¡Al azar! ¡Da lo mismo! [...] Y: ¿qué hace un hombre tirando a una mujer por la ventana? Pues contaminar el medio ambiente. Y: ¿en qué se parece una mujer a una pelota de squash? Pues en que cuanto más fuerte le pegas, más rápido vuelve. [...] Entonces el

¹⁸⁵ R. BOLAÑO, 2666, p. 478.

judicial, exhausto de una noche de trabajo, rumiaba cuánta verdad de Dios se hallaba escondida tras los chistes populares¹⁸⁶.

Vemos así, que la mujer trabajadora, en cuanto símbolo de autonomía, provoca no sólo el temor de los varones en precario a perder su hegemonía, sino también una crisis indiferenciadora que invierte los roles de género tradicionales. Ante esto, el sujeto masculino reacciona con violencia, tanto física (en las agresiones sexuales que conllevan femicidio) como psicológica (en el lenguaje que emplean los personajes para referirse a las mujeres, humillándolas desde los chistes populares hasta las burlas por las violaciones). La violencia será el resultado, entonces, de la búsqueda de chivos expiatorios que con su sacrificio restituyan el orden perdido, es decir, mediante el femicidio los hombres pretenderán demostrar su poder vulnerando a las mujeres y sembrar el miedo en el resto de la población femenina ante los posibles ataques.

El ritual femicida, sin embargo, no tendrá los frutos esperados: las mujeres seguirán trabajando en espacios públicos a pesar del miedo a los asesinos sin rostro y los hombres seguirán intentando demostrar su hombría y hegemonía mediante la violencia. La crisis de la diferencia está ya completamente instaurada, los roles de género han sido invertidos. Al contrario de lo que asegura el judicial al pensar en cuánta verdad de Dios hay tras los chistes machistas o la aseveración del grupo de rock chileno *Los Prisioneros*, el orden se ha desestructurado dando paso a uno nuevo. Hoy, el sujeto femenino ha sobrepasado los límites domésticos que se le imponían, los límites que Dios le había asignado en su condición de hombre; la reacción violenta es el intento desesperado por recuperar la supremacía, el femicidio: la pena de muerte frente al desacat

¹⁸⁶ *Ibid.*, pp. 690-691.

6. CONCLUSIONES

A lo largo de la investigación precedente hemos aplicado el concepto antropológico propuesto por René Girard: “crisis de indiferenciación” para referirnos a ciertos procesos políticos y sociales que se plasman en las dos novelas de Roberto Bolaño: *Estrella distante* y *2666*. En éstas, el escritor chileno mexicano ha retratado el caos vivido tanto en el Chile de los años setenta, bajo el dominio de la Dictadura Militar, como la desestructuración del orden que impera en estos días en Santa Teresa, símil literario de Ciudad Juárez en México. Sobre la base de los estudios de género hemos determinado que dicha crisis indiferenciadora se debe, principalmente, al hecho de que en las novelas mencionadas nos encontramos con personajes femeninos activos, partícipes de la vida pública, con ingresos económicos propios, con trabajos remunerados e intelectuales exitosas, lo que lleva a una desestabilización del orden patriarcal imperante.

Como hemos mencionado en apartados anteriores, tradicionalmente se ha esperado que las mujeres sigan los patrones establecidos por una sociedad machista, que no intenten sobrepasar el reducto doméstico, que sigan siendo ellas las responsables de las tareas hogareñas, así como del cuidado de los hijos, sin pretender acceder al ámbito público. Los personajes femeninos retratados por Roberto Bolaño, en cambio, se desmarcan de aquellas imposiciones decididas a transformarse en seres independientes y adquirir un espacio intelectual y laboral en el mundo que habitan. Ello conlleva a un caos en el que las diferencias de género se ven vulneradas: hombres y mujeres coexisten en lugares antes reservados exclusivamente para varones y tareas antes encomendadas al sujeto masculino son, en las novelas, adoptadas por mujeres. Ya no existe campo intelectual o laboral que no pueda ser compartido por ambos géneros.

Frente a ello, los hombres comienzan a perder la hegemonía de la que gozaron durante tantos años, ya no son considerados seres especiales a los que hay que rendir pleitesía, de la misma manera en que las mujeres ya no les deben sumisión absoluta, puesto que con sus ingresos pueden optar a la autonomía e independencia: una crisis indiferenciadora que, tal como señala René Girard, necesita de la sangre de víctimas sacrificiales que restauren el orden. Es así como las mujeres, causantes de dicho caos, se transforman en chivos expiatorios en un intento desesperado por parte del poder patriarcal de recuperar la supremacía mediante la violencia. De esta forma, se pretende convertirlas en *pharmakos*, dañinas mientras viven, salvación al momento de morir. Veneno y antídoto, en su doble naturaleza de pecadoras y redentoras.

Asesinarlas se vuelve, entonces, para ciertos personajes, un acto heroico, un ritual liberador que pretende acabar con dicha crisis imponiendo un orden tradicional de género en el que las mujeres se consideran débiles, vulnerables y se reducen a lo doméstico, al terreno del objeto sexual. A la par, mediante estos actos de violencia, los hombres buscarán recobrarán la superioridad en la demostración de su fuerza y poder, fuerza y poder entendidos tanto física como intelectualmente. El femicidio, así, se realiza esperando acabar con el desorden que se ha ocasionado en las estructuras de dominación y sumisión. Sin embargo, como hemos visto a lo largo de las novelas, este ritual termina en fracaso, puesto que un nuevo orden social se ha impuesto y ni siquiera con el asesinato de las causantes es posible detenerlo.

En *Estrella distante*, si bien Carlos Wieder logra asesinar a gran parte de las poetisas chilenas de izquierda (en su beneficio personal en términos de producción artística) el ritual femicida no es compartido por el resto de los militares. La exposición fotográfica que realiza, aunque consiga reducir a estas mujeres activas a meros objetos de placer no logra la aprobación

unánime de sus compañeros, puesto que con ello hace visible, para los otros, la crisis que se vive y la violencia desenfadada que se sufre. De esta forma, Carlos Wieder termina desterrado realizando su ritual personal de manera anónima en diferentes países y, posteriormente, perseguido él mismo como chivo expiatorio.

En *2666* también se produce el fracaso del ritual femicida. Las mujeres de Santa Teresa se han apropiado de los espacios antes reservados con exclusividad para los hombres, por lo cual, ellos han perdido sus empleos y privilegios; frente a ello, se vuelve necesaria la búsqueda de chivos expiatorios. En esta novela, al contrario de *Estrella distante*, podríamos señalar que sí hay más apoyo de la colectividad en el ejercicio del ritual: casi todos, de una u otra manera, son cómplices en acciones o protección a los culpables, no obstante, ello no es suficiente para asegurar el éxito del sacrificio, puesto que, si bien, logran generar miedo entre las mujeres trabajadoras, así como acabar con muchas de ellas, el nuevo orden no cede a las presiones. Ellas seguirán en sus empleos, asistiendo a lugares públicos, comportándose como seres autónomos y, aún más, mujeres de todos lados de la República mexicana seguirán llegando hasta allá en busca de oportunidades laborales y un mejor estandar de vida. Así, en ambas novelas, el fracaso del ritual implicaría que el sacrificio no es más que un intento desesperado por no perder un poder patriarcal que no les pertenece por derecho sino por violencia.

Como argumentamos en el apartado sobre *Estrella distante*, quizás el mayor problema por el cual el ritual de sacrificio del chivo expiatorio no produce beneficios ni restituye el orden ni las diferencias en la colectividad, concluyendo en su fracaso en ambas novelas, puede deberse a la divergencia sustancial que plantea el teórico Ferdinand Tönnies entre comunidad y sociedad. Tal como expone René Girard el sacrificio ritual es propio de las comunidades primitivas, las cuales

se rigen por lazos naturales y leyes orgánicas con la que todos concuerdan y en la que todos participan; no se hace necesario ejercer coacción sobre los miembros para que las cumplan. Al contrario, las sociedades se rigen por leyes impuestas, artificiales, imaginarias, que forman parte de un contrato entre los individuos con el fin de mantener una estabilidad. Es así, como se hace posible que los rituales femicidas en ambas novelas fracasen por este hecho: intentan hacer común un acto privado, intentan trasladar el acto propio de una comunidad a nuestra sociedad actual. De esta manera, el femicidio como sacrificio ritual fracasaría, quedando la interpretación de que no son más que actos individuales propios de una voluntad arbitraria, crímenes contra seres autónomos que se deslindan del pacto social. Sería así como, aunque las mujeres retratadas cumplieran con gran parte de los atributos que debe poseer una víctima propiciatoria y se establecieran como tales, el ritual no traería reales beneficios, por cuanto se traslada un acontecimiento propio de la comunidad al contexto de una sociedad.

Un segundo punto que invita a la reflexión en ambas novelas dice relación con el narrador que comenta los crímenes contra las mujeres. Como hemos señalado anteriormente, la descripción que se realiza de la manera en que los cuerpos son encontrados nos recuerda a aquel tipo de pornografía (*gorenografía*) basado en el sufrimiento de las mujeres: despojadas de su ser, presentadas como pedazos de carne, mutilados, exhibiendo su descomposición. Sujetos femeninos activos que terminan reducidos a sus órganos genitales destruidos, la imagen de objetos sexuales expuestos al placer del *vouyer*. Sin embargo, para nuestra imaginación queda lo que el asesino ha realizado, la forma en que lo ha hecho y las razones que lo han conducido a tales actos. Las motivaciones sexuales que se esconden detrás de la violencia ejercida contra los cuerpos se elide, de la misma manera en que se omite el momento en que el femicida cumple su ritual.

En *Estrella distante* se señala que las hermanas Garmendia han sido asesinadas con un corvo, sin mayores explicaciones al respecto. Sólo volvemos a saber de ellas, así como del resto de las intelectuales de izquierda, en la exhibición de fotografías de Wieder. Es en la descripción que el narrador realiza de estas fotos donde podríamos imaginar (o tal vez esperaríamos imaginar) el placer sexual que despertaron los crímenes en el asesino: cuerpos desmembrados, torturados, mujeres con las piernas abiertas en posición de deseo. Sin embargo, esta descripción carece por completo de erotismo, se representa, más bien, el detalle de los cuerpos alejado del sufrimiento de la víctima, aislado del goce del asesino, fotografías como prueba del crimen que lejos de suscitar la excitación de los asistentes provocan náuseas, vómitos, así como una sensación de separación entre el lector y las atrocidades que ahí se relatan.

Lo mismo sucede (y podríamos decir que en mayor medida) en “La parte de los crímenes” de la novela *2666*. Un catálogo de cuerpos femeninos cercenados, a los cuales se les ha arrancado a mordiscos el pezón izquierdo, cuerpos que han sido violados antes de ser mutilados, cuerpos sin vida que simplemente quedan como parte de un expediente. El narrador se limita a detallar la violencia manifiesta en la carne inerte desprendido totalmente del sufrimiento de la víctima o del placer sexual del asesino. No hay rasgos de erotismo en el relato, al igual que en la novela anterior, sólo nuestra imaginación puede llevarnos hacia la pornografía, gorenografía o snuff que ahí se plasma. En el relato no hay más que pedazos de carne, que si no fuera por la narración muchas veces ligera que se hace de aquellas mujeres y que nos remite a su existencia, podríamos pensar que no son más que eso: pedazos de carne en descomposición que ya ni siquiera sirven para obtener ningún tipo de goce sexual.

Esta separación tajante entre el narrador y lo que relata, su frialdad y distancia frente a los hechos, nos lleva a una tercera observación que desemboca en pregunta, ¿las mujeres asesinadas, víctimas de femicidio, son sujetos femeninos reales o sólo representan signos, símbolos de otras violencias, una visibilización de otras crisis? En *Estrella distante* las mujeres asesinadas son intelectuales de izquierda, poetas, partícipes del mundo en el que habitan, de la misma manera que en *2666* son trabajadoras, independientes, sujetos autónomas que no necesitan de la protección emocional ni económica de los hombres. Estas mismas características las hacen ser susceptibles de transformarse en víctimas propiciatorias, puesto que, más que ser simplemente personajes representan un estereotipo: el estereotipo de la mujer contemporánea que ha aprendido a validarse por sí misma dejando de lado características asignadas por el patriarcado tales como la vulnerabilidad, la domesticidad, la poca inteligencia o la delicadeza.

Tal vez sea por ello que el narrador nos parece tan ajeno a los sucesos que relata, tan distante y frío frente a los crímenes, ya que, tal como comentábamos respecto del Marqués de Sade, la separación podría ser un mecanismo consciente en la que las víctimas de las novelas no serían mujeres reales (aunque por supuesto en la vida sí lo son) sino signos. Así como Sade intentaba eliminar el estereotipo de madre, hermana, virgen, prostituta, Bolaño podría intentar acabar con los estereotipos de trabajadora, poeta, intelectual, esposa o novia... culminar con los significados adscritos al ser mujer en el siglo XXI, en un intento de hacer prevalecer al ser humano en su totalidad, donde todos esos adjetivos formen parte de un todo y no permanezcan aislados y contrapuestos. De esta forma, concluimos con la posibilidad de estar ante la presencia de un nuevo tipo de ritual sacrificador, no ya propio de las comunidades primitivas sino de nuestra sociedad actual, en la cual el femicidio no requeriría de mujeres reales sino de la representación del “asesinato” de los símbolos que se adjuntan al hecho de ser mujer, a la vez que

la visibilización de la crisis que, como sociedad, hoy atravesamos: crisis de los significados, desestructuración de las tradiciones. ¿Planteará Roberto Bolaño en sus novelas un nuevo tipo de ritual que otorgue el paso de una comunidad primitiva a una sociedad moderna? ¿Será éste el cambio desde el sacrificio de chivos expiatorios, víctimas reales, al sacrificio de significados? ¿Estará Bolaño, realmente, hablando de muerte y femicidio o su intención será más bien metafórica? ¿Serán ahora los signos, los modelos, los estereotipos a los que debemos sacrificar para restaurar el orden de nuestra sociedad contemporánea?

7. BIBLIOGRAFÍA

Textos Analizados

- Bolaño, Roberto. *Estrella distante*. Anagrama, Barcelona, 2003, 157 p.
- _____. *2666*. Anagrama, Barcelona, 2004, 1125 p.

Libros del autor consultados

- Bolaño, Roberto. *Muchachos desnudos bajo el arcoíris de fuego: 11 jóvenes poetas latinoamericanos*. México: Extemporáneos, 1979, 189 p.
- _____. *Los Detectives Salvajes*. Anagrama, Barcelona, 1998, 609 p.
- _____. *La literatura nazi en América*. Seix Barral, Barcelona, 1999, 237 p.
- _____. *El Secreto del mal*. Anagrama, Barcelona, 2007, 182 p.

Referencias críticas

- Almonte, Carlos. *La figura del poeta ausente en Estrella distante*. En línea: <http://www.letras.s5.com/rb150606.htm>
- Bolaño, Roberto. “Déjenlo todo, nuevamente”. En: *El interpretador*. Número 31, julio 2007. Edición electrónica: <http://www.elinterpretador.net/31RobertoBolano-DejenloTodoNuevamente.html>
- Espinoza, Patricia. “Bolaño y el Manifiesto Infrarrealista”. *Rocinante* N° 84, octubre 2005. Edición electrónica: <http://garciamadero.blogspot.com/2007/11/bolao-y-el-manifiesto-infrarrealista.html>

- Posadas, Claudia. “La escritura salvaje de un nómada”. En línea:
<http://www.letras.s5.com/rb270208.html>
- Ruiz, Felipe. Bolaño y el país de los soles negros. “Artes y Letras” de *El Mercurio*, Domingo 6 de noviembre de 2005. Edición electrónica:
<http://www.letras.s5.com/rb220206.htm>
- Sánchez, Matías. “El pasado Infrarrealista de Bolaño”. Domingo 8 de abril del 2007. Edición electrónica: <http://mimalapalabrahn.blogspot.com/2007/04/el-pasado-infrarrealista-de-bolao.html>

Textos teóricos

- Adorno, Theodor. *Kierkegaard: construcción de lo estético*. Akal, Madrid, 2006, 240 p.
- Alberoni, Francesco. *El erotismo*. Gedisa, Barcelona, 1988, 225 p.
- Bataille, Georges. *El erotismo*. Tusquets, México, 2008, 285 p.
- _____ . *La literatura y el mal*. Taurus, Madrid, 1959, 157 p.
- Baudrillard, Jean. *De la seducción*. Cátedra, Madrid, 2008, 170 p.
- Béguin, Albert. *El alma romántica y el sueño: ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa*. Fondo de Cultura Económica, México, 1954, 500 p.
- Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Anagrama, Barcelona, 2007, 159 p.
- Braithwaite, Andrés. (selección y edición) *Bolaño por sí mismo. Entrevistas escogidas*. Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2006, 145 p.

- Bruckner, Pascal y Finkielkraut, Alain. *El nuevo desorden amoroso*, Anagrama, Barcelona, 1979, 348 p.
- Butler, Judith. *Cuerpos que importan*. Paidós, Buenos Aires, 2002, 184 p.
- Cánovas, Rodrigo. *Novela chilena, nuevas generaciones: El abordaje de los huérfanos*. Universidad Católica de Chile, Santiago, 1997, 207 p.
- Carreño, Rubí. *Leche amarga: Violencia y erotismo en la narrativa chilena del siglo XX (Bombal, Brunet, Donoso, Eltit)*. Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2007, 274 p.
- Cobas, Andrea. *La estupidez no es nuestro fuerte. Tres manifiestos del infrarrealismo mexicano*. En prensa.
- Cobas, Andrea y Garibotto, Verónica. “Un epitafio en el desierto: poesía y revolución en Los detectives salvajes”. En: *Bolaño salvaje*. Edmundo Paz Soldán y Gustavo Faverón (eds). Editorial Candaya, Barcelona, 2008, 502 p.
- Connell, Robert. “La organización social de la masculinidad” En: *Masculinidad/es Poder y Crisis*. Teresa Valdés y José Olavarría (eds). ISIS Internacional y Flacso, Ediciones de las Mujeres n° 24, Santiago de Chile, 1997, 172 p.
- Cota, Édgar. *La representación de la leyenda negra en la frontera norte de México*. Editorial Orbis Press, Los Ángeles, 2007, 234 p.
- De Torre, Guillermo. *Historia de las literaturas de vanguardia. Volumen III*. Madrid: Guadarrama, 1971.

- Engels, Federico. *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Fontamara, México, 2005, 214 p.
- Ettore, Elizabeth. *Lesbianas, mujeres y sociedad*. Routledge & Kegan Paul, Londres, 1997, 153 p.
- Garma, Ángel. *Sadismo y masoquismo en la conducta humana*. Editorial Nova, Buenos Aires, 1960, 264 p.
- Girard, René. *La violencia y lo sagrado*. Anagrama, Barcelona, 2005, 338 p.
- González, Sergio. *Huesos en el desierto*. Anagrama, Barcelona, 2002, 334 p.
- Guerra, Lucía. (1995) *La mujer fragmentada: Historias de un signo*. Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2006, 217 p.
- Gutiérrez, Griselda (coord.). *Violencia sexista: algunas claves para la comprensión del feminicidio en Ciudad Juárez*. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Programa Universitario de Estudios de Género, 2004, 166 p.
- Herralde, Jorge. *Para Roberto Bolaño*. Sexto Piso, México, 2005, 95 p.
- Kierkegaard, Sören. *Diario de un seductor*. Grupo Editorial Tomo, México, D.F, 2005, 176 p.
- Kirkwood, Julieta. *Feminarios*. Documentas, Santiago de Chile, 1987, 143 p.

- Kimmel, Michael. “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina”. En: *Masculinidad/es Poder y Crisis*. Teresa Valdés y José Olavarría (eds). ISIS Internacional y Flacso, Ediciones de las Mujeres n° 24, Santiago de Chile, 1997, 172 p.
- Kulakowska, Elisabeth. “Brutalidades sexistas en la intimidad familiar” En: *Género y Globalización: Mujeres*. Le Monde Diplomatique Chileno, Santiago, 2004, 74 p.
- Larguía, Isabel y Dumoulin, John. “Hacia una ciencia de la liberación de la mujer”. *Mujer y Socialismo*. La Universidad, Concepción, 1972, 95 p.
- Marcuse, Herbert. *Eros y civilización*. Ariel, Barcelona, 2003, 253 p.
- Marqués, Josep- Vicent. Varón y Patriarcado. En: *Masculinidad/es Poder y Crisis*. Teresa Valdés y José Olavarría (eds). ISIS Internacional y Flacso, Ediciones de las Mujeres n° 24, Santiago de Chile, 1997, 172 p.
- Montecino, Sonia. *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. Catalonia, Santiago de Chile, 2007, 276 p.
- Montecino, Sonia y Rebolledo, Loreto. *Conceptos de Género y Desarrollo*. Apuntes Docentes PIEG, Santiago de Chile, 1996, 91 p.
- Moreno, Fernando. *Sexualidad y erotismo en la sociedad actual*. María del Solar Letelier (comp.). Fundación de Ciencias Humanas, Santiago de Chile, 1992, 107 p.
- Ortega y Gasset, José. *El tema de nuestro tiempo*. Alianza, Madrid, 1981, 241 p.

- _____ . *En torno a Galileo (Esquema de la crisis)*. Calpe, Madrid, 1996, 325 p.
- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica, México, 2004, 296 p.
- _____ . *Los hijos del limo: Del romanticismo a la vanguardia*. Seix Barral, Barcelona, 1998, 229 p.
- _____ . *La llama doble: Amor y erotismo*. Seix Barral, México, D.F, 2002, 223 p.
- Rojas, Soledad (coord.). *Femicidio en Chile*. OIT, Santiago de Chile, 2004, 89 p.
- Russell, Diana y Radford, Jill (editoras). *Feminicidio: La política del asesinato de las mujeres*. UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en ciencias y Humanidades, México, 2006, 716 p.
- Russell, Diana y Harmes, Roberta A (editoras). *Feminicidio: una perspectiva global*. UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en ciencias y Humanidades, México, 2006, 402 p.
- Sade, Marqués. *Justina o desventuras de la virtud*. Grupo Editorial Tomo, México, D.F, 2008, 203 p.
- _____ . *Filosofía del Tocador*. Grupo Editorial Tomo, México, D.F, 2007, 168 p.

- _____ . *120 días de Sodoma y Gomorra*. Grupo Editorial Tomo, México, D.F, 2007, 203 p.
- Schwartz, Jorge. *Las Vanguardias latinoamericanas: textos programáticos y críticos*. Fondo de Cultura Económica, México, 2002, 748 p.
- Segato, Rita Laura. *Las estructuras elementales de la violencia*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2003, 261 p.
- Sontag, Susan. *Sobre la fotografía*. Edhasa, Barcelona, 1981, 217 p.
- Spivak, Gayatri. “¿Puede hablar el sujeto subalterno?” *Selección de Estudios de Subalternidad*. Nueva York: Oxford University Press, 1988.
- Tonnies, Ferdinand. *Comunidad y asociación: El comunismo y el socialismo como formas de vida social*. Península, Barcelona, 1979, 235 p.
- Van Gennep, Arnold. *Los ritos de paso*. Taurus, España, 1986, 215 p.
- Yehya, Naief. *Pornografía. Sexo mediatizado y pánico moral*. Plaza Janés, México, 2004, 287 p.
- Weeks, Jeffrey. *El malestar de la sexualidad: significados, mitos y sexualidades modernas*. Talasa, Madrid, 1993, 426 p.